



Por Juan Eugenio

# LA TIERRA DE NADIE

El libro de la verdad para la historia

---

*Quito — Ecuador*

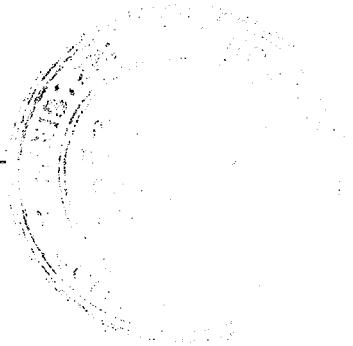
*1944*



Por Juan Eugenio

# LA TIERRA DE NADIE

El libro de la verdad para la historia



Quito — Ecuador

1944

---

Empresa Editora "EL COMERCIO"

## FECHA DE ENTREGA

--	--	--

RESERVA LOS DERECHOS  
del autor.

Obras del mismo autor próximas a publicarse:

Escenas humanas

Facultad estética

El Código del Trabajo Ecuatoriano.



Cont. 4076

## Servíos escucharme

Espectador ávido, sereno y austero, de los casos y cosas que suceden y se muestran a nuestro redor, no estuvo en mi alcance rehuír febril impulso que ya había tomado arraigo, ni sustraerme al deseo, quizá obsesionante, de tiznar cuartillas y más cuartillas de papel que, por lo que se me viene en columbrar, puede ser que satisfaga al uno y al otro, mas no por cierto, con afanes pueriles que halaguen la vanidad, sino con holgada intención que cumple un deber y queda subordinada a un interés amplio y de vasta reciedumbre.

Debo confesar, desde luego, que muy lejos estoy de suponer que he logrado una labor ni siquiera mediana, tanto más si quien ha emprendido en ella, como me lo dicta mi propia conciencia, no cuenta en su haber ninguna consagración, ni de cerca ni de lejos ha golpeado las puertas de los taumaturgos de las letras, los mismos que offician y queman el incienso que les cría fama, a puerta cerrada y entre pláticas intrascendentes.

Empero, el juico ajeno ni me arredra ni me aflige, aún cuando se deje oír con tono pontifical



Voces habrán con aliento de estímulo y de excusa.

Advertiré también que no me ha tentado, y mi temperamento refractario al gregarismo invertebrado me lo ha impedido, acercarme al abrevadero común donde pretenden saciar la sed mal encubierta de ambiciones desenfrenadas e insaciabiles, los parloteadores de credos vibrátiles de cascabel, crecidos a los que se ha dado en llamar partidos políticos.

Desvinculado, pues, de todo cuanto cohibe la voluntad o mueve un interés dulzón y buscador de arrumacos y caricias, sólo me descubro ante la verdad y cedo el paso al genio, al honor y al talento humanos, sea donde estén y quien los posea.

Si bien este trabajo hecho paso a paso, en la urdimbre cotidiana que se lleva la mayor parte del tiempo en atenciones para el diario yantar, no alcanza las extensiones premeditadas, ello no empece para que en su texto se encuentren tratados diversos y complejos problemas y esbozadas sus resoluciones.

Por lo mismo que nuestro suelo patrio ha sufrido vejámenes y quebrantos; ha sentido el duro agravio de sus malos hijos; han descollado en su seno los desvíos, incomprendidos y relajaciones más insospechadas, impostergable haciase describir, con vívida locución, ese yermo y agreste panorama nacional, y de adhehala, aguijar la sensibilidad ciudadana en bien general y propio.

No me detendré en la especificación y detalle de las materias tratadas, pues esta diligencia, a más de implicar una suerte de pesadez, apenas rebasa los límites de un índice contable y manual. Expresaré, sin embargo, que el trabajo responde a un plan preconcebido, lo que permite una trabazón lógica y permanente en las ideas expuestas en los diversos capítulos.

Por lo demás, me permito prometer al lector que encontrará claridad, precisión y llana franqueza en toda la exposición, sin presumir, por cierto, de atildado y original, lo que forzosamente no ha entrado en mi cuenta.

Y ahora, amable lector, sois enteramente libre de proporcionarme o no el honor de vuestra lectura.



## La Tierra de Nadie

Bajo la línea equinoccial, de norte a sur, del Carchi al Macará, se extiende una lengua de tierra cuyo relieve llama la atención e impresiona con caracteres indelebles, ora por la belleza imponente de sus macizos andinos, ora por el encanto apacible y rumoroso de sus valles y campiñas, ora por la variedad de su ambiente que torna a menudo, de trecho en trecho; ora por la bondad del clima; ora, en fin, por la riqueza de sus productos y de aquella que guarda en sus entrañas.

Esta tierra, no obstante haberle sido pródiga la Naturaleza, por singular y extraño contraste, ha constituido y constituye aún una presa fácil para la rapacidad voraz de propios y extraños.

La heredad legada a costa de cuantos sacrificios y épicas luchas, a la par que ha sido mirada con incalificable indiferencia, y hasta con una suerte de empeño destructor, ha revestido a la postre, todos los caracteres de patrimonio exclusivo de unos cuantos bribones de coturno.

He aquí por qué tan hermosa tierra no tiene hasta hoy ni demarcación conocida e indiscutible, faltándole todos los elementos básicos de una Nacionalidad fuerte y definida.

Sin unidad étnica y geográfica, sin cohesión cívica y política; sin vigor moral y patriótico, fuerza es reconocerlo que se nos plantea el problema de la tierra de nadie.

Si lo primero, lo étnico, en sus hoyas y secciones territoriales viven diseminados en grupos grandes y pequeños —provincias, cantones, parroquias, anejos y caseríos— una población cuyo porcentaje mayor, un setenta por ciento, está compuesto de indios, negros y mestizos, y en menor número, blancos, a los que se suman una buena porción de refugiados judíos.

Si lo segundo, lo geográfico, mientras el Perú no abandona su posición de absorción y de conquista, aún por encima de todo cuanto quizo y exigió en el famoso e histórico Tratado de Río, Tratado en el cual se sacrificó e hirió la dignidad de un sólo país en aras de la **Unidad Americana**, sin miramientos ni escrúpulos de ninguna índole, lo cual pesa y pesará siempre en la conciencia de América y de sus siniestros ejecutores, Estados Unidos tiene bajo su hegemonía, aunque velada ingeniosamente, el Archipiélago de Galápagos, copado para **bases militares** que, según se afirma, sirven y seguirán sirviendo para resguardar el Continente contra po-

sibles irrupciones de hordas nazis y amarillas, las que, afortunadamente, por lo que se echa de ver en las noticias de guerra, ya no significan peligro alguno, al menos próximo.

Y qué unidad étnica, geográfica y jurídica caben, si en esa lengua de tierra, digna de mejor suerte por mil títulos, no han brotado Gobiernos que se preocupen ni se esfuerzen por fijar y resolver tan importantes menesteres, en la medida y diligencia que ello supone? .... Si la labor de éstos, en sumo grado, no ha sido otra, ni ha tenido más objeto que defender el poder, y más propiamente, el empleo y sus derivados, a toda costa y siempre con mengua de los derechos del pueblo, al que se ha escarnecido y despreciado? .... Si la mayor tendencia ha se encaminado a improvisar fortunas, no importa el desmedro de las arcas fiscales y la miseria depresiva y alarmante? .... Si la ambición pertinaz ha fincándose en romper normas legales y principios éticos, oponiendo siempre la fuerza y la violencia a las declaraciones y garantías constitucionales? .... Si toda actividad y gestión han sido conducidas con el insano y liviano propósito de burlar las vallas democráticas, para adoptar la dictadura embozada o desembozada, dictadura que siempre significó la ruina nacional desde todo punto de vista, y señaló la ruta dolorosa de la abyección? ....

Y advirtamos que pasa ya de cien años que denominamos República democrática, libre e inde-

pendiente, a esa extensión territorial, pero, tantas y tan graves complejidades se nos exteriorizan, con agudas y sombrías destemplanzas, que la verdad es que vacilamos, nos atrapa la duda, que sea ni aquello ni lo otro, aun cuando nos sea bastante penoso revelarlo.

Y qué Democracia puede haber en un país en el que el pueblo jamás ha disfrutado de libertad política, y en su mérito, ejercido el derecho de sufragio? .... Si aún subsisten, con marcado acento, los agrios resquemores de casta y de raza; la almidonada diferencia de nobles y plebeyos, privilegiados y humildes? .... Si todavía se permiten esas incongruencias y distingos, siendo así que la Democracia se resume en un solo y ponderado principio, **“Gobierno del Pueblo”**, y en una sola finalidad, humana y edificante, **por y para el pueblo? ....**

La Democracia, pues, tan decantada, y vuelta tornadiza y dúctil en manos de los acaparadores del poder y de la economía pública, no ha tenido debida efectividad en el orden de los hechos, y apenas ha quedado flotando en el espacio como mero concepto especulativo.

Durante todo el tiempo transcurrido desde que esa faja de territorio que va del Carchi al Macará se separó de la Gran Colombia, para constituirse en unidad política independiente, no se ha demostrado lo democrático como una bella manera de convivencia social, siendo la realidad bastante diversa; y

hasta es de presumirse, que hubiérase perdido el vocablo como tal, de no advenir, por fortuna, plumas eminentes y viriles que se han encargado en toda época de fustigar y corregir errores y deslices, y de amedrentar y confundir a los déspotas y tiranos.

Desgraciadamente, para mayor desaliento y depresión, de nada han valido elevadas y ardientes lecciones de civismo; de ningún provecho han sido los martirologios cruentos e incruentos y los viriles arrebatos de rebeldía; siempre ha prevalecido la veleidat y el desatino, la necedad y el encono manifiestos, y un ánimo persecutorio y de venganza. El interés particular ha supeditado al interés público, aun cuando perezca la patria envuelta en un vórtice de apetitos ilícitos, sin que ni siquiera se salve su decoro internacional.

Y ha sido tal el proceder escandaloso y la ceguedad intensa de los aviesos detentadores del poder, que a sabiendas de que cualquier reacción quedaba condenada al fracaso, hicieron gala en todo momento, y holgáronse en perseguir y postergar la Educación Nacional, seguros que enseñoreando la ignorancia, consolidaban su firmeza en los estribos.

Débese a ello, y la verdad sea perdonada, que si nos ha sido dado llamar República a ese territorio, conservando aún este nombre, probablemente obedezca esta feliz determinación al imperativo de la costumbre, desde que debemos tener por bien sa-



biño y averiguado, que hasta hoy ignoran la mayor parte de sus habitantes lo que es una República y por qué son republicanos, y yendo más lejos, quiénes son ciudadanos y quiénes no lo son, y cuál es la naturaleza e índole de los deberes, obligaciones y derechos de aquéllos. Y téngase muy en cuenta, a este respecto, que ciertamente no son los faltos de saber y entender los únicos que andan a tientas en estos menesteres de singular aprecio, sino también los que afectan una suerte de cultura.

Desde luego, halaga y concita el espíritu, saber que hay muchos seres que por inspirador y luminoso instinto, tan inmanente como el de la conservación de la especie, intuyen lo que es la patria y la tierra de sus mayores, consagren en su alma debido culto a las costumbres y tradiciones, exaltando su fe en la ley y sus instituciones; ofrenden respetuoso y tímido tributo, incluso su propio holocausto, por el suelo que les vio nacer y por el emblema sacro que simboliza, con decidora sencillez, todo ese cúmulo de sentimientos que los abarca y siente íntimo, aun cuando no los revele con palabras.

Y claro está, que este modo de perfilarse la sensibilidad humana es admirable y fructífero, y tanto, que abonándolo a tiempo, cultivándolo con esmero, representa más, mucho más que esa charla fácil, esa locuacidad frágil y callejera de todos aquellos que audazmente encubren sus mezquindades y lacerías con el sagrado título de patriotas.

\* \*  
\* \*

Cien años y más de República libre, independiente y democrática, y muy poco se ha hecho, tan poco, que el progreso alcanzado no significa sino el paso lento y aburrido de un quelonio; la labor desgastada y ahita de un esclavo que recibe golpes de fusta; representa la indolencia de un pueblo relajado y sumido en la ignorancia. Y la verdad es que por donde echemos la mirada y dirijamos nuestro espíritu inquiridor, no encontremos sino mucho que lamentar y mucho que construir, y en ciertos aspectos ni siquiera lo uno o lo otro, sino despecho, resignación y una suerte de abatimiento.

Generación tras generación ha presentado ese lento pero seguro desquiciamiento; ha palpado el sucesivo y continuo desmedro de sus instituciones y su moral; la quiebra de sus arcas fiscales; y para colmo, como consecuencia lógica, que más tarde o más temprano debía acontecer, como forzoso corolario, la pérdida del honor y dignidad de país respetable y gallardo mantenedor de sus libertades y derechos.

Toda la vida histórica del país está sembrada de sediciones y golpes de cuartel llevados a término por sujetos ambiciosos, sin programa alguno que constituya la causa justificativa y directriz de su proceder, de tal manera que demostrando la bon-

dad múltiple de la presunta causa, haya obtenido el apoyo público, y consumada la conquista del poder, haya significado la cristalización de las aspiraciones y anhelos del pueblo.

Es por ésto que el Gobierno de la tierra de nadie ha estado siempre en manos de ciertos grupos de estructura feudal, con eslabones hereditarios, y apoyados, desde luego, en el mal denominado Ejército, el mismo que no ha tenido otra finalidad ni más objeto que servir los mezquinos y oscuros intereses de tales grupos, llevando el mote mercenario de "fuerza obediente".

Las sediciones y revueltas, en consecuencia, han revestido un sólo propósito: Derrocar al régimen imperante para administrar el feudo y asclarlo.

Antaño, fueron los asesorados por el fraile, conocidos con el cartel politiquero de conservadores o derechas que hasta hoy guardan y usufructúan, los dueños de vidas y haciendas; hogaño, son en parte los dirigidos por esa masa funesta de la escuadra y el mandil, y en otra, los que han adoptado el trapo genérico de izquierdas los que explotan y tienen la hegemonía sobre todo para sus enredos y amaños. Desde luego, ante la posible amenaza de un peligro común, se ha producido el maridaje de estos grupos, con la sola condición de hacerle siempre sitio al tradicional partido de la iglesia.

Nada más desconsolador que meditar sobre estos puntos y llegar a la terrible conclusión de que

nada bueno ni humano podía esperarse de semejantes círculos.

De aquí que la historia esté plagada de lugares comunes, y que por una Virtud, un Heroísmo, una Capacidad excepcional, un Estadista inteligente, honesto y emprendedor, haya miles de claudicaciones, torpezas y corruptelas.

Y es de notarse que en el mismo transcurso del tiempo, con cierta igualdad de factores y achaques, las otras Naciones Americanas, por la sola prudencia medular de sus hombres y Gobiernos; su fecunda y honrada labor, empañada en ocasiones por vahos mefíticos de carroñas que inesperadamente surgen de quiebras repugnantes, han edificado su nacionalidad y su democracia sobre bases sólidas, y de este modo, han labrado su cultura multifásica y áurea.

## Democracia y Educación

La educación constituye el gran clamor de la humanidad y el factor más eficiente de la democracia.

Un pueblo sin educación es un pueblo primitivo; un conglomerado amorfo y heterogéneo; es una mezcla difusa de individuos sujeta y aherrojada a los vaivenes de un agreste y rudo instinto colectivo.

La democracia coexiste únicamente con cierto grado de cultura; si aquella es principio y fuerza unificadora de evolución política, nada más lógico que superviva y adquiera vigor y significado al bondadoso calor de ésta. Si falta el cultivo de las conciencias, el pulimento del espíritu, el desarrollo del carácter, que dan al individuo su personalidad auténtica y bien estructurada, no cabe invocar la democracia, desde que ésta demanda un campo abonado y propicio para admitir su preciosa influencia.

Un pueblo analfabeto en su mayoría, como en la tierra de nadie, no puede comprender ni asimilar la democracia, y si la intuye, por aquella pertinaz repetición del vocablo le es más penoso admitir su irrealdad.

Infiérese de aquí que la democracia, para cumplir a satisfacción su imperativo, exija la educación integral de las masas. La chillería vacua y meramente emocional, estimulada por sensaciones de color, de odio o simpatía, no es democracia en su contenido esencial; es sólo un aspecto de su inmensa trayectoria.

Débase a ello, que para lograr la ingerencia que le corresponde al pueblo en la formación de su nacionalidad y su suerte política, se fomente y desarrolle la educación en su grado máximo y con ramificaciones permanentes y de un gran radio de acción. Y no puede ser de otra manera, desde que la democracia, como factor decisivo y eminente en la evolución de los pueblos, no es una sola unidad o función de cultura, sino una suma de valores, de principios, doctrinas e instituciones que convergen a formar el torrente del perfeccionamiento civilizador y fecundo. Y son estas fuentes, cuyo caudal debe ir en aumento, las que dan fisonomía respetable a un pueblo; las que desbrozan su aspereza incipiente para presentarlo apto y eficaz para la comprensión y ejercicio de sus derechos y libertades.

Si la democracia es un radical corte de los

principios e instituciones tradicionales; es un cambio insospechado de hábitos y costumbres; es un remozar sin intermitencias; es el crisol donde se purifica el individuo para enriquecer la corriente donde se abreva el bien común; es el gobierno del pueblo, por y para el pueblo, imprescindible es que tan bella y rica floración política arraigue en un seno de vigorosa cultura.

La educación es de tal naturaleza que al infiltrarse en el hombre y la sociedad, eleva su espíritu; pule y abrillante sus sentimientos; ennoblece y modifica su temperamento; afianza y conduce su carácter y su voluntad; controla y suaviza, con maestría de artífice, su entidad física e intelectual: en definitiva, hace del hombre un hombre culto y de un pueblo un pueblo culto.

La educación abarca todas las edades, y por lo mismo, es de especial interés iniciarla y mantenerla con ardor, apelando a todo cuanto medio sea aconsejable y de inmediato rendimiento.

Si la instrucción es cautivadora por diversos motivos, la educación, por su infinita proyección, despierta mejores impresiones y anhelos; induce a una acariciadora reflexión; enrumba la mente hacia horizontes más amplios donde la ciencia, la idea y el arte adquieren tonos y matices de sin par seducción y alarde humano; invita a concentrar los sentidos e insurgir el pensamiento para extasiarse

en el conocimiento de las bellezas físicas, estéticas y morales.

Si la instrucción es buena, la educación es mejor, siendo incuestionable que aun los problemas de difícil solución, o que aparentan serlo, pueden resolverse, más por el tino, sagacidad y delicadeza empleados, que por la violencia de un razonamiento brusco que choca al medio ambiente, y a no dudarlo, quebranta y resquebraja el ánimo más condescendiente.

Pueden haber y los hay discutidores ardientes y porfiados, pero que fallan en sus concepciones y propósitos, por haber dejado de emplear los medios más apropiados que la situación impone, y que sólo da una exquisita educación.

Es muy importante observar que si la Sociedad en general acudiera a las formas de comprensión más cordiales, exentas de egoísmo y propicias al bien de los demás, fincadas en sentimientos francamente sinceros y leales, llegara a un entendimiento correcto en todos sus problemas y dificultades; pero a menudo, ordinariamente, con una vulgaridad que aterra, las cosas suceden de otro modo, y tales problemas, en vez de ser resueltos, tórnanse en un almácigo de confusiones, equívocos molestos y sañudas imprecaciones, en el que flotan soterradas intenciones y malvados proyectos y acomodos, que dejan un vaho de trascendencia pungente y bituminosa.



Evitaríase en mucho todo esto si los individuos fueran modelados en un ambiente que no sea el de la simple instrucción adocenada y nimia, en la que se procura atiborrar la mente de frases y signos convencionales, y se deja lo demás, lo concerniente a la virtud, en tabla rasa y en potencia que fecunde el desvío, la maldad y las pésimas inclinaciones.

Es por ello que no sorprende ni llama la atención que un sujeto apele a todo cuanto medio esté a su alcance y le brinde su ingenio, para cubrir las apariencias que le escuden y defiendan del examen social, y aun de los propios familiares y amigos que con él convivan y frecuenten su trato, sin empeñarse, ni a regañadientes, en el uso de la rectitud, franqueza y honestidad de sus actos.

El hombre puede aparentar ser bueno, como efecto de un satánico artificio, pero en realidad, estar siempre dispuesto a procurar, o por lo menos desear, la desventura del prójimo más cercano o alejado. Y desgraciadamente, este empañado proceder es el que se agita y prospera para desazón del linaje humano.

Los hechos realmente buenos y justos son excepcionales; lo general y común es que no lo sean, o a lo más, como mucho pedir, sean livianos y superficiales, por obra de un vasto materialismo. Ocioso es consignar que los tales no sólo afectan a la moral y a las buenas costumbres, sino que hie-

ren y execran a la verdad porque la huyen y la temen.

Nobleza, sencillez y lealtad para consigo mismo y para con los demás, son prendas que se imponen y no requieren otros atributos; son dones que garantizan la convivencia humana en abierto desafío contra un positivismo frío y calculador, por leído que fuera.

## La Educación del Niño

Es afirmación demasiado conocida que el grado de educación de un pueblo es índice cierto y evidente de su ciclo de cultura y adelanto. Sin educación, ni siquiera la vida humana es concebible, a no ser que se la disfrace con fermentidos revestimientos, lo cual es peor, ya que ello entraña corrupción, molicie y ladina hipocresía. Cualquier otro estado es primitivismo, degeneración, lastimosa mediocridad, lo que da la medida de importancia y aprecio de individuos y pueblos.

La educación, huelga decirlo, no es limitada ni se reduce a estrechos puntos de vista; su enorme influencia incide en todo plano o medio social e individual, y abarca la vida misma hasta completar y refinar la personalidad. La educación, pues, no cabe confundirla con los cultivos o preparaciones específicas de la memoria, la mente, etc., que no son sino ramas de aquella o afluencias que forman su cauce.

Con la educación se forja y consolida la personalidad; con la instrucción apenas se llega a dejar estratos más o menos sensibles. La una es simiente, la otra es surco.

Es por esto que si un Gobierno descuida el fomento de la educación, sin atenderla de manera amplia e intensa; no la protege contra toda intromisión malsana; no la considera por encima de cualquiera otra necesidad pública; no destina para su normal y perenne desarrollo todo un caudal de energías, abnegación y optimismo, sin detenerse en cálculos y regateos sórdidos y necios, bien podemos dar por sentado e inconcuso que el país que sufre tan menguado Gobierno asume un estado de bancarrota total.

La educación debe ir en línea paralela al avance de la cultura, sin dejar pasar ninguna oportunidad que, con inusitada celeridad, ofrecen la ciencia, la técnica, el arte, el comercio y la literatura mundial. País sin educación o con educación raquítica y retardada, anémica, que vive a expensas de analépticos, es un pobre conglomerado de habitantes, fácil presa del abatimiento, el derrotismo y la degeneración.

La educación, cuchilla demoledora de prejuicios y apocados resabios, es la única corriente institucional que derriba ídolos de cera; avasalla odios y egoísmos, y extirpa esas odiosas diferencias de clase; es el estro formidable de genios, artistas y

poetas; es la gestora de ciudadanos auténticos, líderes irreductibles de los destinos de su patria y de los suyos propios, sean éstos profesionales u obreros, ricos o pobres.

La educación, **integridad moral y física**, tradúcese en elevación de espíritu y severidad en el juicio y el discernimiento; austeridad sin afectación; arraigado respeto por la justicia y la ley; fidedigna generosidad y desprendimiento en función social.

Es un hecho incontestable que el resurgimiento de un país, y preferentemente el Ecuador, es y será posible a base de una cruzada recia y monumental de la educación intensa e inmediata, de tal suerte, que todos y cada uno de los componentes de la futura nacionalidad, sean una entidad constructiva, fructífera y eficaz; todos y cada uno contribuyan a edificar un emporio de cultura.

El Ecuador será grande y próspero, digno y respetable, por el brillo inmenso de su cultura selecta y multiforme. A este respecto, es un error creer que su reacción opere con estímulos de fuerza y agresividad de armas. Primero advendrá el verbo convincente y lúcido, remozado y lozano, que ludirá las conciencias y sacudirá la inercia, y por propia consecuencia, surgirá entonces la idea hecha centella y convertida en rayo; primero será el lastre de afianzamiento, la reserva previsora, para iniciar la gran batalla de reconquista de lo que es y

será nuestro. El Ejército reivindicador será un Ejército de Cultura formado por sabios, filósofos, técnicos, economistas, ciudadanos honrados e íntegros, soldados de pluma, de laboratorios y fábricas; aquél ejército, el otro, se acabó para el Ecuador.

\* \* \*

La educación, naturalmente, comienza en la Escuela Primaria, con la niñez gárrula y promisoría, con esa niñez cuya arcilla virgen, tersa y transparente, invita a modelarla, haciendo de ella una obra de mérito inapreciable, capaz de retar al tiempo y a los avatares humanos, con segura confianza.

La niñez, muy en lo cierto, es la legítima esperanza de un pueblo, y bien por este motivo, bien por razones ligadas a su ingenuo origen, requiere exclusivos cuidados y una suerte de abnegación y de paciencia no exenta de una discreta como oportuna firmeza.

La educación escolar demanda el estudio y examen de los elementos fundamentales que concurren a hacerla viable, y en potencia para cumplir su profícua misión.

Tales son, **la gestación gubernativa, docencia, edificios, material escolar.**

Ni para qué decir que la primera, por su función matriz, cobra mayor interés, ya que de ésta depende el éxito o fracaso de toda la labor educa-

cional. Un gobierno inteligente, dinámico y entusiasta propulsor de dicha labor, prestará todo su contingente, como es lógico, para que aquella tenga su más fiel y debido cumplimiento.

La escuela, desde luego, debe ser esencialmente democrática, libre de toda influencia, y contar con sistemas y métodos absolutamente nuevos, de acuerdo con los actuales predicados y necesidades sociales.

La educación no debe ir conducida a formar individualidades frías y mecánicas, con simple acopio de conocimientos adocenados y ásperos; su misión debe ser más elevada, con plena conciencia de responsabilidad, como gestora de almas en trance de adoptar la personalidad eficiente del futuro.

De esta manera, la educación preparará al niño para que se baste a sí solo, con la conciencia de su propia personalidad, y coetáneamente, que al comprender su destino en la vida, se desplace espontáneamente hacia afuera, en ondas centrífugas, como miembro útil para los demás, en función eminentemente social, o sea, que extirpado de raíz su egoísmo, entienda que se pertenece más a la gran colectividad que a sí mismo, como gestor efectivo de la solidaridad humana. Así estructurados sus pensamientos, voliciones y sentimientos, se ha creado el tipo de la **nueva educación social**, en oposición a la de **tipo individualista que campea**.

En esta primera etapa de la escuela, corresponde considerar este doble aspecto primordial: el niño y el hogar, como antecedente previo para las diversas deducciones que seguiremos consignando.

Hasta hoy, precisa reconocerlo, la **educación**, nominada así, se ha caracterizado por sus resultados bárbaramente nugatorios y vacuos. Mucha teoría y demasiada especulación; pero un rotundo fracaso en el campo de los hechos. La niñez ha sido sacrificada en su bella floración y defraudadas las aspiraciones nacionales. Fluye repentina la amarga confesión de que en el Ecuador no existen Escuelas hasta ahora, y tal ha sido la cruel y criminal indiferencia para este vital problema, que esta circunstancia ha influido, poderosa y decisivamente, en el actual estado de cosas que confronta el país.

Conviene llamar la atención, en este punto, sobre el hecho evidente de que la generalidad de los niños que asisten a las escuelas se ven acosados por este doble peligro: **la nutrición y la vivienda**.

El primero no es tan irreductible, y aunque en limitadas proporciones, se ha podido sortearlo en cierto modo librando al niño de sus garras harteras y aleves; en cuanto al otro, ni siquiera ha sido objeto de preocupación alguna, al menos aparente.

Si bien es verdad que la cuestión nutritiva es susceptible de arreglo, hasta su más extremo límite, en el curso del tiempo, no sucede igual con la



referente a la **vivienda**; ésta es gravísima, compleja y de incalculables consecuencias.

El asunto vestido, también, es de fácil solución, ya que sólo depende de la munificencia pública y de una preocupación encauzada del Estado. Sencillo sería exigir que Bancos, Fábricas, Industrias, Comercio, Sociedades económicas en general, hacendados y rentistas, entreguen o paguen un porcentaje o tasa mensual fijada por las Municipalidades para llenar el cupo indispensable para vestir y calzar a los niños pobres que asisten a las Escuelas.

Porque es indudable que los problemas de la nutrición, la vivienda y el vestido, influyen poderosamente en la suerte del niño y deciden su porvenir, y en grado mayor la segunda, pues por mucho que la Escuela realizara un notorio esfuerzo en beneficio de aquél, todo echaríase a perder ante el contacto cotidiano del hogar en que vive, contacto más asimilable, cuanto mayor es su aspecto indecente e inmoral.

Cierto que el hambre alienta los desvíos y empuja a la delincuencia, siendo más feháciente y próspera su acción devastadora según vaya atrayendo las escalas de la indigencia; pero ésta puede ser detenida y amortiguada en sus efectos a poco que se ponga en juego una prudente y decidida acción social. En cambio la vivienda, si es una incubadora acogedora y cálida en la que pululan las más

purulentas llagas sociales, así sea con tonalidades larvadas, en contadas veces.

Si en un mismo rincón húmedo, sin luz y sin aire, conviven promiscuamente padres e hijos, realizando aquellos, hasta en veces, con agnados y cognados, todas las necesidades humanas, sin ningún género de precauciones y reservas, dando pábulo a los sentidos en holguras inconfesadas y densas, cómo puede el niño sustraerse a la infición de estos nocivos cuadros y calamidades? .... Cómo puede sacudirse de hábitos malsanos y costumbres irregulares, y atisbando el menor daño posible, cómo puede deslavar su espíritu de angustias, quejas, despechos, e imprecaciones frecuentes e inmorales? ....

Si el hambre depara la anquilosis y degeneración biológica del individuo, el ambiente en que vive y desarrolla depara su derrumbe psíquico.

La Educación primaria, por supuesto, debió y debe tener en cuenta esa gama de circunstancias para decidir su gestión y sus métodos, sin medir a la niñez con igual rasero.

Quién sabe cuántos y cuántos niños hubieran escapado de las fauces de un medio rampante, si la Escuela hubiese ido en su auxilio, sin menospreciarlos ni amilanarlos por su pobreza y humildad, catalogándolos como seres sin derechos y sin patria, del modo más injusto y arbitrario.

La Escuela, nuestra Escuela actual, digámoslo

con franqueza, no ha sido sino para el rico, para el hijo de padres influyentes, para la descendencia mimada, creada y desenvuelta al calor de una ola de recomendaciones, políticas protectoras, y condescendencias inexplicables.

La Educación ha sido y es para la niñez anudada al privilegio, a la que nunca se escatima méritos y estímulos. El desvalido se ha educado siempre y cuando ha podido, a fuerza de abnegación, rebeldía, sacrificios y crueles decepciones.

Lógico, muy lógico, que debido a estas defeciones y mezquindades, la crisis de la democracia tenga como antecedente primordial la quiebra de la Educación y de la Justicia.

Digamos aquí que no es difícil ni complejo para la Caja del Seguro acometer la tarea de salvar las generaciones actuales y venideras proveyéndolas de habitaciones sanas, acogedoras y destinadas a exterminar el tugurio promiscuo e inhóspito. No deben ser casas, por cierto, para la venta bursátil, en la que el beneficiario se ata a una enajenación absorbente y hostil, sino hogares de locación cuyo precio no asuma ni el más ligero viso de lucro, y no tengan, por consiguiente, otra tendencia ni más propósito que subsanar los lesivos inconvenientes del pauperismo, aliviando su carga y fomentando una vida más halagadora, apacible y humana.

La Caja del Seguro debe confinar su política actual de incesante acumulo de riqueza, acumulo de

sangre, fatiga y sudor que se emplea en suntuosidades anómalas y en servicios de dudosa eficacia; está en el imperioso deber de relegar a un segundo plano sus ajetreos crediticios en los que prima un sentido y un espíritu de **prendero insatisfecho**. Su papel, diametralmente diverso de la intención que originó su establecimiento, implicará a la postre, que el proletario y el empleado sentirán la sensación de ahogo doloroso, absorbidos por un oleaje arrollador e incontenible.

La retención de una suma de riqueza, no significa sino una avaricia sordida que place al avaro hasta matarlo. La verdadera riqueza, es el empleo de los medios en planes, obras y trabajos de inmediato rendimiento y provecho social.

\* \* \*

Dijimos ya que el otro aspecto que debe tenerse en cuenta es **el hogar**, y a su examen vamos a consagrar la atención.

Es inútil, por ser del dominio general, ponderar su importancia como factor de propulsión de la faena educacional. Bástenos decir que el hogar es el mejor destinado para secundar, vigilar y completar aquellas, ya enalteciendo a cada instante la figura del educador e instando al respeto que se le debe y las consideraciones que se merece; ya preocupándose por las tareas escolares; ya infiltrando

disciplina y corrección, inspirando virtudes y deberes; ya despertando afectos y delicados sentimientos para profesores y compañeros; ya, en fin, fortaleciendo el amor a la Escuela y a sus hermosos y nobles atributos.

Lo ideal sería, desde luego, que todos los hogares prestaran su afanosa contribución; pero, unos por desidia, otros por indiferencia; por demandas de la vida, los de aquí; por ignorancia, en su mayoría, lo cierto es que la presencia del hogar deja mucho que desear, siendo su significación demasiado trunca, floja e insensible.

Es verdad, desde luego, que los hogares pobres, por su azarosa lucha por la vida, no están en disposición de satisfacer sus deberes de padres y guardadores alertas de sus hijos, y cada día van postergando más y más esta obligación primaria, dejando todo a la ventura y al contingente aleatorio.

Y si la familia, el hogar, la gran célula social, sufre quebranto y resquebrajadura, está a merced de una dislocación peligrosa y grave, resulta incuestionable inferir, aunque fuera penoso advertir, que su contenido vital deslízase por la pendiente del fracaso y la ruina. Puede afirmarse, que no hay hogar, deja de serlo desde el momento en que desaparece de su seno la dirección y autoridad paternas, y por lo contrario, adquieren relieve la relajación moral por falta de obediencia y sumisión de los hijos.

Si éstos, imbuídos por escenas callejeras e ideas falsas, cogidas al azar, en tortuosas situaciones; acicateados por el vacío desconsolador que les rodea, fustigados por el hambre, el frío y lo yermo del camino, pierden toda noción de sus deberes y obligaciones de hijos; ponen en duda su fraternidad y los afectos recíprocos; aceptan el egoísmo irreconciliable, como arma bifurcada y a propósito para cualquier trance; forman en su corazón un asidero para la desconfianza, el odio, la envidia y las pasiones iracundas, no cabe concluir sino que no existe hogar ni familia, sino un grupo anónimo cuya única vinculación, si quizá subsiste, es el de la especie, resultado exclusivo de la conjunción sexual.

Destruído el hogar o demasiado laxo en su moral y en la austeridad de las costumbres y hábitos, ello no refleja sino una sociedad en decadencia, desde que todo resúme en un eslabonamiento de hechos, individuos y sociedades.

Los dos centros principales de enseñanza para el niño son: el hogar y la escuela, pues aunque aprende en todas partes, hasta en la vía pública, porque dada su insaciable y absorbente curiosidad, todo lo investiga y todo lo imita, esos centros son los de acción más intensa y constante, y además, los únicos en que se puede dirigir su formación integral.

Y si comprendemos que la educación no inmo-

viliza la inteligencia de los niños ni cohibe su espontaneidad, pues el objetivo de aquella no es otro que ordenar las acciones y ajustar la conducta a los dictados del deber y de la conveniencia, no sólo de la sociedad sino del mismo individuo, no cabe duda que el hogar tiene una decisiva influencia y responsabilidad en el presente y en el futuro del niño.

Es por ésto que la dirección y la autoridad de los padres no debe sufrir nunca detrimento ni ceder en respetabilidad. De sus energías bien empleadas depende el carácter y la rectitud moral del niño. Los niños muy consentidos son verdaderamente desgraciados, porque escapa la felicidad ante sus manos ahuyentada por sus proteiformes e insaciables caprichos, cuya incesante reaparición amarga su vida indefectiblemente.

Y el procedimiento educador es realmente sencillo, pues si bien las circunstancias en que cada niño se encuentra son muy variadas y complejas, el objetivo que los padres han de tener como punto de mira para no desorientarse es, que lo fundamental de la educación consiste en **subordinar la voluntad del niño a los mandatos de los padres**. De este modo se evita aquello de los **niños consentidos** que obran a su gusto y no reconocen más norma de conducta que su capricho, con la lamentable circunstancia de que tienen el mal gusto (si el mal gusto cupiera en un ser tan simpático e inocente como es un niño) de esgrimir como uno de sus principales

caprichos el hacer lo contrario de lo que se les manda, sin otro objetivo que la oposición a secas, y cuando llegan a adolescentes, si es que continúan respirando esa atmósfera de ataxia moral, se hacen la ilusión de que sus impertinencias, que entonces son ya de más entidad, constituyen genialidades temperamentales e incontrastables.

Por consiguiente, ni hogares aparentes que se esfuman en sombras de afectos mal entendidos y peor aplicados, o que se diluyen en espirales de fría indiferencia o que resuman miseria y envilecimiento.

Y esta cuestión de vital importancia, debe apreciarse sin reticencias y sin eufemismos, con un criterio humano y radical. Si los padres o representantes (guardadores y curadores) no pueden o no están en condiciones de atender a la educación de sus hijos o pupilos, nada más lógico que cesen en el ejercicio de la patria potestad o la guarda, la que pasaría al Estado del modo y en las condiciones determinadas en la ley pertinente.

\*  
\*   \*  
\*

Y aquí, otra admirable expectativa para la Caja del Seguro.

Qué utilísima manera de emplear sus colmadas cajas sería la rápida edificación de miles de escue-



las con todas las exigencias modernas, para la educación de los hijos de obreros y empleados, artesanos y jornaleros. Se denominarían **Institutos de Educación del Seguro Social**. Porque es de entenderse que el positivo Seguro Social es el dirigido a patrocinar toda empresa que redunde en bien físico y espiritual del pueblo. Y en definitiva, lo que hasta ahora se ha efectuado, es demasiado poco y demasiado comercial, tan poco que obliga al comentario duro y grueso. Preferible fuera su inexistencia o su reforma premiosa y global, desde que la Caja no ha servido sino intereses acomodaticios y de trastienda política. Ha sido el sitio codiciado al que han ido a parar los amigos de la causa, carentes de capacidad, idoneidad y solvencia técnica.

---

## Docencia

El maestro, para serlo, debe ser ante todo y por encima de todo, maestro, en la bella y significativa acepción del vocablo. Si a él le está confiada la más noble, importante y delicada de las tareas, debe reunir una suma de virtudes y cualidades que hagan de su persona una entidad excepcional, no sólo por su ilustración y variado conocimiento, por su contracción acendrada para el trabajo, sino por su espíritu comprensivo y profundo, por su bondad cautivadora, ajena a la trivialidad maleable; por su modestia y espontaneidad sin afectaciones; por su tendencia a la liberalidad, extraña a la codicia; por su afición al deporte y las sanas expansiones; por su devoción a las artes, la ciencia, la literatura, la moral y los buenos hábitos; por su respeto a la Ley, la Justicia y el Poder Público; por su independencia y por su actitud valiente y desinteresada para encarar y estudiar los principios y las doctrinas políticas y sociales, en tal medida, que siempre esté a cubierto de odiosas in-

fluencias, y sus labores magisteriales no estén a merced de odios, simpatías y resquemores que la empañen y desluzcan.

Si el maestro prepara, pule y acicala las mentes infantiles, sofrena y dosifica las inclinaciones y sentimientos; crea una energía de la arcilla virgen y pura, dotándola de todos los menesteres que harán de ella un elemento activo de cultura y de trabajo en el futuro, preciso es convenir que quien cumple esta preciosa misión responda al elevado y digno nombre de maestro, y que siéndolo, sea merecedor de la loanza y gratitud de las generaciones.

La docencia, por tanto, debe ser **bárbaramente vocacional**, y jamás un medio para proporcionarse la subsistencia o encubrir mal veladas ambiciones. El caudal de ideales y anhelos deben fundirse en una sola aspiración; confluír en un sólo pensamiento: ser maestro, pero serlo en verdad y a conciencia.

No se ignora que cuando el maestro, no es **vocacional**, sino un resignado con el oficio, la educación pierde más, por obvias razones. Educar es un arte de subidos quilates, tanto como el genio de la poesía, la música, la pintura, con la gran diferencia de que aquél opera y modela en carne viva. A los maestros se les debe la conducción de espíritus que más tarde constituyen la historia gloriosa y célebre de un país.

Con muchísima equivocación se ha subestima-

do la función del maestro. Se ha creído y sigue creyéndose, con suma ligereza, que esta función es secundaria, sin mayor trascendencia, que imponga medítársela con cuidado y honda reflexión.

Costumbre ha sido mirar con cierto desaire al educacionista y restar mérito a su ardua tarea, faltando poco para confinarlo en las sombras. A mucha fe que tan mezquina necedad ha dado al traste con muchos nobles propósitos y socabado los cimientos de la Institución más imperiosa de un pueblo.

Lo natural es, en esta sazón, que renovemos el criterio en este y otros puntos, sobre todo si admitimos la obligación sin demora de emprender en la gran cruzada de la educación pública, tal como lo requieren las necesidades del país y las que se impondrán después de la guerra.

Y vale la pena recordar que si alguien hay acreedor a la gratitud humana, ese alguien no es otro que el maestro. Pueden improvisarse como se improvisan generales y coroneles y otros jefes, funcionarios de coturno, diplomáticos, economistas y los llamados *catedráticos*, etc., etc., de la noche a la mañana; pero maestros, verdaderos maestros jamás. Esto quiere decir, que un pueblo puede carecer, sin siquiera advertirlo, de esos generales, coroneles, funcionarios y etc., etc., ad-hoc, pero nunca de esos modestos modeladores que en silencio y sin

alardes labran la obra inicial de la civilización y de la cultura.

Con razón puede enunciarse de ellos: Dadme verdaderos maestros y levantaré el mundo, imitando la frase del célebre griego.

Y para enaltecer su labor, debemos rodearla de condigno respeto, situándola en el plano de mayor relieve.

Si menester es suprimir unos cuantos generales, coroneles, funcionarios y diplomáticos de la legua, hagámoslo ya, a fin de recompensar al maestro en la medida de su trabajo y categoría, colocándonos así dentro de la más estricta justicia. Hasta aquí se ha procedido al revés. Han sido esos generales y más aves de barnizado plumaje los consumidores de la economía nacional, sin más antecedente que su nombre confundido con el parasitismo abyecto. Es a la docencia a la que se debe remunerar con sueldos altos y estimuladores, como parte de reconocimiento de lo que la Sociedad le es deudora.

Si hay Universidades, Colegios y Escuelas, y existen maestros de verdad para cada una de estas disciplinas, no es aventurado afirmar que todos ellos están en igual plano, y consiguientemente, son acreedores a gozar de idéntico prestigio y análogas consideraciones, y hasta pudiera pensarse, en rigor lógico, que la preferencia sea para los constructores del cimiento de la evolución general. La faena

escolar es amplia y sin confín; abarca todas las etapas de la vida y todas las clases sociales, y es inmune a cualquier devastación: donde hay un maestro, de seguro que subsiste la civilización. El discurso universitario, por potente, luminoso y bello que fuera, sólo irrumpe, se refugia y nutre las inteligencias ya formadas y en camino de madurar. Su travesía, por tanto, es llana, sin apreturas ni zozobras, y aun cuando fuera una hipérbole, su apostolado es más bien rumboso y de atavío.

Dijimos **vocacional**, y no puede ser de otra manera, porque el otro, aquel que se hace trasgos y girones por razones de otro orden y para elucubraciones que no son las de educar, éste no puede ni debe titularse maestro; aquél que trastea de mil modos y husmea por todo lado buscando situaciones y ventajas, con un afán rebuscado y proselitista; aquél que se introduce y se hace presente en la politiquería oligárquica y trashumante; aquél que socapa de servir los intereses de clase —qué clase— sirve los suyos propios, soslayando el minuto de enquistarse en el sitio de los oportunistas y logreros, éste, éste es el **enemigo número uno de la escuela**, y ésta, justamente ha venido muy a menos desde que la politiquería catequizó y amañó a los servidores de la educación.

El **maestro vocacional**, por la fuerza de sus íntimas y sinceras convicciones y sus virtudes personales, de hecho prestigia su brillante misión; no

necesita apelar a soterrados recursos ni afianzarse en trajines que cubran la apariencia; no le hace falta lanzarse a charlatán y parlanchín callejero. Al maestro vocacional le bastan y sobran sus armas propias para ir al combate, sin acudir a revestimientos y títulos alcanzados a tientas y en las sombras.

Si la Escuela es el gran taller en el que adquieren estructura la mente y el espíritu de las colectividades del mañana, la misión del maestro debe ser permanente, abnegada y solícita. Su ser todo debe consagrarse exclusivamente a ésta y no distraerlo o cuartearlo por ningún pretexto, ya que nada es excusable ni tolerable. Los problemas caseros, dolores e inquietudes, debe dejarlos en su hogar, en la calle, de tal suerte que su cerebro y corazón queden livianos y libres de toda rugosidad y aspereza.

\*  
\*      \*

Ahora bien, colocado el educacionista frente al alumno, emergen estas consideraciones:

Ningún lugar más apropiado para que la democracia tenga debido asiento y realidad que la Escuela.

Todos los niños son iguales, y ni remotamente cueflan diferencias odiosas y arbitrarias de casta y de clase; peor, odios, simpatías, privilegios y reco-

mendaciones. Para el fuero interno del maestro apenas tendrá acogida la distinción sujeta a la propia y exclusiva naturaleza del niño, en lo que a su test individual se refiere y aun ésta con una prudente reserva, pues debe recordar siempre que así como el párvulo no olvida lo que bien asimila y le impresiona, así también, profundas huellas lastiman su psiquismo las injusticias y desaires de que es objeto, injusticias y desaires que involucran graves y complejas consecuencias.

La instrucción seca, rutinaria, terriblemente mecánica, sin proyecciones, no equivale sino a movimientos de noria, que estragan el cuerpo y el alma infantiles. Esto, a no dudarlo, es contrario a la educación y no demanda sino proscribir de las aulas.

La educación convence, subyuga y prospera en la variedad. La habilidad psíquica del verdadero maestro y su victoria inicial, radica en penetrar, distinguir y clasificar las inclinaciones y voliciones de los alumnos. De este importantísimo trabajo depende la formación futura, y su éxito cada vez más próximo.

Si, como tenemos expresado, la Escuela es laboratorio y es taller, es en ésta y sólo en ésta donde deben arrancarse a la naturaleza infantil sus secretos; es aquí donde deben conducirse y guiarse los primeros brotes de anhelo; es únicamente aquí donde se opera la gran selección natural según co-



mo cada niño muestre sus aptitudes para la lucha por la vida. De allí que el maestro de verdad, el vocacional, hará acopio de paciencia en su delicada y sutil observación cotidiana, sin menospreciar ningún dato, por pequeño que fuera, para sus deducciones y su comportamiento sucesivo. El estará capacitado y autorizado para decidir en mucho la dedicación futura del niño.

Si la educación la entendemos y la practicamos de esta manera, quiere decir que habremos ahorrado mucho tiempo y evitado muchos errores y calamidades.

La educación primaria no vamos a interpretarla con el caduco criterio de antaño, trabando su potente gestación creadora, como si fuera una simple institución de radio elemental y somero. No, su imperio y su gobierno deben ser más vastos, como que su finalidad es **modelar la personalidad humana**, que más tarde hará la codiciada democracia, con profesionales, técnicos, artistas, ingenieros, economistas, comerciantes, obreros y artesanos todos conscientes de su obra y de su inmensa significación en la agrupación social.

En la Escuela se decidirán y se diversificarán las células que formen los tejidos, la sangre, la carne, los organismos del cuerpo estatal. Allí sabremos aquilatar para qué sirve cada uno y para qué trabajo está destinado, destruyendo de este modo las viejas consejas, derrotismos, claudicaciones, y

las desabridas e infundadas imposiciones de familiares y amigos ocasionales que todo lo revuelven y todo lo atropellan. Sabremos cuántos y quiénes deben ir a la técnica, a la investigación científica, al profesionalismo, o al oficio manual o al arte, pero siempre orientados, no con el interés mezquino y egoísta de un burdo materialismo, sino con el ánimo bien templado y habituado al bien común, a verificar la felicidad de los demás, aun con sacrificio de la que pudiera corresponderles.

## La técnica educacional

La instrucción del niño debe ocupar el menor tiempo posible; mayor ha de ser para educarlo. Todo debe ser amable, ameno y sencillo, desde la persona, rostro, modales y palabras del maestro, sin dejar de la mano una adecuada firmeza, hasta el rayo de sol que ingeniosamente se lograría que juguetease en el recinto escolar.

El maestro, para imponer la indispensable disciplina y lograr el fin que se propone, no requiere sino capacidad, medular preparación, y una suerte de virtudes y cualidades nacidas de su propia naturaleza vocacional.

La docencia, de otro lado, debe ir siempre de brazo con la justicia y la equidad, pues nada desquicia tanto y perjudica como el relajamiento moral y el concepto o la censura apasionada. Las primeras diferencias y recelos; los primeros odios y rencores; las primeras jactancias y rivalidades, nacen y se desarrollan en los bancos escolares desde el

instante mismo en que el maestro comete el criminal error de consumir una injusticia, conceder inmerecidos favores o alabar demasiado.

Lo natural e imperativo es que todos los alumnos sean acreedores a estímulos y recompensas, pues algo debe haber en cada uno, y lo hay, ciertamente, si el maestro se detiene un poco para descubrirlo, con la seguridad de que ese algo no le defrauda en su búsqueda y en su esperanza noble, ya que ese algo bien puede significar la salvación de un contingente necesario para la humanidad, aunque fuera modesto y humilde. En la escuela, como en las grandes industrias, deben ahorrarse los esfuerzos, no malgastarlos; debe utilizarse hasta los últimos residuos, con esa misma devoción y escrúpulo con que se trata el mineral arrancado de las entrañas de la tierra. Es inminente desechar la deslizada y estéril idea de que los años escolares, este gran período inicial de la vida, se reduce a **desbrozar y roturar las cabezas infantiles**, lo cual, en definitiva, consterna y desconsuela.

La actual fiebre revolucionaria que se cierne sobre el mundo y que está a punto de arrasar con la presente civilización ya socavada y carcomida, plantea nuevos planes y derroteros, promete mejores horizontes, mas en consonancia con la continua renovación del proceso vital; ahija otros conceptos, ideas y posiciones; empuja a los hombres con ardimento febril e incontenible a la conquista de nuevos

ideales y nuevas fuentes a la que todos ocurran en alarde sincero de comprensión, de fe y de paz.

\*  
\*   \*  
\*

Tratemos de esquematizar el plan educacional.

Para mayor acierto en el desarrollo, admitamos la división que mejor responde a los principios científicos y a la disquisición doctrinaria.

**Lo físico** o entidad corporal y orgánica y lo **psíquico** o entidad subjetiva y ética.

Si lo primero, nos empeña el estudio de todo cuanto implique y contribuya a la salud, higiene y favorable complexión del niño; si lo segundo, nos invita a una meditación prolongada y copiosa, pues su índice apunta las más variadas y complejas materias, ya en lo relativo a las tres ramas esenciales de la sabiduría humana, que son inteligencia, sentimiento y voluntad; ya en lo que concierne a ciertos elementos que, como la memoria, se recomiendan a la inquietud y al análisis.

\*  
\*   \*  
\*

**Educación física.**— Poco, o casi nada nuevo podemos añadir a lo que se viene practicando en este campo. Sin embargo, merece observarse que dado que la educación física depende en su aplica-

ción y en sus resultados de muchísimos factores condicionantes, su aprovechamiento queda relegado o en cuarentena, en tanto en cuanto queden resueltos y subsanados tales factores.

Los referidos factores son endógenos, derivados de la naturaleza íntima en la que actúan como integrantes la herencia y la raza, y exógenos, que provienen del medio ambiente, como clima, alimentación, vivienda, higiene, vestido y algún otro.

La expresada educación, por consiguiente, para alcanzar su promisoría jornada, debe contar con pupilos sanos de mente y de cuerpo, pues sería un desatino englobar a todos en el mismo plano de aptitud para asimilar análogos ejercicios, pues de acontecer lo contrario, habría que allanar la dificultad, eliminando a los ineptos y esmerándose por dar a éstos una enseñanza física adecuada.

Es de notarse que aun entre los bien conformados se descubren deficiencias, ora por mala, defectuosa o insuficiente nutrición; ora por desarreglos orgánicos; ora por irregular funcionamiento de alguno de los sentidos. En este trance, urge la intervención permanente del cuerpo técnico de medicina e higiene escolar, el mismo que debe verificar exámenes semanales obligatorios, fuera de aquellos imprevistos que son inherentes al servicio, no sólo para corregir lo corregible, sino para proponer todo proyecto que consulte y resuelva la cuestión. Por otra parte, acaece a menudo que algunos alumnos

no están en disposición de acudir a los ejercicios gimnásticos, porque su estado anímico no lo permite.

Todos y cada uno de los aspectos relacionados entran de por medio en el proceso de cultura física, siendo el profesor quien debe soslayarlos a tiempo y remediarlos. Su trabajo, por ello, debe humanizarlo y hacerlo más accesible a toda innovación, columbrando siempre que ningún provecho puede obtenerse de una enseñanza rumbosa, automática y vacía de sentido psíquico y de comprensión metódica.

Además, es de inferirse, que para mayor amenidad, soltura y placidez, debe contarse con el concurso de la música. Los aires marciales y jocundos levantan el espíritu más deprimido y tornan el ambiente amable y seductor.

La gimnasia, de otro lado, debe revestir variedad y alternabilidad, a fin de proscribir la monotonía y el cansancio. Si un día se ofrece al alumno ejercicios calisténicos, otro será con aparatos y otro de atletismo y de virilidad. Previamente, complementariamente, debe adelantarse la conferencia alusiva, para explicar al alumno por qué tiene que hacer ésto o lo otro y cuál el objeto, a fin de interesar sus facultades mentales en el desarrollo y conservación esforzada de su vitalidad y de su temperamento. Nada debe ser mecánico y rutinario, desprovisto de emotividad y tinsosa camaradería.

Es indudable que si un individuo realiza un acto por afición o por deseo, mayor hincapié y afán pondrá en éste si sabe por qué y para qué lo realiza. Lo acertado es que conforme más ligada esté la acción al sentimiento y a la voluntad, más bella y sublime es aquella, aun cuando no represente utilidad material, lo que no sucede cuando esa misma acción se vuelve vulgar y tediosa, bien por su automatismo maquinal, bien porque se aplebeya y bastardea.

Así en la cultura física como en otro ramo de la educación, cualquier falla puede arreglarse y toda dificultad superarse por la calidad del sistema; por su científica y acertada variedad; por la forma abundante, prolífica de hacer.

Y lo que decimos de los niños, permitidme generalizar, en este punto, para todos, adolescentes, jóvenes y viejos, desde que la cultura física atañe a todas las edades, siendo seguro que el Estado, en un futuro no lejano, se empeñará en hacer llegar a cuantos necesiten, el bienhechor influjo de aquella.

\*

\*

\*

El éxito de la Educación Física, por cierto, no depende tan sólo de ejercicios bien dirigidos y clasificados para la edad, aspecto externo y constitución del individuo, sino también de la aplicación inteligente de otras medidas afines que concurran acertadamente a modelar y vigorizar el caudal bio-



psíquico de aquél. Podemos citar entre éstas, la modificación y adopción de nuevos hábitos y costumbres, ya infiltrando el deseo de lucir bien por el aseo personal cotidiano, ya robusteciendo las inclinaciones congénitas al deporte y el atletismo, ya por la instrucción metódica de las formas de nutrición y selección de los alimentos; ya inculcando principios racionales que encaucen el sentido de preferencia para determinados juegos, expansiones y recreaciones de la mente y el cuerpo; ya conduciendo con insistencia firme y sin perifrasis la higiene sexual; ya enseñando el uso y objeto de los vestidos, de manera general y amplia; ya, en fin, fomentando la tendencia social de ayuda, compañerismo y solidaridad.

**Educación cultural.**— Iniciemos este capítulo con algunas premisas previas.

Anticipamos ya que la educación no admite diferencias odiosas y arbitrarias de castas, clases y sandeces de esta laya, sino únicamente las derivadas de la naturaleza de cada educando, y aun éstas con prudente reserva, ya que en muchas ocasiones las apariencias engañan, y con cierta frecuencia, la precocidad defrauda y consterna.

Es preciso desterrar, a este respecto, la creencia común y gratuita, convertida en costumbre secular, de que únicamente los llamados, o estereotipados, mejor dicho, con el mote de “niños bien”, son los monopolizadores de la inteligencia y

de la virtud, disminuyendo gradualmente esta creencia conforme se descienda en la escala social, hasta llegar a la negativa poco menos que absoluta al asentar los pies en el peldaño indígena.

Por supuesto, esa misma creencia ha hincado sus dientes porfiados en la sangre y la carne de nuestra docencia, sin que sea raro constatar que a un educador le basta saber que un niño es hijo de fulano o de sutano, para dar rienda suelta a su fantasía y a sus prejuicios. Como que es suficiente nacer hijo de ricos, o de influyentes en el mercado humano, para que todo quede franco y libre de estorbos y se abran las puertas del éxito, sin esfuerzo alguno, a no ser el de abrir la boca o contraer el ceño o modular sonrisas, llevando a cuestras o en camino llano el cartel distintivo de oligarca.

En la tierra de nadie se alienta y se ceba esta odiosa aberración, y los propios maestros han prestado su servil concurso para consagrarla, elevando la ineptitud y la superficialidad a planos demasiado altos. El daño, a no dudarlo, cobra gravedad y trascendencia, haciendo mella de diversas maneras, bien en el beneficiario que a conciencia de haber sido objeto de condescendencias, llega al minuto desconsolador en que se ahoga en la avalancha de las responsabilidades; bien en la sociedad que habiendo prohijado estos retoños se ve defraudada en sus empeños; bien en los condiscípulos que al ser

postergados, sienten asco y decepción y se ven de pronto al margen de todo estímulo.

La Escuela, con sus preferencias y sus mimos, no ha hecho ni hace sino corromper los sentimientos, despertando odios, envidias y simulaciones. Las primeras diferencias comienzan a dibujarse de banco a banco, diferencias que van contorneándose y tomando cuerpo insensiblemente, con mayor razón, si entra de por medio la mismísima autoridad del maestro, con su escuela de inmoralidad.

\*  
\*      \*

Sentadas las anteriores afirmaciones, afrontemos la especificación de cada una de las ramas de la tesis humana, comenzando por la inteligencia.

Qué puede requerir la mente de un niño? .... Su cerebro es tierra virgen y demanda un experto que la estudie, analice y desbroce con mucho tino, delicadeza y afán, con ese afán múltiple y escrupuloso del artista que otea el paisaje multicolor e infinito; o hurga y remueve, con enconada insistencia, hasta dar con el bloque perfecto que sirva a su inspiración creadora y a su obra.

Y el arte, justamente el arte, en sus más bellas formas, es el consejero y el guía más solícito y oportuno del maestro. La poesía, la pintura, la escultura, la música, no dejarán de surtirle de los más

variados y bellos elementos que, escogidos y seleccionados, los verterá, a su vez, en esa mente.

La instrucción, los pasos iniciales del aprendizaje, irán asentándose poco a poco, a la par que dosificándose la vibración sensorial y el sentimiento.

El desarrollo progresivo, con un trabajo similar al que contrae el hombre con la tierra, irá ascendiendo hasta el momento propicio de echar la simiente. Ya dijimos, y procuramos insistir, **que la instrucción es el surco y la cultura es la simiente.**

En esta sazón, es llegada la hora de acometer **la obra de la formación de la personalidad del niño.**

Supuesto que ya pueda entender y darse cuenta de la explicación concerniente a esta etapa de su vida, no queda nada por esperarse.

El maestro cumple su fecunda misión infiltrando en la inteligencia del niño el concepto de su **valor personal y de su dignidad de hombre.**

Mientras la instrucción cumple su cometido almacenando conocimientos, mediante el concurso de la memoria, la que debe someterse, también, a un melódico entrenamiento, la reflexión y el discernimiento van tomando contornos y bloqueando los sitios de ubicación. La comprensión va dilatándose y asegurando su fuerza inductiva y deductiva, apoyándose en la observación y en la curiosidad científica, objetiva y subjetiva.

dustriales, literatos, estadistas, pintores, escultores, en fin, de los genios en las diversas ramas del saber y la sublimación de los sentimientos, es de inapreciable provecho para el alumno, más, mucho más que una larga y fatigosa disertación sobre un asunto abstracto de dudosa utilidad.

En la plasmación de la personalidad debe contarse también con el aderezo del sentimiento y la forja de la voluntad.

Y para ello, nada mejor que aprovechar el tesoro inapreciable de aquello que nos atreveríamos en llamar **facultad estética** —no únicamente **sentido estético**— congénita en el ser racional y que sólo necesita descubrirla y desperezarla para que rinda sus más sabrosos frutos.

Esta facultad, muy bien orientada y controlada, aprópiase y condiciona los sentimientos y la voluntad humana. Su naturaleza se revela en diversas manifestaciones anímicas y sensoriales y con los más ricos y hermosos matices. Actúa a modo de instinto en los grupos sociales inferiores y va ganando poder y significación según el grado de cultura. Su influencia, las más veces, se diluye y se confunde con otras dotes psíquicas superiores, atribuyéndose a éstas los resultados de aquella, lo cual constatamos al detener nuestra atención en el estudio y la disección del fenómeno.

La facultad estética produce en veces el éxtasis

o llega, en otras, a lo epopéyico y sublime, según vierte del cerebro predestinado, o la descubrimos también, mansa y leda, en la égloga, la canción eucrática, la mística o la pasión sencillas, y hasta en el grito eufónico, inicial vagido de las primeras civilizaciones.

La sensación de lo bello y de lo incomprendible, en espíritus primitivos, adquiere visibilidad y expresión en el arte rudimentario. El propio anhelo de entenderse y relacionarse proviene, quizá, de esa natural predisposición subjetiva y subyugante. El lenguaje tiene su matriz en el previo despertar de los sentidos a lo maravilloso, tierno, grande y atractivo.

La religión no es sino un arte complicado y en plena madurez por el que el hombre trata de enlazarse al creador, arte que lo lleva a una pretensa sospecha o hipótesis del misterio que rodea su existencia, o a refugiarse en él para conjurar sus males o batir los peligros y amenazas de que se supone siempre afectado.

La ciencia, la filosofía, la moral, la historia, y los actos y obras buenas, humildes e ingenuas, nos convencen y subyugan por ese algo de inconfundible belleza que exalta y conmueve.

El obrero que ejecuta su labor con una dedicación fuera de lo común, no sólo cumple el trajín cotidiano que le brinda el pan, sino que da particu-

plando la instrucción y la educación, como lo exigen las modernas directivas culturales.

Quien se basta a sí mismo no se desespera ni cabriolea por un cargo público; no se arrebaña ni ambiciona aglutinarse a círculos, camarillas, hermandades, sociedades de auxilio y bombo mutuo, que cubren sus lacerías con los nombres más inofensivos y heroicos; no acude a la envidia y a la desgracia ajena; no espera retribución del bien que cumple por sí y ante sí; no pide nada a cambio de su amor acendrado por la patria, por la que ofrenda hasta su propia vida.

El que tiene conciencia de su personalidad, no por cierto, aquella que se confunde con el individualismo egoísta y sórdido, es franco, sincero y leal y jamás acusa timidez o se embarca en posiciones dudosas; su vida la desenvuelve en continua ascensión al bien, pero orientada siempre hacia fuera, para los demás, con efusión y generosidad ejemplares.

Inculcar la conciencia de la personalidad es tonificar los espíritus e inducirlos a su marcha ascensional; es destruir ese temor y esa vergüenza congénita o adquirida de los orígenes humildes; es infundir orgullo de ese origen de tal suerte que ningún niño pueda amoscarse ni sufrir el complejo de inferioridad porque su padre fuera sastre, herrero o jornalero. Puede serlo, sin que ello fuese causa para amortiguar o destruir sus anhelos, desde que

éstos no dependerán sino de su capacidad y de sus impulsos honrados y rectilíneos; de su insaciable sed de cambio y evolución en sus costumbres, hábitos, presentación, vivienda, ilustración y cultura.

Un niño puede ser hijo de un sastre o de un bracero, bien está, sin que esta circunstancia influya en su vida como yugo condicionante; hasta puede seguir el oficio de su padre, pero con el incentivo de perfección permanente. La cuestión radica en romper el rutinarismo y las añejas sumisiones a lo caduco y consuetudinario, efecto de una atrabiliaria herencia, y valorar las propias iniciativas e introducir las con optimismo, con acento de superación, de tal suerte que la ejecución de una obra, por manual que fuese, adquiriera cada vez distintos contornos de perfección huyendo del estancamiento anquilosador y degradante.

Los pueblos, conglomerados de tales unidades, en pleno reajuste de valores son pueblos respetables por todo concepto. El hombre que cumple su destino a satisfacción, de motu proprio, saldando todo deber y toda obligación contraída, cumple también un servicio público:

El maestro, al llevar de la mano a sus alumnos por estos derroteros, cuenta con el auxilio del arte, en sus múltiples trayectorias, el cine y la radio.

El conocimiento biográfico concino de los héroes, filósofos, poetas, inventores, exploradores, in-



He aquí los primeros caracteres que van tejiendo la personalidad del niño, la que sólo adquirirá su dominio cuando queden limadas las asperezas y depuradas las impurezas congénitas que permanecen enquistadas en el cerebro a modo de légame hereditario.

**Conciencia de su propia personalidad; de su dignidad de hombre.** Y cómo obtenerla? .... Adquiriendo el convencimiento llano y poderoso de bastarse a sí mismo; de no esperar el tutelaje ni la protección, ni el favoritismo, ni el relajamiento de la voluntad por el adulto, la superchería y la abyección.

Tal es la devoción que debe imponerse el maestro, insistiendo con brío en su clase cotidiana hasta engendrar el concepto de tal modo que quede grabado con fuego en la carne y la sangre de sus alumnos.

Claro está que no se redimen los seres si éstos, por su parte, no prestan sus energías y su abnegada decisión al servicio de la causa, su propia causa, la que sintetiza derechos, libertades y rebeldías.

El bastarse a sí mismo es capacitación plena para la lucha por la vida; es confianza en sus cualidades de auténtica virtud; es tener seguridad en el brioso empuje de su fuerza creadora; es protegerse en la firmeza de los conocimientos adquiridos; es desafiar a los asedios y embates agresivos de los odios, ruindades y miserias humanas, con las

armas de la virtud, la nobleza y el desprendimiento; es lograr un fin lícito, una victoria, una obra, un bien, sin el socorro ajeno, sin la petición mendicante; sin la claudicación miserable; sin la mezquindad, la intriga, la injuria o la calumnia que hiere y lastima el honor de terceros.

Enseñar al niño que se baste a sí mismo es educarlo en el honor y en la integridad, en el respeto de sí y de los demás; es armarlo caballero sin tachas para que vaya distribuyendo a mano llena la ventura de sus bellísimas seducciones; es iniciarlo en el azaroso e ignoto camino que conduce al heroísmo, a la sabiduría, al arte sublimado que encumbra al genio.

Conducir las facultades del párvulo de tan rauda manera, es fundir en su alma la fe de sus exclusivos ideales y esfuerzos.

Imbuír a los niños la grata nueva de que todos están en potencia propincua de ganar iguales puestos; que se encuentran dotados de impulsos semejantes y que nada les está vedado; que pueden y deben alcanzar sitios análogos: que todos, cual más, cual menos, contribuyen a la felicidad humana sin tener por qué avergonzarse de su modesta contribución; que todos desde cualquier lugar que el destino les depara aportan su contingente al servicio de la patria, así sean ministros, profesionales, zapateros o albañiles, es cultivar la personalidad acco-

lar desembarazo a una suerte de goce espiritual, siendo así como llega al refinamiento y a la perfección en todos los órdenes y disciplinas de la vida.

Sobrada razón para que el maestro aproveche todas las oportunidades de aleccionar y fortalecer ese cuantioso filón que atesora el niño en su **facultad estética**, no sólo para dulcificar y ennoblecer su sentimiento, sino para arraigar su carácter.

La música, no aquella enervante y lacrimosa, trasunto de gente enfermiza o aquella pueril de acordes monorítmicos, de una monotonía desesperante, sino la música alegre y decidora, que enardece y pone en ebullición la sangre, sin fatigar el cerebro, vigorosa, evocadora y divina, debe ser la tutela inseparable de la educación, la que debe familiarizar con los educandos hasta revestir las calidades de costumbre habitual.

Al alumno debe ponérsele en contacto con los grandes genios de la música, y halagar sus ideales, domeñar sus arrebatos, o quebrantar sus depresiones, regalando su oído con magistrales melodías y sonatas.

La música debe ser obligatoria; mas no para martirizar a los pequeños y a los grandes con teorías y tecnicismos densos y oleaginosos, que sirven más para condenar a los oyentes a pena de encierro y molestia, que no para avivar y encender sus espíritus, nutriéndolos de inefables y expresivas armonías.

La enseñanza debe ser sencilla y simple, sin vueltos ni arrogancias, como que sólo se pretende despertar en el alumno sus aficiones innatas y cooperar a su educación integral.

La declamación es otro reducto de la educación para comunicar a la personalidad del alumno cierto denuedo y desenvoltura, así en el decir como en el hacer. Por cierto, ésta no debe ser empalagosa ni rebasar los justos límites de la cortesía y la buena crianza, a fin de no dar la impresión de movimientos afectados y una pose que a las leguas tiene todo el aire de ridícula comicidad. Por ello que el gestor debe usar de tino, sagacidad y dúctil moderación al preparar y alisar a los pupilos.

\*  
\*       \*  
\*

Desde que educar es formar al ciudadano del futuro, imperioso es adiestrar a los niños en el dominio de **lo moral, lo cívico, lo político, lo social y lo económico**, ya que nada debe ignorar ni nada debe conservar en su ser propicio a la falsía, al fraude, a lo ominoso y aleatorio.

En estos esenciales aspectos del saber, las reglas deben ser de fácil asimilación, siempre seguidas de ejemplos elocuentes y de fácil y concisa relación. Tentar a los héroes y a los genios como hombres y no como seres fantásticos y esfumadizos; como pro-

totipos de virtud y admiración y no como mitos complejos y adustos, de ceñudo gesto.

Nada raro ni original podemos consignar, desde luego, ni siquiera lo hemos presumido, alrededor de los puntos de vista que apuntamos. Nuestra intención, modestísima, limitase a recordar, inquietar, remover voluntades en bien y provecho de la educación bien comprendida, la misma que en el lapso de muchos años ha venido desnaturalizándose, perdiendo terreno y fijeza, seriedad y compostura, hasta no quedar de ésta sino un remedo, una relajación, un arsenal ruinoso y a punto de hundirse.

Un sólo clamor y un sólo grito ha dejádose oír en boca de todos. No hay escuelas! .... No hay maestros! .... Destruída la educación, a dónde llevamos a nuestros hijos? .... En todas partes parece enseñorear la insolencia, la indisciplina, la falta de moral y de buenas costumbres, porque en las Escuelas se ha dejad<sup>o</sup> de educar, de atender al pulimento del espíritu.

Cómo hacer frente a la crisis, ya de suyo angustiosa y complicada, y más aún, lucharla sin tregua hasta rendirla?

Tratemos siquiera de orillar el problema, y en este trance, condensar un programa de actividades, sin que en éste quiera descubrirse ninguna propensión pedagógica o una irrupción en cercado ajeno, desde que no cuadra a nuestro talante.

Si en lo moral, se debe combatir con denuedo hasta desarraigar la hipocresía, la intriga, la mentira, el adulo, la vanidad, la pretensión y la rudeza, y en cambio estimularse la bondad, la tolerancia, la modestia, la generosidad y el compañerismo. La justicia y la equidad deben imperar en las relaciones recíprocas, sin que jamás se lastime la conducta de unos y otros o sufra desmedro la apreciación y el respeto a que todos son acreedores.

Traer a cuenta las vidas ejemplares como el mejor testimonio de idoneidad moral, grava más la sensibilidad infantil que las definiciones y el rigorismo didáctico. La historia y el arte, por fortuna, abundan en selecto y nutrido material para que el maestro prepare sus concisas y diáfanas conferencias, de tal modo que se le oiga y entienda con deleite.

El binomio incompatible del bien y del mal lo encierra todo. Enaltecer al uno y condenar al otro, aprovechando toda oportunidad y circunstancia que sirva para instruir y aleccionar a fondo, es plausible, bello y prometedor.

Cazar un educando y barnizarlo, mal o bien, de cierto color instructivo es todo lo que se ha hecho hasta ahora, sin que haya importado a la docencia el futuro de la presa cazada, a la que se ha echado a la calle después de cinco o seis años de aturdirlo y zarandearlo con la consabida enseñanza de cajón.

Respeto de sí mismo que irradie a los demás; amor y obediencia a los padres y mayores; gratitud encendida por el bien recibido; caridad y soltura en la palabra y en la acción, para sí y para el prójimo; sinceridad y lealtad para el amigo y el compañero; austeridad y templanza en el porte y las costumbres, he aquí la solvencia moral que debe importar a la educación como premisa previa e ineludible.

Lo simplemente temperamental debe corregirse hasta trocar en carácter templado y abundoso. Así se combate la abulia, la apatía y aquella fría indiferencia que carcome la mejor disposición de ánimo, con derivciones insospechadas. Una sólida moral es baluarte irreductible.

Tanto monta que un niño sepa leer, escribir y contar, si sus sentimientos no responden a las normas de la buena convivencia social. Lo moral se opone a lo indolente y relajado. Los pueblos que pierden su moral, son pueblos miserables y astrosos.

\*  
\*      \*

**El sentimiento** es un presente de la naturaleza. Su delicada consistencia vibra al más leve contacto y su repercusión obra de modo inesperado en la conducta del individuo, extendiéndose en ondas sucesivas a todas las capas sociales. Por ésto que los hechos irregulares y punitivos que violan el estatu-

to social, alterando el ambiente de paz y tranquilidad, requieran prevención y reprobación, mereciendo loanza, a su vez, los hechos edificantes, por mondos y sencillos que fueran.

Preparar el sentimiento, surtiéndolo de un bagaje de conocimientos y demostraciones elocuentes de espartano proceder, es nada menos que sembrar un surco más en el campo de la cultura.

Y si la **voluntad** es resolución, decisión de hacer algo, el sentimiento y la conciencia bien formados estarán siempre a tiempo y alerta para que ese algo represente un tributo bondadoso y fructífero para el organismo social.

El hábito de condolerse del mal ajeno para acudir prestamente en son de auxilio, de reparo, es virtud que debe aclimatarse y tomar cuerpo desde la escuela. De este modo, los soldados de la gloriosa cruzada para la abolición de la miseria y el pauperismo, serían incontables.

Aprender a dar sin esperar recibir, es prenda de liberalidad que debe guardarse con esmero celo para no dejarla perecer. No, desde luego, aquella liberalidad postrimera, o la que se hace por simulación estudiada, con premeditado objeto, sino la que en silencio, apaciblemente, va derramando su gracia con pródiga mano.



\*  
\*  
\*

Si en lo cívico. Ah! .... lo cívico! Ni siquiera conoce la gente lo que es la patria; en qué consiste; ni cuáles son sus poderes y funciones; ni quiénes la forman.

Si preguntamos a un escolar, y quizá a jóvenes y adolescentes, sobre nociones de civismo, de seguro que se ponen como azogados y no contestan, y si lo hacen, responden naderías.

La preocupación por los intereses de la patria debe comenzar en la escuela. La **nacionalidad** tiene su fase inicial en la mente infantil, y adquiere significación en los juegos, cantos y algarabías escolares realizados al amparo del emblema nacional que depara libertad, igualdad y fraternidad.

Amar la patria, la justicia y sus instituciones; respetar la ley y la autoridad constituida; nutrirse de su historia, empeñándose por imitar a sus héroes, genios y hombres célebres, es ya no sólo deber que incumbe a la educación, sino mandato consubstancial y categórico.

No exageramos al insinuar que si alguna obligación hay más imperiosa y urgente, ésta no es otra que la de catequizar a cada hombre para hacer de él un ciudadano consciente y un patriota de verdad.

Las **primeras letras** del alfabeto no deben ser otras ni más apropiadas que las relativas a la pa-

tria y su **Carta Fundamental**. El libro de lectura, sin perjuicio de los textos, pero éstos, siempre, en segundo término, para **todos los años escolares**, debe ser la **Constitución de la República**. Cada día, a primera hora, solemnemente, con devota unción, debe la Escuela iniciar sus labores con la lectura de tan hermoso y benemérito documento, que es la patria misma quintaesenciada. El maestro, naturalmente, sabrá comunicar a este acto la seriedad e importancia debidas, explicando su texto con frases claras y sencillas, pero encendidas de patriótico fervor y entusiasmo.

Con la Constitución Nacional, y con sólo ésta, bastaría para instruir y modelar la conciencia cívica del individuo, base inicial de la gran obra ulterior de la **nacionalidad**.

El niño, con tal adiestramiento, pronto se daría perfecta cuenta de los derechos que son inherentes a su calidad de hombre, así en lo civil como en lo político, y de los deberes y obligaciones que, coetáneamente, debe cumplir a conciencia, sin reservas ni fricciones; espontáneamente y sin apresuramientos estériles.

En cualquier momento sabría responder al llamamiento de la patria, así en la paz como en la guerra, sin que nada pudiera quebrantar su ánimo ni empañar o mellar el límpido cristal de su civismo. Ni hambre, ni sed, ni torturas físicas, ni apremios morales, ni tentadoras promesas, ni viles seduccio-

nes, serían nunca bastante para enervar la solidez de sus promesas y juramentos, ni peor, para capitalizar su fe en los destinos patrios.

Con la Constitución en las manos y en su alma, pronto sería un ciudadano en potencia que sabría todo cuanto concierne al proceso republicano; la división y competencia de los poderes que convergen a formarlo; el por qué, el cuándo y el cómo del derecho del sufragio; la naturaleza y la razón de la circunscripción política y sus correspondientes atribuciones.

Se preocuparía y meditaría sobre la gestión edilicia y el servicio municipal, y atinadamente estudiaría lo relativo al Gobierno; la promulgación de la ley y su aplicación por la Justicia.

La comprensión y el sentimiento íntimo de civismo crea y construye la democracia, y más aún, la fortalece y coloca en plena actividad.

Y es natural, que cuando el niño sepa por qué debe primar la Patria, sus Leyes e Instituciones, por encima de su yo y de sus intereses personales; cuando acepte sin amilanarse ni regatear que primero es procurar el bien y felicidad de los demás aún con su sacrificio, entonces y sólo entonces, tendremos democracia verdadera y bien sentida, y todo ello concurrirá a la estructuración de una nacionalidad fuerte y respetable por todo concepto.

El niño, que saturado su pensamiento de edifi-

ente civismo, compenetrado de la idea formal y sentenciosa, de que su destino no se circunscribe meramente a los límites de su sola evolución individual, admitirá entonces de muy buen grado, que si necesita instruirse, pensar y trabajar es, a no dudarlo, para un fin más amplio y de intenso provecho.

Ligado a lo cívico está lo político. Ambos son paralelos entre sí, y se concatenan y suman, en definitiva, al servicio de un plan superior.

El niño está en el derecho de inquirir todo lo que a su país se refiere, y si ya tiene abonado el terreno con la preparación cívica, más que justo y racional, que acelerar su entrenamiento en el ejercicio y conocimiento de las **actividades políticas**.

Por tanto, nada más lógico que el maestro, en **depuración de ideologías y doctrinas**, sin recelos, falsos eufemismos y apasionamientos inconsultos, abra brecha en las facultades infantiles, discurriendo con precisión y limpidez sobre las principales nociones relativas a la **política**.

El niño no debe ignorar en qué consiste la **política** y el caudal de ideas y propósitos que conlleva y abarca; cuáles son los **partidos políticos**, cómo se desenvuelven y los principios que propugnan. El hecho de hacer patente su simpatía emotiva por tal o cual de éstos, bien instintivamente, bien de oídas, en el hogar o en la calle, sin mayores referencias,

es un incentivo que se presta para aprovecharlo en la educación escolar.

Con el lastre instructivo, los niños sabrían definir a conciencia y dirigir su pensamiento hacia tal o cual de aquellas **corrientes políticas, con preferencia** a las otras. Sabrían sostener entonces por qué son **socialistas o liberales o conservadores, etc.**, y discutir la bondad y prestancia de la respectiva ideología. En esta forma comenzaría la verdadera era de la vida cívico - política, de un auténtico proceso constructivo con miras aladas de evolución y progreso, y necesariamente, radicalmente, desaparecería el **caudillismo** predominante en el decurso eleccionario, la lucha por el empleo público y ese desarticulado afán de figuración; y además, aquel debate feroz, rudo y grotesco en el que las más de las veces luce el garrote y la audacia matonil como los mejores argumentos, lo que se explica por aquella ausencia total de conocimientos sobre materia política y cívica como acontece en el tiempo que corremos.

Es poco menos que inexplicable que hasta la fecha se haya puesto el más acendrado empeño en ocultar al niño, tanto como otros conocimientos forzosos, todo lo relativo **a la política**, como si ésta fuera un fantasma temible, o un peligro como la lepra, la tuberculosis o el cólera, o una maldición y un anatema monstruosos, substrayéndolo de este modo de la po-

culón de un conocimiento vital para su vida, cuando la verdad es, que de habersé obrado en sentido contrario, es indudable que ello habría refluído en beneficio público y nacional.

Y he aquí, porque en esta hora, en este gran minuto de inquietud y zozobra, el mayor porcentaje de individuos, hubiese intervenido activamente y con eficiencia en la obra nacional, orientando y cristalizando todas las aspiraciones de mejoramiento y rectificando conceptos y rumbos sociales.

Sólo cabe conjeturarse tamaño descuido y desliz tan absurdo, barruntando que los llamados **por sí mismos, grupo selecto o minoría selecta**, decidieron mantener la ignorancia supina y confinar todo intento de romper las sombras para que se haga la luz, con el taimado propósito de monopolizar el poder público con todos sus gages y canongías, hasta encallecerlo y acanallararlo todo. Porque, temor alguno no existe, ni argumento bastante para cohibir las aspiraciones conducidas con un propósito diverso.

El medio ambiente, nuestro ambiente se ha caracterizado por estas aberraciones y reheleos.

Gracia es, por cierto, que a despecho de semejantes reatos y lacerías, subsista aún la República, aunque deshecha, dislocada y con abundantes parches y cictrices que la tienen desfìgurada.

\*  
\*      \*

Y vamos con lo **social y económico**, dos fuerzas que corren parejas, dependiendo la una de la otra y viceversa. Donde hay una cuestión social, de seguro que surge la silueta irónica y descarnada de un clamor insatisfecho.

Desde la trivial y repulsiva diferencia de clase, casta y raza, hasta el cuadro sombrío de una mano que pide, o el grito angustioso que se diluye en el vacío, o el terror a la muerte que acecha su presa por todos los rincones, o el dolor que lacera y corroe por las injusticias de la suerte, el asunto social es el mismo, por mucho que adopte las mas caprichosas vestimentas o acuda a los más odiosos disfraces.

Y cosa inevitable. Conforme avanza la civilización se multiplican las necesidades, siendo escasos los medios para satisfacerlas e impedir sus impetuosas y desquiciadoras consecuencias.

Sobrado motivo para ensamblar y unir fuertemente las voluntades que sirvan de dique protector de tan sañuda amenaza que se cierne sobre las agrupaciones o colectividades sociales, con trazas de alud.

Pero desgraciadamente, el humano linaje, desde antaño, ha puesto raro empeño en trasver el drama que se desarrolla a su deredor, e impasible, frío y desdeñoso, solo ha trastrocado su estatismo

en dinamia, cuando ha estado a punto de perecer arrollado por lo abrumador e ingente.

Previsión, medida, frugalidad, no han señoreado en el decurso del hombre, y ésto necesariamente le ha sido fatal por propia ley de compensación. Subvertido el orden por las complejas alteraciones que se han impuesto, hasta el extremo de encender guerras y sublevaciones, no advino otro remedio que la intervención paternal del Estado, con sus instituciones y leyes de beneficencia, previsión y seguro social.

Pero esa intervención, como es fácil colegir, no lo resuelve todo. Es imperioso que el mismo hombre esté capacitado para hacer frente a los problemas sociales, ya defendiéndose o ya evitándolos, o ya coadyuvando, prestando su contingente para ir poco a poco allanando el sendero.

No es menester ponderar, por consiguiente, la inmediata educación de los niños en los múltiples aspectos que someramente hemos señalado. Ya tenemos expresado, si el niño no es sino el hombre del mañana, sin consideración al devenir del tiempo, y si en él están fincadas las más halagadoras esperanzas, prudente, muy prudente y muy sabio es, que la sociedad le suministre todas las armas y le adiestre en su manejo. En la Escuela es dónde debe conocer y apreciar la índole y la calidad de los enemigos que debe combatir y vencer; dónde tiene que forjar el temple de su alma; donde debe adere-



zar sus sentimientos sin exponerlos al desperdicio y la maldad.

Enumerar los planes de esta cruzada educativa sería ocioso y extenso. Preferible es dejar su alumbramiento a la exclusiva incumbencia del maestro y a sus recomendables e inteligentes aptitudes. Por otra parte, no es asunto de programación, desde que un programa, por feliz que fuera, no puede contener las iniciativas del educador, las mismas que van sucediéndose en rutilantes ondas a medida que ocurren las soluciones y va tomando cuerpo el aprovechamiento del alumno.

El maestro, en plena libertad, sin comprimir ni reducir su acción a límites fríos y dosificados, tal si tratara de amurallarla, puede muy bien obtener éxitos ostensibles y de rendimiento inmediato.

Nociones depuradas sobre la moneda, el valor, la riqueza, el cambio, el comercio, la producción y el consumo, el precio de las cosas, etc. etc., debe marcar el niño en su haber instructivo. Sólo así sabrá darse cuenta de las fatigas y doblados esfuerzos del hogar para darle alimento, vestido y refugio, y la forzosa obligación en que está de hacer manco pesada esa carga. Ante lo agreste y empinado del camino, reflexionaría que no significan gracias y despejo, mas sí molestias y fastidios, sus caprichos y melindres; sus retardos y desidias y su indolencia y achaques. Su voluntad pronunciaríase, por tan-

lo, con imprevisto vigor y osadía para encarar las rugosidades y meandros de la vida.

Justificaría, de otro lado, el pago cumplido y engrado de las tasas e impuestos, porque comprendería, formado su fuero interno a las veras de la escuela, que el producto de aquellos sirve para sostener la inmensa máquina administrativa en pleno ajeteo, para las obras públicas en general y para llenar capítulos y capítulos de servicios ordinarios y extraordinarios que definen la existencia misma de la Nación.

Cómo ni por qué negarle al niño su participación, así sea en los lindes, como espectador en atalaya de la jornada nacional?... Por qué no ha de saber cómo se formulan y discuten los presupuestos fiscales y cómo se invierten y distribuyen los dineros; quiénes son los encargados de estas operaciones y de su recaudación de manos de los contribuyentes, y cómo desempeñan sus funciones y cuál debería ser su procedimiento y su celo?

Si las generaciones pasadas y presentes no obraran como obran, con reflexión esotérica, pudibundez insensata, y ceremoniosa parsimonia, guiadas por aquel necio principio de que el niño no debe entrometerse en cosas de mayores, haciendo adrede un lío de todo y un enredo moyúsculo con las cosas aún nimias y simples, la situación de la hora fuera menos penosa y menos siniestra. Desde luego, los

azotes y las plagas experimentadas en carne viva, que ha puesto a la gente escamada, en contraste transaccional, han facilitado avisorar nuevos sistemas, nuevos métodos y nuevas fuentes de cultura. Y allá vayamos, sin demoras ni más dubitaciones.

\*

\*

\*

## **Educación manual**

Es preciso convenir que el trabajo manual tiene la virtud de canalizar aptitudes y acostumar al niño a emplear todo el tiempo posible, siendo un amable aliciente que a la par que distrae su mente, despierta y alienta su inventiva.

Utilizar el espacio desocupado en goces intelectuales o manuales, es un precepto de tanta proyección que su valor es imponderable.

Ningún solaz más bello y sin costo que entrenar el cerebro o los músculos con trabajos o ejercicios adecuados y de la exclusiva afición del individuo.

Adaptarse, cultivar este hábito hasta sentir la fruición de su dominio, requiere, indudablemente, mucha constancia y una laboriosa práctica; pero la conquista, la capitulación de una plaza asediada,

brinda sus crecidas recompensas y su merecida satisfacción.

Para que esa adopción sea una empresa menos ardua y más asequible, lo natural es que su forja debiera comenzar en la escuela. Es de estimarse que la educación escolar es la mejor llamada a verter en la mente del niño, con tino y maestría insuperables, la necesidad de dicho hábito, el mismo que fuera controlado en sus cambios y manifestaciones sucesivas, sin dejar de sosegar al más dispuesto o avivar y presionar hábilmente al más lento.

El trabajo manual, por supuesto, no debería estar enmarcado dentro de un espacio geométrico, sujeto a medidas rígidas y enhiestas. El fruto, de cosecharlo, en tales circunstancias, sería exiguo, flácido y muy pobre en color y aspecto. Sería un producto detestable como aquellos que sazonan mal por falta de riego, abono, luz y sol.

Por lo demás, cimentada, arraigada la costumbre del trabajo, no le sería difícil ni espinoso al niño la contracción a toda obra que implique su propio mejoramiento y por ende el colectivo. Sería suficientemente capaz, de esta suerte, para cualquier empresa recomendable que involucre el avance de la técnica y de la cultura.

El trabajo, debemos consignarlo, es el mejor índice de redención, y su tenacidad constructora el más duro y eficaz golpe asestado a la inercia, a la vagancia y al extravío.

\*  
\*   \*  
\*

## Material escolar

Hasta la instrucción más complicada impone sosiego y esmerada atención si la conferencia va unida al gráfico expresivo, al dibujo animado, a la proyección vívida y real, clara y minuciosa.

Porque es inminente y satisfactorio afirmar, que todo, absolutamente todo, cobra vigor y asume caracteres de fácil captación y enjundioso aprovechamiento, si es el cine fonético el que se encarga de realizar el milagro de regalar a los sentidos con el portento de una reconstrucción patética y conmovedora, ora nos presente hechos y sucesos históricos, tal como devinieron en sus épocas y ciclos, ora se consagre a explicarnos el maravilloso funcionamiento del organismo humano, ora se contraiga al examen y estudio de la vida vegetativa de los seres; ora, en fin, nos conduzca a conocer el complejo funcionamiento de máquinas y artefactos, y de todo cuanto hay de intrigante o de azarosa discusión.

El trabajo manual, por consiguiente, conducido con profundo criterio humano y práctico, debería representar el medio más aconsejado para obtener la formación integral del individuo, tanto más si la finalidad de éste, gracias al concurso de los otros

elementos de cultura, es conquistar el dominio pleno de una personalidad fuerte y definida. Por ello que la Escuela, para mayor proyección en los propósitos que abarca el trabajo manual, está en el trance de adaptar talleres en miniatura con todos los implementos, herramientas y accesorios indispensables.

Quizá resulta ocioso exponer que la Educación, para lograr su prolífico objeto, debe echar mano de todos los medios a su alcance y poner en juego todos los elementos que le brindan la ciencia y el arte en sus múltiples formas y en sus más adelantadas invenciones, como el cine y la radio.

Si se desea y aspira que la educación abarque todos los confines, refugiando en su sombra paternal a los habitantes de un pueblo, hora es de colocarla en su puesto preeminente. Lo primario de un Estado, ante todo, es subvenir los gastos, por cuantiosos que fueran, para mantener la función educacional en perpetua actividad y en fecundo desarrollo, dotándola de todo cuanto sea menester a fin de que no se estanquen ni sufran retraso ninguno de sus vitales servicios.

Empero, en el Ecuador, se ha puesto en juego todas las artimañas posibles para cercenar y empobrecer las asignaciones fiscales destinadas a la educación. Con estúpida visión o con monstruosa desaprensión y deliberado propósito, los facedores de la politiquería de estos trigos, han pospuesto a-

quel servicio público, relegándolo y echando para su descarnada supervivencia, piltrafas y migas sobrantes.

Es por ésto que todo en la educación es incipiente y rudimentario, hasta primitivo, tanto que abundan las escuelas en las que se carece hasta de pupitres y de los más indispensables menesteres.

Nos consuela pensar que se avecina ya la era próspera y fructífera de la educación, y con élla, que tendrán cumplido éxito los anhelos y aspiraciones nacionales.

## Educación de la niña

Nada tan brumoso y perjudicial como los extremos. O negarle todo a la mujer, sistemáticamente, por prejuicios sosos y molivos desvaídos, o concederle todo, por un pedante y alambicado prurito de asomar como los adelantados de un mal digerido modernismo. Si lo primero, se consagró como distinción y pureza que la mujer ni siquiera sepa leer y escribir, para defenderla así de todo asedio y protegerla con un cinturón de seguridad; si lo segundo, se grangea resistencias y destemplanzas quien afirma que el feminismo no debe ir tan a prisa, en carrera loca y a campo traviesa.

Es sencillo deducir que si bien la mujer tiene perfecto derecho a ocupar un pie de igualdad frente al hombre, es a condición irrehuible que debe conservar y guardar con vivo celo y compostura su feminidad, aquello que es de su innata naturaleza y que le proporciona encantos sin admitir ningún sucedáneo.



Pues bien, ni lo uno ni lo otro, porque ambos extremos son condenables.

La propia y exquisita sensibilidad y la sutil observación de que está pródigamente dotada la mujer, la inducen a buscar el respeto y el amor a su persona en los propios recursos que irradian de su gentil feminidad.

Luego, a qué echar por esos trigos de Dios con un fárrago de necesidades en el corazón y en el cerebro a título de independizarse de su propio sexo, en un pertinaz y malévolo empeño de desafío y altanería, a guisa de ultimátum al hombre para rebajarlo y someterlo, despreciando su auxilio y su compañerismo?... La mujer quiere y persigue bastarse a sí misma siéndole indiferente los medios para llegar a ese fin. El feminismo sienta sus reales, distribuye sus escuadras y se apresta para una guerra sin cuartel. Coloca sus avanzadas en todo puesto, y si bien el despecho, las necesidades, la tolerancia y otros accidentes, contribuyen a reforzar y comunicar cierta apariencia de seriedad y substancia a esa febril actividad, la verdad es que el sexo bello sufre conatos por colocarse donde no debe y le está prohibido, aún en desmedro de su misma causa.

El hombre es sumiso y obediente servidor de los caprichos y arrumacos enternecedores de la mujer. Su sola presencia inclina las voluntades en su favor, sin que en ello entre de por medio la conside-

ción de otros aderezos que no sean los de su alma virtuosa y apacible, inclinación que varía al punto, tornándose en gesto sombrío y desaprensivo, si la mujer vuelca su espíritu en espasmos y tamborileos intelectuales que entumescen y marean.

Bien, y loado sea, que la mujer acicale más sus delicados y finos atributos, luciendo sin alarde una educación acertada y escogida; pero de ésto a desbaratar o malgastar impunemente su destino, hay una vasta diferencia.

Bastante inclinación existe por dar a la mujer todo ocomodo, lo que equivale a usufructarla cínicamente, pero los tales defensores de semejantes alumbramientos no ignoran que se trata de una nueva esclavitud embozada, desde que destronada la mujer de su sitio de abolengo, gracia y seducción, no vendría a ser sino un peón más confundido en la gran masa, desapareciendo automáticamente, también, el hogar, la familia y el eterno femenino que presta a la vida el sortilegio del romance y la eurytmia de la forma.

Preciosa y dilatada es la misión de la mujer, como madre, esposa, hermana y amiga. Porqué, entonces, no dejarla disfrutar en paz y sosiego su mirífico reino, distrayéndola con añagazas y poniendo en alboroto y desorden su mente y sus dulces sentimientos; por qué trastornarla con promesas y ofertas zalameras y falaces que se esfuman como pompas de jabón? ....

El despliegue de actividades y preocupaciones de la mujer en el hogar y sus perennes soliloquios y meditaciones en una suerte de ansia por procurar la felicidad de los suyos, sin consideración a sí misma, huelga ponderarse, porque su valía es notoria e inmensa. Y todo lo que se pudiera alcanzar fuera de este cuadro magistral no se identifica ni se equipara, digan lo que dijeren los incorregibles feministas absorbidos por fantásticas correrías y elucubraciones, con las posibles conquistas de otro género.

Esa tendencia machista de la mujer, auspiciada y estimulada por ingredientes de moda y de pura novedad perturbadora, pone al borde del naufragio la célula familiar, y con ella, al Estado mismo que es síntesis y amalgama, y de consumo, convierte al hombre en un ente hosco, rudo e inhumano, vacío de gentileza, ternura y risueña comprensión.

Si la naturaleza, con sabio designio, depositó en la mujer su germen creador para la conservación de la especie, es preciso reconocer que nada ni nadie impedirá el cumplimiento de este proceso vital que supervivirá eternamente.

Anotaremos, desde luego, que ese proceso no lo vamos a entender limitado a la función biológica, ni es posible suponer que así se entienda, desde que a poco meditar infiérese que tal predicado en-

Envuelve una suma de responsabilidades, tareas y travesías que emprender.

Débese precisamente a ese destino fecundo y único reservado a la mujer, la profunda realidad del bien, del arte, de la ciencia, del patriotismo, la verdad y el trabajo. Porque es incuestionable que allí donde hay una buena madre, gestándose están ciudadanos íntegros, viriles, sabios y patriotas; y donde no hay, creciendo está la sombra tenebrosa y empante junto al despeñadero.

Al conceder a la mujer derechos superiores a su naturaleza, se le imponen también deberes que están por encima de su naturaleza. De allí dimanar para ella una fuente de desdichas.

Las mujeres esperan y exigen de los hombres todo lo que ellas necesitan y apetecen. El hombre, en el fondo, no exige de la mujer más que una sola cosa. Es por ésto que a las mujeres les une un espíritu corporativo legado hereditariamente, con el fin de velar por el cumplimiento de ese pacto.

Sólo el aspecto de la mujer, nos revela, dice un filósofo, que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia ni a los grandes trabajos materiales. Paga su deuda a la vida, no con la acción sino con el sufrimiento; tiene que obedecer al hombre, ser una compañera pacienzuda que le sostiene. No está hecha para los grandes esfuerzos ni para las penas o los placeres excesivos. Su vida puede transeurrir más silenciosa, más insignifican-

te y más dulce que la del hombre, sin ser por naturaleza mejor ni peor que éste. Y en otro párrafo.

“Por consiguiente, la Naturaleza lleva a las mujeres a buscar en todas las cosas un medio de conquistar al hombre, y el interés que parecen tomarse por las cosas exteriores siempre es un fingimiento, un rodeo, es decir, pura coquetería y pura monada. Las mujeres, en general, no aman ningún arte, no son inteligentes en ninguno, y no tienen ningún genio.”

Síguese de lo expuesto, que si a la mujer la arrancamos de sus funciones y actividades específicas, pretendiendo burlar su naturaleza y hurtar su singular destino, no incurrimos sino en un bárbaro desatino, bien porque hollamos sus virtudes características, bien porque la dislocamos de sus más fuertes nexos, bien porque en el mejor de los eventos, el fruto no compensa, ni siquiera equilibra, el desgaste de energías.

Mientras la mujer se aparte cada vez más de sus propias y señaladas labores, la familia, el hogar y la sociedad entera perderán lenta pero sensiblemente, su riqueza emotiva, su cautivadora gracia y su benéfica acción de estímulo y de control.

Es la mujer la llamada a contener sus acalorados arrebatos y no dejarse llevar por el impulso de fuerzas negativas y quiméricas. Ella misma debe escudarse en sí misma y no fraguar su ruina, iniciada ya en varios ensayos. No debe escatimar

tiempo ni circunstancias en hacer palpable el mérito de sus servicios y de su necesaria presencia como madre, como esposa, como hermana y como amiga. Empero, si se deja llevar de la mano y se empecina en su infantil capricho, es inevitable su caída desde el pedestal levantado en muchos lustros.

Es inconcuso que si a la mujer le asignamos, o tratamos de hacerlo, un papel diferente del que le corresponde, guiados por especulaciones erróneas y frágiles —no quiero encontrar mala fé—; o tentados por un afán experimental, la convertimos en conejillo de indias; o bien, por temor de que se nos tache de estacionarios o retrógrados, pretendemos medirla con el mismo rasero que para el hombre, no haremos sino labrar el campo de las confusiones absurdas y estúpidas.

Y debemos tener en cuenta este hecho realmente amenazador. Si al hombre mismo le resulta dura y difícil la lucha por la vida, sea la esfera en que se mueva y actúe, el sitio en que opere y la clase de labor que realice, qué puede suceder más tarde o temprano si echamos a la mujer en la competencia? .... O es que se pretende crear un nuevo rival de clase y de categoría, poniendo fuego a una nueva guerra de extinción y exterminio de la especie humana? .... Ya que no se concibe otra cosa ni fluye otra deducción al otorgar a la mujer los mismos derechos y libertades y aquel fácil y condescendien-

te acceso a cualquier actividad por elevada y compleja que fuera.

Nos complacemos a menudo en charlar y arrojar a los cuatro vientos, nada más que por trivial pedantería, que la mujer tiene idénticos derechos y libertades a los que tiene el hombre; pero llegado el caso, bien que sabemos hurtar el cuerpo y esquivar responsabilidades, entre medrosos y cohibidos, porque en el fondo no pensamos de ese modo por muchas razones, fundamentalmente, porque estamos convencidos que la mujer entraña nuestro estímulo y refugio espiritual desde su modesto y edificante lugar en el destino humano, de esposa, madre y hermana, las que por fortuna, no han sido contaminadas desde luego por el virus de la retórica y el profesionalismo de histeria.

Bien podemos ensalzar, cuantas veces queramos y en toda oportunidad, la colaboración entusiasta y decidida de la mujer en la civilización de los pueblos; pero, en su propio bien y el de todos, declinemos el vano empeño de extirparla del hogar.

Dedúcese de lo expuesto, que la educación de la mujer debe estar vaciada en molde diverso, con un concepto y una directiva que converjan a hacer de ella una verdadera mujer, libre de ambiciones y codicias que no sean las de su propio sexo.

Aparte de una instrucción moderada, sencilla y general, la mujer debe estar preparada bien para satisfacer a conciencia su débito con la vida, y con-

siguientemente, para criar a sus hijos sanos y buenos de conciencia y de cuerpo; bien para cumplir con los quehaceres domésticos y los que le determinan la religión y las relaciones sociales; bien para fortalecer su espíritu frente a las adversidades, luchando con la sonrisa en los labios por la paz y la felicidad de los suyos.

La mujer que cobra miedo a la maternidad y que se le hace odioso todo lo que a ésta va enlazado, es porque su conformación responde a otras inquietudes o padece un complejo o cierto desequilibrio endócrino que la hace inadaptable temporal o definitivamente, pero en cualquier supuesto, debemos mirar este desvío como algo excepcional y sujeto a particular estudio.

La Escuela, por tanto, y en primer término, como medida técnica preventiva, debe y está obligada a realizar exámenes obligatorios, ya para constatar los desórdenes psico - fisiológicos, y canalizarlos a tiempo; ya para imponer los regímenes clínicos que mantengan la salud de las niñas en estado normal y apto para llenar su destino.

A más de las labores de mano y a máquina, cocina, pequeñas industrias, lavado, planchado e higiene amplia y general, la mujer debe familiarizarse con la poesía, la música, el dibujo y las artes plásticas, y no desconocer la danza y el deporte delicado y exclusivo para su feminidad, como la natación, el tenis, la bicicleta y algún otro, y nin-



guna otra gimnasia que no sea la rítmica y musical que dominó en las culturas griega, romana y egipcia, sin que pueda decirse que sus mujeres hayan sido raquílicas o que no hayan hecho honor a su raza.

Al igual que en el niño, debe ponerse especial esmero en la plasticidad de sus sentimientos y en la perfección de su emotividad, de su alegría innata, traviesa y acogedora.

No se concibe cómo hayan cabezas que discurren hacer de la mujer un atleta quebrándola y descoyuntándola con gimnasias hechas para soldados y marinos; y hasta catequizándola para el box, la lucha, lanzamientos, saltos y exhibiciones de fuerza y musculatura. Socapa de defender y vigorizar la raza, han dicho por allí algunos mentecatos presumidos y adocenados, enfermos de esnobismo pueril; pero lo que se ha hecho y se continúa haciendo, con el patrocinio de autoridades educacionales lerdas y aletargadas, es menoscabar el pudor y la integridad moral de las niñas con esas farsas ridículas y bárbaramente torpes.

Mientras tanto, la sociedad humana, acoplada a un hipócrita convencionalismo, confeccionado a base de una moral formalista e inhumana, perdona que a la mujer se le excuse hasta la castración de sus instintos, pero jamás que sea madre. Ah. Ser madre! Eso nunca. Puede pecar, más racionalmente dicho, cumplir las leyes eternas de la natura-

leza, pero con habilidad suficiente para burlar las consecuencias. Sólo a este precio puede ejercitar su desenvoltura tan íntima a su ser a la que no puede sustraerse, y exigir, con altivo gesto, que se le otorguen honor y homenaje.

He aquí por qué se rueda y se sigue rodando en un ribazo miserable, arrastrando consigo instituciones y fementidas doctrinas y principios.

## Educación de la juventud

La juventud es la época de la vida en que empieza a despertar el concepto de la responsabilidad; en que van tomando contorno y matiz las aspiraciones individuales; en que ya retoza un deseo un tanto borroso de ser y de hacer algo.

Fenecida la etapa primaria, el desarrollo personal adquiere tonalidades y colores variados e inestables; el crecimiento y el proceso vegetativo revisten imprevistos detalles y todo va decurriendo de sorpresa en sorpresa, casi sin advertirlo.

A poco de concluir la adolescencia, que ocupa un lapso relativamente corto de la existencia, ya el joven en ciernes ve y siente y observa los hechos y las cosas con un criterio estilizado, con una eclosión vertida por su propio impulso subjetivo, como que presiente la necesidad de independizarse de toda tutela para construir y dirigir su destino, corrigiendo por sí mismo cualquier influencia determinista y capeando las adversidades y circunstancias entretejidas por la ocasión voluble y frágil.

Si, como tenemos expuesto, la escuela roturó y sembró la simiente, dotando de personalidad al individuo, a quien forjó en la fragua candente y abrasadora del "bastarse a sí mismo", con dignidad y pundonor de hombre, lo ulterior sigue su curso sin apartamiento aprehensible.

Recordemos también que la escuela del futuro discernirá capacidades y aptitudes con acertada discreción y desembarazo y con aprecio ceñido a la más estricta justicia, libre de prejuicios e influencias.

Despréndese, por tanto, que a la juventud debe ofrecérsele una diversidad de horizontes para que escoja y siga el de su agrado, el que mejor se conforme con sus inclinaciones y capacidades.

Contribuirá, desde luego, la balanza oficial en la que se conozcan los rendimientos, aspiraciones y características típicas del adolescente, de tal suerte que no se echen a perder sus aptitudes específicas, asegurando su porvenir con el mayor porcentaje de probabilidades.

Desde luego, en la actualidad, se carece de todo. Al niño, mal o bien instruído, se le anuncia su salida del período escolar, y allá, que se afane o se afanen otros por encontrarle un sitio de ubicación.

Surge en esta sazón una sola disyuntiva: O los padres o tutores del adolescente son ricos, de cierto influjo, o de aparente comodidad, o son pobres. Si lo primero, se pensará en la entrada a un Colegio

de enseñanza secundaria, y quieras o no, se le ensartará al muchacho en esta cuenta; si lo segundo, se decidirá la voluntad por un oficio, y quieras o no, se le encajará al muchacho en el artesanado, como aprendiz, o se le exigirá su contribución efectiva para el hogar con el desempeño de otras tareas y servicios, como de bracero, paje, etc.

Los padres, naturalmente, al menos aquellos que se preocupan con fidelidad por la formación de sus hijos, no importa su escasa soldada, pospondrán cualquier otra necesidad con la infinita satisfacción de sufragar los gastos que demande este propósito.

Lo grave y lo desafortunado es que ni el Colegio responde a los desvelos y desabrimientos paternos, ni los colegiales se encuentran a gusto en su nuevo emplazamiento. Estos, en parte, por no causar desazones a sus progenitores; por someterse disciplinariamente a la prueba, en otra; o en fin, por definir sus propias perspectivas, lo cierto es que, en una mezcla confusa y enmarañada, todos se arrebañan y giran al compás de una tediosa rutina.

La docencia, que de tal, no tiene sino el nombre, llenada por el flujo y el reflujo de palancas y recomendaciones; por el teje y maneje de círculos y camarillas; por dotación de la feligresía política, no hace otra cosa que arrimar su hombro a este medio sencillo de proporcionarse la subsistencia, sin importarles una higa su función educacional y las consecuencias.

Y cómo puede ser maestro, y con ello, dedicar por entero sus pensamientos a esta labor, si su cargo lo debe a razones extrañas a su futuro cometido, siendo el estipendio el único aliciente? ....

El profesor de secundaria, en general, ejerce una profesión, comercio o industria, y en mayoría lo primero. Por tanto, reconoce como su obligación prima la de su actividad permanente y diaria, y subestima, colocando en último término la relativa a sus deberes docentes inestables e indeterminados, como inestable e indeterminado es su nombramiento, trabado a los vaivenes y soplos de la palanca, la política, etc.

Débase a ello que prepare su faena con trastos de segunda mano, pues los de primera ya los tiene agotados o por amortiguarse, ante el embate agresivo de los problemas domésticos y los de su profesión.

El sueldo, a los ojos del profesor de secundaria, tiene todo el cariz de una dosificación suplementaria, para llenar ciertos gastos que no los cubre el trajín profesional u otros medios de vida. Por consiguiente, sus fatigas y mortificaciones, si las tiene, las sujeta al patrón marcado en el presupuesto y que ratifica con su firma quincenal.

Lógico, entonces, que año tras año se sucedan las cosas con la monotonía y vulgaridad de todos los días, cambiándose tan sólo la fisonomía del alumno que entra o que sale, y creo que ni ésto, porque

es tal la costumbre y tan sobado el hábito, que el profesor concluye por convencerse que todas las caras son iguales.

En el denominado Colegio, el alumno no adquiere personalidad ni se capacita en la medida que le demanda la lucha por la vida. Lo que sí asimila es el caudal de superficialidades que le habiliten para triunfar con el engaño, la simulación y el adulo, más aún, si conlleva la herencia de un nombre más o menos sonoro y con adobos de plata.

Las diferencias de clase toman relieve e intensidad en el Colegio e insurgen con marcado sello las preferencias y distingos, irguiéndose la malicia y la injusticia a cada paso.

Si en la escuela de la hora, se sigue golpeando a las puertas de los influyentes, hasta el extremo de sancionar como frase evangélica que únicamente los hijos de los ricos son dotados de capacidad y de virtud, y en éstos deben cifrarse fundadas esperanzas, en el Colegio de hoy, la situación es análoga y con mayor vestigio de pecado.

La cuestión explícate de suyo. El maestro no es tal. Su cargo se lo debe a motivos ajenos a competencia, méritos e idoneidad ciento por ciento.

Por otra parte, conseguir un empleo de esta índole es soplar el tubo de la vanidad, con miras a una plaza de abundante bastimento.

Un profesional o quien está por serlo, que no ve muy clara su situación porque tropieza con difi-

cultades y nota que su carrera no es tan muelle, y que es necesario bregar y más bregar, atalaya el momento de dispararse sobre una colocación, y si es en una institución educacional, mejor y con más codicia, porque amén del sueldo que redondea sus ingresos, haciendo menos penosa su incertidumbre, asegura su posición, ya que entra a formar parte de una argolla, de esas argollas que medran a la sombra de un signo convencional.

Resulta de allí que no hay ni podemos hablar de maestros de segunda enseñanza, con preparación que baste por sí sola para imponer disciplina y respeto en el alumnado, y por propia consecuencia, que se obtenga la finalidad apetecida.

El profesor, con miras preconcebidas, procura familiarizarse con el alumno y otorgarle condescendencias, sin que entre en sus cálculos estorbar sus libertades y resabios; con mayor motivo, si el beneficiado es crío de entronques.

Si en el entrenamiento primario se fortalecen el cuerpo y el espíritu con las nociones elementales y los primeros brotes, en la adolescencia y la juventud se completa el bagaje para decidir la batalla definitiva, desde el sector escogido.

Mayor responsabilidad la de esta etapa educacional, y más despliegue de energías para la siembra y el cultivo. Trátase de intensificar los conceptos y las ideas y de alentar los deberes y derechos ciudadanos; de afianzar los principios políti-



cos, limitando la vibración emocional; de resolver y encauzar las inclinaciones vocacionales.

Supuesto que el niño es un producto estandarizado, si se permite el vocablo, la educación secundaria debe estar provista de una docencia especializada, ampliamente propicia para recoger el brote y cuidarlo y aderezarlo hasta su estado de sazón. El maestro, por tanto, no debe ser tomado al azar, entre las sombras y los devaneos circunstanciales. No, de ninguna manera.

Si se estima el porvenir de un pueblo, el imperio de su democracia, su moral, sus instituciones y sus leyes, no queda otro medio ni más derrotero que hacer de la enseñanza secundaria una verdadera campaña educacional en el volumen e importancia que lo exigen las generaciones presentes y futuras.

Hay que extirpar y acabar con los llamados Colegios y colocar en su lugar las **“Escuelas de Educación especializada.”**

Tal como se pretende hacer ahora, en vía de ensayo, es un rotundo fracaso. La decisión vocacional debe mostrarse en la escuela y ser amparada y dirigida en ésta, tal como dejamos apuntado en otro lugar.

Concluida la preparación escolar, el niño no se verá postergado ni votado al montón. Hecho cargo de su personalidad y descubierta su aptitud, al dirigirse con paso firme y desenvuelto hacia el lugar escogido, encontrará un campo acogedor que

llenará por entero sus anhelos, sin que haya lugar a dubitaciones, desazones y debilidades.

La Escuela de educación especializada se encargará de robustecer la personalidad del niño y satisfacer sus perentorias inclinaciones. Será suficiente un tiempo de cuatro años para que el joven acuda a una Escuela Superior a terminar su especialización.

Hoy por hoy se pierde el tiempo y se desperdician las capacidades.

Sin dejar de aumentarse los conocimientos generales desde el primer año, las especializaciones comprenderán desde las ciencias políticas y filosóficas, físicas, químicas, etc., hasta el comercio, periodismo, economía, finanzas e industrias.

Es de advertirse que la educación especializada redundará en positivo provecho del alumno y de la Sociedad, pues, de este modo contará en todo momento con individuos integralmente capaces y correctos.

Y no sólo será en lo intelectual, sino abarcará lo artístico y manual, ya que las escuelas de educación especializada comprenderán las artes y los oficios en general.

Estas escuelas y las Superiores proveerán los **maestros del futuro**, provistos de la técnica insuperable, el acierto y la abnegación que sólo anidan en un espíritu vocacional hábilmente encauzado.

Las mencionadas Escuelas deben establecerse profusamente en todo el territorio nacional a fin de facilitar el mayor acceso de educandos y la máxima difusión cultural ajustada a un plan que responda al ideal proyectado.

## Universidad y Escuelas Superiores

La Universidad, se comenta, es el "alma mater" de un pueblo y el lábaro sagrado de la juventud.

La Universidad, en verdad, es lo más representativo y selecto de un país. Si algo sufre quebranto y desmedro, se le encuentra excusa; si la Universidad pasa por iguales achaques, inevitable será que cunda la sorpresa, el dolor y la protesta, pero toda se traducirá en perdón. La relajación de estos centros inapreciables de cultura es imperdonable.

La iracundia y la soberbia del tirano pueden astillar en mil pedazos agudos y afilados; pero vuelven contra él convertidos en rayos y verbo flamígero apenas rebota su imaginación en el claustro universitario.

Por ésto que la tiranía anda siempre recelosa, mirando con codicia, a rabillo de ojo, como bestia felina, el bastión basáltico donde se recoge la juven-

tud, bien para atraparla con astucias y contoneos, bien para sitiaria por la fuerza y la garra.

Pueden morir y mueren las rebeldías y las altiveces de un pueblo; pero jamás se extingue la luz de la verdad y del honor de la Gran Casona. Allí está y estará siempre como vigía y como batallador incansable su oriflama inmortal.

Cuando las calamidades y las guerras azotan y asolan el suelo patrio, la Universidad no sólo aporta su ciencia y el caudal de sus tradiciones y de su preciosa espiritualidad, sino también el tesoro de su juventud.

El pueblo, por fuerza de una intuición irrefrenable, transige y echa a andar de la mano con la juventud universitaria. Comprende, con aquella hondura original y extraña, que tropieza con gente honrada y sincera; que puede depositar su confianza sin reticencias ni timideces; expandir su pecho y retozar a gusto porque la compañía es franca y de buen augurio.

La juventud, a su vez, no está contaminada ni ahita. Todo su ser vibra y se estremece en perpetuo vaivén, abrigando un ideal en cada puesta de sol; atisbando en aspas y vientos entuertos que debe desfacen; montañas que tiene que desplazar; dolores y hambres que debe aplacar; masas que debe redimir.

La Universidad es el último florecimiento de la juventud, esta juventud que nace, crece y fruc-

llen en su seno hasta adoptar retoques de madu-

La Gran Casona es respetable y cautivadora por ingentes motivos. Generación tras generación ha nutrido su mente de sabias enseñanzas y ha enriquecido su personalidad para enfrentarse con lo incierto y desconocido.

Esto no obstante, preciso es reconocerlo, que dado el curso impetuoso de la civilización y la marcha incontenible de la moderna cultura, las mismas que obligan un renovarse sucesivo, sin intermitencias, so pena de quedar arrollado y deshecho, la vieja Universidad de glorias y tradiciones, va quedando, insensiblemente, como un monumento histórico y venerable.

Debemos consignar, sinembargo, que si la Universidad se hubiese orientado por el campo de las ciencias físicas, químicas, matemáticas y biológicas; de la agricultura y anexas; de las industrias, comercio, finanzas y minas, desde hace medio siglo, la suerte del país habría sido otra y muy diferente la visión positiva de la juventud.

Porque es bien sabido y averiguado que nuestras Universidades ni siquiera han respondido a su estructuración clásica, pues todo lo más que han logrado en gran porcentaje, es la fabricación en serio de palanqueadores insignes de cargos públicos; buscadores de occomodos fáciles y bien remunerados, desde las curules legislativas, ministerios, lega-

ciones y consulados, hasta magistraturas y cátedras improvisadas repentinamente, concedidas con insólita liberalidad y buscadas con pertinaz ahinco, por el obvio motivo de representar el binomio vital de pan y honor.

Y la cuestión ha tenido su gracia, porque ha bastado un título para que un hombre sirva tanto para un fregado como para un cocido, habiéndose dado casos patéticos y escandalosos, en ese restallar atrevido de la peonza política, en los que médicos, abogados e ingenieros se prestaron para entreveros y recrudecimientos cursis, o para meter las narices en funciones de la más opuesta laya, ajenos a sus propias actividades.

La Universidad moderna, por tanto, debe ser **técnica y esencialmente tecnificada.**

El maestro de juventudes debe ser un técnico, un especialista, un devoto contrito de la ciencia; no un oportunista; un alumno más que aprende con sueldo del Fisco; un buscador parasitario de situaciones.

El intelectual que por su contracción al estudio y la meditación; por su integridad moral; por su virtud de abstracción del lado material de la vida, la que consagra exclusivamente al descubrimiento y la creación de la verdad científica, se distingue de los demás componentes del género humano, hasta descollar por encima del medio corriente y moliente, que pulula y ulula, bien justo y acertado es que

se encarezca su valiosísima cooperación para la formación integral de la juventud, en tal medida y pujanza, que responda ésta a su destino y a los anhelos nacionales.

La cátedra universitaria no debe ser un regalo de Navidad de la politiquería criolla; no debe ser el patrimonio ad libitum de los círculos y argollas; no debe ser el puesto aleatorio acosado por el palanqueo y la recomendación; no debe ser, en fin, el refugio misericordioso del necesitado, del buscador de auxilio y del que anda a tientas y desatinado.

Y es imperioso declarar, que no basta ser un profesional más o menos hábil, más o menos apuesto y listo; más o menos elocuente e ilustrado, para merecer el respetable y honroso título de maestro de juventudes. Para llegar a tan alta distinción y jerarquía, son menester grandes esfuerzos; especiales cualidades y arraigadas virtudes de superación y sacrificio. Son menester obras efectivas y luminosas; obras medulares y auténticas; inmensas en utilidad y sabiduría; obras que desafíen al tiempo y se perpetúen para recuerdo y blasón ilustre de los pueblos.

Lo que ocurre en los Colegios, ocurre en las Universidades. El profesor se preocupa más de sus quehaceres domésticos y los inherentes a su oficio e intereses particulares, y aparentemente se da un duchazo o remojo cerebral para servir la cátedra. Lo que tiene en mientes es tener un medio



seguro de subsistencia o para alcanzar holguras, bien aumentando su clientela, bien haciendo alarde de su influencia, en ambas situaciones, a la sombra protectora de su ubicación universitaria, la que explota a las mil maravillas.

Tan notorio, tan desalentador es aquello, que en tantos años que llevan muchos de esos catedráticos, de trajinar por tal o cual facultad, todavía predicán la cantinela de siempre, con la sangre fría y frescura de todos los años, sin la más ligera esperanza de cambio, de remozamiento en las ideas y en la posición, como si la corriente científica se hubiese detenido en sus narices; con la circunstancia de haber otros que hasta ahora se limitan a leer en la clase con sonrisas de triunfo; y otros que se sostienen a fuerza de cuero duro contra el abierto rechazo estudiantil.

Y peor aún, mayor apuro y desconsuelo, si hubiera de exigírseles, en el tiempo de transcurrir de gestores o manipuladores de aula, algún texto o publicación enjundiosa y que revele una mentalidad fuerte y original, o una paciente y laboriosa contracción al estudio y al análisis fecundo y austero.

Debido a estas anchas flaquezas, que el profesor busque pie en la camaradería confidencial y dulce con el alumno, que le sirva de estudio y pararrayo de posibles rebeldías y protestas; esconda su competencia inocua en la afabilidad y el manoseo adulador; supla su falta de preparación con el con-

tono y el gesto simulador; oculte sus intereses personales en los pliegues de una política cortesana y de apoyo incondicional al pedigrüeño alumno.

Ya hemos dicho, porque el principio es aplicable a todas las etapas educacionales, que el maestro, para serlo, debe y está obligado a consagrarse a su labor de modo exclusivo y abnegado, inhibiéndose de todo aquello que distraiga su atención o la desvíe en menoscabo de su plan de trabajo.

Es incuestionable que la Universidad no debe servir, y su propia prestancia lo impide, para resolver situaciones económicas o para respaldar la subsistencia, sino para hacer de ella un irremplazable centro de divulgación científica, de consulta y de educación superior.

\* \* \*

Siguiendo pues, nuestros puntos de vista, la Universidad moderna, insta:

**Organización.**— Educación Superior técnica repartida en Escuelas Superiores de Educación Especializada, tantas cuantas fueran necesarias. Derecho, medicina, ciencias químicas, agronomía, industrias y minas, ingeniería, periodismo, literatura y arte; filosofía, ciencias económicas, hacendarias y financieras; comercio; derecho internacional, diplomacia y tratados; leyes sociales y de trabajo, etc.

**Docencia.**— Maestros, verdaderos maestros de juventudes. Publicistas, sabios y filósofos.

Sin renunciar a este justo y ponderado anhelo, por lo pronto, y de modo premioso, deberían proveerse las cátedras por severo y rígido concurso.

**Alumnos.**— Definidamente vocacionales. Encarriadas las aptitudes desde la educación primaria.

Dos clases: becados oficiales y no becados, que deben costearse la educación. Los primeros escogidos entre los estudiantes pobres y distinguidos.

**Ciudad Universitaria.**— Cuerpos de edificios con todos los implementos y menaje. Laboratorios, anfiteatros, parques, museos, cinemas, gimnasios, campos experimentales y deportivos, bibliotecas y archivos, etc., imprenta y publicaciones. Salones para conferencias y exposiciones.

**Extensión universitaria.**— La Universidad debe ser, en primer término, el consultor y el consejero de la Nación en sus diversos poderes y en sus distintas ramas de actividad, sin ser necesarios tantos cuerpos consultivos y tantos consejos improvisados de pingüe remuneración, que por otra parte, no han rendido provecho alguno.

**Presupuesto universitario.**— Debe ser el más rico y el más liberal. Puede restarse y escatimarse a cualquier otro rubro del Presupuesto Nacional —como el Ejército, pongamos por caso—, pero jamás el correspondiente a la Educación Superior.

El maestro universitario debe percibir el mayor sueldo del Estado.

**Becas y premios universitarios.**— A más del intercambio internacional obligatorio de profesores y estudiantes, el renglón de egresos universitarios debe contemplar becas para estudios de experimentación y estudio en el exterior, así como viajes de placer y observación dentro y fuera del país.

\* \* \*

No finalizaré este capítulo sin antes consignar, con frase cálida y anhelante, esta verdad. La Universidad debe confinar de sus claustros de apostolado y guía rectilínea el **profesionalismo** simple y escueto. Así el maestro, el verdadero maestro, educará a la juventud no para el profesionalismo combativo y zahareño forjado al calor de odios, egoísmos y pasiones; un profesionalismo de vanidad y cropel, mixtificado y ayuno de vigorosa competencia, des personalidad, prestó, por ello, a engrosar las filas de la politiquería casera y embaucadora, o a buscar refugio benigno en círculos y hatos; sino para que satisfaga y cumpla mejor y con más brío y espíritu de sacrificio sus deberes de hombres y de ciudadanos, de tal manera y en tal medida, que los títulos, sean los que fueren, no sirvan a esa juventud sino para ponerle en camino de realizar el bien, la verdad y la justicia, en beneficio de los demás y por un mundo mejor.

Por ventura, para este proceso substancial, ya el joven estará habituado y no le hará mella que se le conduzca por ese sendero de bondad y de belleza, delicadamente humano y altruísta; sus fervores y apegos no tendrán un motivo repujado por áspero materialismo, sino algo más edificante y halagador a sus propios sentidos, por refluir en beneficio de sí mismo y de la colectividad.

La Universidad, por fin, no debe incubar la burocracia prodigando títulos para encubrir la competencia en el mercado de la empleomanía.

## Educación del pueblo

Adular al pueblo es soliviantarlo y envilecerlo.

Tirazinar al pueblo, también es soliviantarlo y envilecerlo.

Nada es tan grave y peligroso como hacer uso de estos extremos.

Es propensión humana pretender conseguir algo por la fuerza o el adulo. Es tan fácil lo uno o lo otro porque no exige pensar; no hay trabajo; no hay deliberación. Es tan sencillo resolverse por la violencia o la relajación del ceño y del músculo.

El adulo y la tiranía dejan los defectos en su puesto y toleran los mismos vacíos y quiebras. En una u otra forma se cumple el mal sin remedio.

Pan y fiestas se traduce en indolencia, pereza e inmoralidad, y repercute hasta en los más humildes rincones. Desaparece el trabajo, el cumplimiento del deber y enseorea la vagancia y la ilicitud. Se encienden las pasiones y estalla la insolencia y la

Pueblo adulado es pueblo que se desgasta y se consume. Es pueblo acanallado.

Pueblo tiranizado es pueblo que se desgasta y se consume también. Es pueblo que cae en la abyección.

Persecuciones, privaciones, cárceles y azotes, enferman el espíritu y la sangre. Infiltran el virus del abatimiento y la decadencia. No sobra tiempo para detener el avance del mal. Todo se resuelve en ira concentrada y en puños crispados. El carro de la civilización y de la cultura yace desvencijado y en astillas dolientes.

De uno y otro medio ha echado mano la humanidad para demostrar su corrupción, su torpeza y su incomprensión.

Nunca se detuvo, en toda su historia, a considerar que el bien es un patrimonio que se hace y se conserva a base de voluntad perenne, de verdad y de justicia; y que el mal arraiga como hierba impura en todos los campos, no obstante la azada y la cuchilla.

El adulo ramplón, la condescendencia taimada, no entronizan el bien ni traen perfeccionamiento alguno para un pueblo.

Está bien que se predique y se agudice en la práctica la bondad y el reconocimiento de los derechos del pueblo. Esta es la democracia diáfana y sincera. Pero también es democracia que se peñore y se intensifique en la práctica, la forma de

ejercitar esos derechos y el modo cómo deben cumplirse las obligaciones y deberes coetáneos.

Preconizar los derechos y alzarse de hombros ante los deberes, es llana y lisamente procrear el charlatanismo pillastre y la demagogia. Es renegar de la democracia y vapulearla.

Ocultar, cubrir con manto aleve los derechos y libertades, escarneciéndolos, es el advenimiento de una tiranía aciaga y despótica, es alimentar y engordar al marrano osador con la sangre lozana y prometedora de un pueblo; es la pica que demuele y arruina. Es la castración de la democracia.

Al pueblo debe decirse con franqueza y sin regodeos, con claridad y llaneza, cuáles son y en qué consisten sus derechos; pero al propio tiempo, también, cuáles son y en qué consisten sus deberes.

No hay para qué inundarle de proposiciones falsas y efectistas que cautiven su emotividad y activen su pasión. Esto es ablandarlo por el adulo mendaz y llevarlo a situaciones insospechadas.

El politiquero aquél que mariposea y zumba sin reposo, amañando discursos y proclamas preñadas de odio, no hace otra cosa que andar a caza de situaciones. La hiel que destila de un lado contra el bando contrario, y el almíbar de otro para el obrero y el trabajador, el indio y el negro, es el arma que esgrime para encimarse en los hombros del pueblo y atrapar la presa.



Nada hay más peregrino y odioso como el desenfreno y el cinismo de los políticos de oficio. El pueblo queda como aturcido y embozado, y lógicamente, la democracia representa una institución hollada y empañada.

Obtener que un pueblo deshaga su tranquilidad, turbe su paz, se arroje a las calles y a las plazas, grite, vocifere, derrame su sangre al grito de viva fulano o zutano, sin ton ni son, sin control y sin conciencia de sus actos, electrizado o subyugado por apañamientos astutos, y cosechar después, sin riesgo alguno, los frutos, es lo que han hecho siempre los figurones políticos y los arribistas desvergonzados.

Cuando el pueblo por sí y ante sí, con la conciencia plena de sus resoluciones; con la serenidad y prudencia necesarias; con el conocimiento de sus anhelos e ideales, rompa su quietud, abandone su paciencia, y se derrame en santa y fulgurante rebeldía para exigir justicia y libertad y reclamar sus derechos aherrojados o en camino de serlo, esos momentos serán de auténtica y viril democracia. El pueblo no habrá requerido el concurso de los agentes officiosos ni las diligencias y esguinces de los mercenarios de levita.

El pueblo satisfará todas sus ponencias y decidirá sus problemas cuando aprenda a bastarse a sí mismo, y con ello, haga emerger de su seno sus propios directores y líderes, representantes y man-

datarios genuinos de la clase y defensores sinceros de sus intereses.

Adular al pueblo es defraudar sus sentimientos y corromperlos. Es infiltrar la pócima del odio y del egoísmo irreconciliable; es alejarlo de la corriente social, haciéndolo medroso, desconfiado y turbulento.

El adulo es negativo y acechador; tan punitivo como cualquier acto de violación delictiva. Con su aparatoso influjo se mantiene la ignorancia del pueblo y se fermenta su venganza, facilitando el acceso del caos y la anarquía con el desconocimiento de la autoridad, la ley, la moral y las instituciones.

La tiranía también es caos y anarquía, desconocimiento de la ley, la moral y las instituciones.

Ni tiranía ni adulo. Al pueblo debe educársele con honrada franqueza e inquebrantable energía hasta limar sus rudezas y formar su conciencia, su personalidad digna y esforzada.

El pueblo debe comprender que todo puede alcanzarlo por sí mismo, por el sólo impulso de su voluntad firme y presta; por el concurso solidario y leal de todos sus componentes.

Hay que convencer al pueblo que para mantener sus libertades y edificar su obra de cultura, incorporándose de lleno a la civilización, no debe esperar patrocínios ni tutelas, ni tampoco confiar en gobiernos e intervenciones providenciales.

Debe ser llegada la hora de intimar al pueblo para que sacuda su laxitud y su infantilismo; mostrarle el poder que juega en sus manos, el mismo que puede seguir estrujado y explotado sino se aviene a desembarazar su conciencia de pesadas taras y aderezar su ánimo para presentarse a la lid.

Si antaño el Gobierno hacía al pueblo, hogaño el pueblo debe hacer el Gobierno que mejor cuadre a sus ideales e intereses.

Educar al pueblo es adecuarlo para la lucha. Es instruir a todos y cada uno en los principios fundamentales que hacen del ser un hombre y un ciudadano; es llevar de la mano a los individuos por el sendero de la moral, la ciencia, el arte y las buenas costumbres; es fomentar sus deseos de perfección y adelanto; es levantar su nivel de vida, haciéndole partícipe de todas las holguras que brinda la felicidad, mediante el progreso científico; es convencerle que la paz es el mejor aliciente de la cordialidad y el entendimiento humanos.

Decaerá de suyo la tan decantada lucha de clases y escarmentarán los polillas revolucionarios, el momento que el pueblo sea el gestor de sus propios destinos, gestor atinado y conciente, sin vapuleos, zarabandas ni discursos procaces y de ocasión.

Conducir al pueblo hacia el puesto de promisión es labor larga y profunda. Pero debemos hacerlo. Todo está listo y propicio y ninguna demora es excusable.

Comencemos por exigir a todos, hombres, mujeres y niños, como oración matinal, que nutran sus seres, hasta intimar en la memoria, la Carta Fundamental de la República.

Expliquemos luego, en locución diáfana y sencilla, cuáles son los principios que la informan y la doctrina que rige, junto con su historia, que es la historia de la patria.

Así alcanzaremos el civismo tonificador y estimulante.

La Constitución es la carne y el alma del buen ciudadano; por consiguiente, debe saberla y entenderla para consagrar su fe y llenar su cometido. Cada ciudadano es un creador de su patria.

Al pueblo no hay que deslumbrarlo, atosigarlo o indigestarlo. Cuando esto ocurre, desconfía y huye. Hay que deleitarlo con sabias maneras.

Por ésto que debemos desechar la palabrería perifrástica y de lucimiento personal. Presentarnos sinceros, sin fines de competencia ni de **entrenamiento**.

Al pueblo debe dotársele de buena vivienda y enseñársele a vivir con comodidad e higiene. Debe procurarse el estímulo al aseo personal y del hogar. Inbuír la necesidad de nutrirse como corresponde y modificar los hábitos, desde el modo de vestirse, con detalles de significativa importancia.

Arrancarle de los vicios y de los desvíos nocivos, sin humillarle ni hacer ostensible su inferiori-

dad, es otro propósito de enorme trascendencia.

Al pueblo hay que enseñarle a gustar de la buena música, del teatro, de los ejercicios ginnásticos, rítmicos y atléticos. Hay que tomarlo y llevarlo de excursión y de viaje por todos los lugares de la República para que conozca y aprecie su país desde todo punto de vista. Hay que conquistarlo para que sea asiduo visitante de museos, laboratorios, bibliotecas, salones de conferencia y de estudio, gimnasios, cinemas instructivos, lugares de paseo y esparcimiento; exposiciones de pintura y de arte en general.

En materia política, el pueblo está en el imperioso caso de conocer, y que se le explique, sin rodeos ni criterio canijo, cuáles son los partidos políticos; las doctrinas de izquierda y de derecha, cuáles son y en qué consisten los derechos y los deberes políticos.

En punto a geografía, no debe ignorar la unidad territorial y sus límites, al igual que su producción y consumo, clima, vialidad, medios de transporte y rumbos económicos: la situación de la Nación con respecto a los demás países y continentes; sus relaciones internacionales y comerciales, importación y exportación, etc.; monedas, pesas y medidas, cambio, etc.

Y así podríamos seguir hilvanando en cuanto a historia, moral, lengua, idiomas, etc., cuya instrucción fuera aunque elemental, pero muy a pro-

póbito para una posterior autoeducación.

Asunto de especial preocupación debe ser la música como medio idóneo de culturización del pueblo. A este respecto, debe desecharse toda aquella que trasciende a vulgar y abatido, con ayes de tristeza y aflicción, propia de huestes famélicas y esclavas. La música debe ser de marcha, liberación, optimismo y vencimiento.

El pueblo, en sus asonadas y revueltas, es autómata, meramente emocional e intuitivo. De ahí su versatilidad y camaleonismo. Con demasiada ligereza, elásticamente, levanta ídolos a los que vuelve las espaldas, para nuevamente volver a exaltarlos. Esta modalidad lo convierte en servil y mostrenco.

De esta fragilidad se han aprovechado siempre los mercaderes de la política para servir sus consabidos planes y ultimar sus audaces proyectos.

Las revoluciones y montoneras llevadas a cabo a costa del hambre, la miseria y la sangre del pueblo, arrastrado por su bronca ingenuidad, no han dejado otro saldo ni más provecho que el triunfo del caudillo y sus segundos, tornándose más miserable y ruinoso la suerte de ese pueblo.

La masa cerrada, sensiblera, sufre de **caudillismo**, y antes que por una idea, un principio, un frenesí virtuoso, déjase abalear por un caudillo.

Puede el caudillo huír, abandonar el terreno, apenas observa la proximidad de un colapso, índice de un derrotismo, pero el pueblo, en motín informe, saturado de necio **caudillismo**, en una especie de agitación mística, se mantiene a pie firme, hunde el pie en la brecha, y solo escapa cuando cae en la cuenta que nada queda por hacer.

Cuando el pueblo, no le importe quién ni quiénes, deje de prestar oído e impresionarse por embelequerías y monsergas, y únicamente se guíe por su particular entendimiento, entonces y solo entonces, mostrará un grado de cultura tal que haga posible el ejercicio pleno de sus libertades y derechos. Será el momento en que el pueblo, por franca y efectiva manumisión, libre de yugos y reatos, de conductores vesánicos y ególatras, que se denominan a sí mismos líderes y conductores, abandone los **personalismos enfermizos** y construya su propia historia.

Hasta ahora el pueblo se torna magro y se magulla en todo sentido para los otros; presta sus hombros y músculos para los de aquí y los de allá, sin compensación alguna. A costa de su sacrificio cruento alcanzan muchos, aún los de pura o ninguna ingerencia y monta, los **llamados vivos y oportunistas**, honores, pleitesías y riquezas.

Por tanto, el pueblo debe desplazar sus aspiraciones y exasperar su ánimo, si así lo requiere su causa y el despliegue de las circunstancias, para sí y para los suyos, para la gran masa; para ese inmenso conglomerado que forma el capital humano que exige redimirlo, educarlo y situarlo en el plano de ventura, honor y riqueza a que tiene perfecto y amplio derecho.

Para ello, debe empeñarse en acometer la empresa de su perfeccionamiento corporal y espiritual. Abandonar su pereza e indiferencia y poner en actividad sus afanes de mejoramiento integral. Constituirse en vigilante de la educación de todos y en batallador incansable de la ignorancia, la inmoralidad, la miseria y laxitud, allí donde se encuentren.

•  
•

El pueblo, obligatoriamente sindicalizado, contará con su propia policía sindical y sus tribunales sindicales para sancionar a sus miembros por infracciones que pongan en duda la conducta del obrero o afecten de algún modo a la solvencia moral e ideoneidad del Sindicato.

El Sindicato, por efecto de su constitución jurídica y legal, intervendrá directamente en los conflictos y en toda relación con el capital patronal, garantizando el cumplimiento de aquellos y encar-



gándose de hacerlos cumplir. El patrón, por su parte, para todo trabajo, grande o pequeño, se entenderá directamente con el representante genuino del Sindicato, bien para la validez del pacto, bien para responder por los resultados de éste, pago del precio, entrega de la obra, etc.

-El Sindicato mirará por el trabajador desde todo punto de vista, ya se trate de su educación y cultivo espiritual, ya de su esparcimiento y deleite. Sus funciones y actividades no deben circunscribirse a demarcaciones comprimidas y ocasionales, sino desplazarse hacia extensas latitudes, ora en lo jurídico y legal; ora en lo económico y político, ora en lo social y educativo. El Sindicato debe velar por la subsistencia de los asociados cuidando de su nutrición, vivienda, salud, higiene, vejez e invalidez; atender la maternidad y la niñez; formar cooperativas de producción y consumo, cajas de ahorro, etc., de tal suerte que nada tendría que esperar del Fisco o las Municipalidades, sino en la porporción y medida que determinarían las leyes pertinentes, para su control, fiscalización y mejoramiento sucesivo.

El pueblo, de esta manera, se incorporaría a la marcha de la unidad política, como factor condicionante y constructor. Dejaría de significar la carga y el interrogante de responsabilidad, desapareciendo de su frente el estigma humillante de explotado.

El pueblo, en tal trance, por la elevación de su esfuerzo inteligente y ético vendría a desempeñar su puesto y admitir su consecuente responsabilidad así en la paz como en la guerra; así en el desenvolvimiento interno como en el externo del Estado.

Porque es cierto y evidente que la elación de un pueblo se mide, no por la algarada, el motín y la incorrección, que ahijan la huída del capital y redundan en su propio desmedro, sino por el cumplimiento estricto del deber; por la integridad moral; por el florecimiento de las industrias y el comercio, y por la intensidad y acabado del trabajo.

El obrero debe saber, por satisfacción de sí mismo y llevado de la comprensión inteligente de ser un eslabón en la gran cadena social que sostiene el prestigio de un país, que está obligado a trabajar a conciencia sin hurtar el tiempo y la calidad de su labor, y que mientras más y mejor llena el lapso de su tarea, mayor y más recomendable es la producción y el consumo en el mercado bursátil.

El obrero, el artesano, el artífice, el simple aprendiz, están en el imperioso caso de comprender que su trabajo no representa sólo un rendimiento para la subsistencia, sino que tiene un valor en función social, apreciado en mérito subjetivo por la colectividad a que se pertenece como agregado interdependiente. Su tarea no se reduce a bien individual, como medio de simple contribución mecánica y rutinaria, sino que significa mucho más, puesto que contribuye al bien social, como fin ineludible y

promisorio.

El salario, la soldada, jornal, como quiera llamársele, apenas es un signo de relación entre el capital y el trabajo, pero no es todo; el trabajo significa la producción misma y entra a formar parte de la riqueza.

Por esta razón que el obrero, el artesano y hasta el aprendiz, tienen que darse cabal cuenta que son factores de producción y de riqueza, y que su trabajo no se traduce simplemente en el diario o la remuneración percibida, sino que demanda mirársele como valor efectivo en el gran juego comercial, y por ende, es garantía positiva de adelanto y evolución de un pueblo.

El obrero, el artesano, que no trabaja o lo hace mal y con desgano, hurtando el tiempo, o usando de engaño o dolo, defrauda a los suyos, a los demás y a la Nación, ya que se altera toda la máquina productora por sustracción de fuerza física y moral.

La ecuación comprende este razonamiento preciso y matemático:

A mayor trabajo, mayor producción;

A mejor trabajo mayor consumo;

Mejor producción y mayor consumo implican riqueza y elevación del nivel del standard de vida.

El problema obrero y el de la estabilización de los precios no se resolverá, en virtud de lo expuesto, por el simple aumento ascendente de los salarios,

alno por la mayor participación del trabajador en las utilidades del negocio, participación que garantizaría la necesaria proporción y equidad con el juego del capital.

De este modo, el salario vendría a ocupar un segundo lugar, estimado exclusivamente como mero anticipo, en calidad de subvención industrial.

Lo que sí sucede actualmente es que hay muchas ratas que se deslizan furtivamente en el ambiente del obrero, del artesano, para verter su veneno de trastorno e inquietud, resultando de ello que aquel ambiente sufre depresiones y alteraciones que van en menoscabo de las dos fuerzas creadoras de la economía, el capital y el trabajo.

Estas ratas son elementos parasitarios que explotan al proletario sistemáticamente, adoptando apariencias de defensa, patrocinio y tutela, cuando en realidad no son otra cosa que charlatanes de oficio, parásitos que viven de las perturbaciones brotadas por su constante y solapada meneadura de vocación e impertinencia.

La gestión desplegada por tan siniestro elemento es tanto más sensible cuanto que nuestro país no es industrial ni comercial, siendo los capitales de pequeñas dimensiones y en trance de agostamiento, sin que éstos puedan resistir la más pequeña embestida, si de robustecer y modernizar ampliamente la industria o el comercio se tratara.

Sobrada razón, por tanto, para disponer la sindicalización obligatoria del obrero, sin ser indispensables, ni mucho menos, los Comités de Empresa que no son sino focos de politiquería y de empecinada intransigencia.

Como ya tenemos esbozado, el Sindicato sería el proveedor y contratante, debiendo tomar a su cargo todo lo relativo a entendimientos con el capital, sugerencias, innovaciones, salarios y participación en las utilidades.

Únicamente de este modo se lograría impedir aquellas intromisiones extrañas al trabajador que tanto daño le hacen, y sería éste quien resolvería por sí propio, con holgada conciencia y cordura, todos los problemas de su clase, sean de la índole que fueran en un envidiable ambiente de paz y sencillez.

---

## Educación del indio

El indio es un rezago y una reminiscencia del pasado. Del inca renuente no queda sino un musllo braquicéfalo.

El indio es el anatema pertinaz de la conquista española. Esta lo sacrificó y arrolló desaprensivamente, sin dejar sedimento alguno de bondad y acariciadora remembranza. Sólo incrustó odio, un dolor profundo y el aguijón de la represalia, hoy casi extinguida con la marcha de las edades.

La conquista esclavizó al indio para explotarlo como bestia de carga y de labor, sin darle punto de reposo.

Las leyes de indias y las encomiendas hicieron más sangrienta y pavorosa la humillación del indio, cercenando su moral al recazo. Intuyó éste su agonía lenta sin la más leve espera de revancha y liberación.

El blanco mutiló los atributos inherentes al ser humano y dejó al indio en peores condiciones que

la criatura irracional. El indio entraba en la cuenta del rodeo estancial como un animal más. Las haciendas adquirirían valor y aprecio por el número de indios.

Ahogado el indio en su miseria física y anímica, se resignó, mal de su agrado, a vegetar desolado y áspero, masticando el freno de su suerte.

Y se resignó y lloró, y se resigna y llora aún, aplacando los rescoldos de rebelión con el alcohol, bebedizo infame y degenerador y su aliado servicial, y el priostazgo religioso, acicate que amortigua y reblandece.

Lo que no taladró y consumó el arcabuz lo llevó a término el alcohol y el evangelio. Así fué prostrado el indio y echado a la vorágine.

El concertaje fué otro artificio diabólico descubierta por el blanco, para enlazar al indio y amarrarlo a la tierra para siempre.

Suprimido el concertaje, con timidez persimniosa, se le hizo al indio una gracia restricta, a sabiendas de que su libertad quedaba a merced de un cúmulo de fuerzas absorbentes.

Su situación, por consiguiente, no varió ni ha variado. Sigue igual, con identidad morbosa y cortante; con el ritmo de las horas que pasan en un surtidor perenne de tiempo.

La población indígena, con su aspecto morfológico y temperamental, su color, costumbres, usos y creencias, sigue retoñando, con fidelidad canina,

aunque derrengada y castrada, como un trasunto de remotas épocas que se nublan y oscurecen en las profundidades de la historia. Es una suerte de civilización encajada en otra, pero sin ninguna concordancia ni entendimiento entre sí; lo contrario, son láminas acerbamente opuestas, con la agravante de dominar acremente la una a la otra sin el más leve vestigio de prohibamiento.

Empero, es curioso observar que si bien esa diferencia se explica por sí misma, por leyes científicas inmutables, no ocurre lo mismo cuando se relaciona aquella con los sentimientos de hombres que se pertenecen a dos razas distintas por mucho que haya entre éstos cierto ligamen indesatible.

El indio, como tipo de civilización, es factor retrasado y negativo; pero antropológica y socialmente considerado, reviste interés y agita las fibras humanas. No es posible abandonarlo en su desgracia o mirarlo con náusea e indiferencia despreciativa. Urge darle la mano y levantarlo. Curar solícitamente sus entrañas sumidas en dolorosa ignorancia y despertar su cerebro a la luz de la verdad, la belleza, la ley y la moral.

La regeneración del indio, desde luego, es obra de algunas generaciones, y esto, a condición de comenzarse ya, abreviándose trámites y remilgos, porque si todo se limita a la consabida literatura, a la fraseología lírica, con entusiasmos soterrados, el problema seguirá con sus mismos contornos y pu-



ruencias, quizá agudizado por el propio fermento que incuba el mal.

El indio ha sido y es explotado bajo múltiples formas y con el concurso de medios insospechados y hasta ingenuos. Su condición ha sido prestado para ello, y no extraña que hasta su misma miseria y su astroso y chillón aspecto externo haya procurado la subsistencia de algunos, a fuer de modelos complacientes y estultos.

Entre las muchas formas de explotación, dos se destacan por su marcada peligrosidad y el acre revuelo que suscitan. La del indio por el indio, la una; la del agitador a sueldo, la otra.

Ambas, por cierto, son concomitantes y se aglutinan para el más completo éxito.

Suele acontecer que en las comunidades indígenas siempre surgen dos o tres ejemplares mejor dotados, vivaces y de andar ligero. Estos, naturalmente, los atrapan a los demás y se los tragan. Su misión, y no pequeña, es asumir la representación de la comunidad en calidad de cabecillas y jefes natos, con poderes omnímodos. Con alguna regularidad, los predichos cabecillas, a más de poseer cierta agudeza, saben borrar sus nombres y conocen el castellano, lo que les facilita relacionarse y pactar, sirviendo a la vez, de intérpretes e intermediarios.

El cabecilla puede muy bien ser sincero, pero a la postre, sea por su rudeza, sea por su liviandad, o

por ambas, la verdad es que pronto cede a la impos-  
tura y a la ambición.

Es con esta oportunidad que entra a desempe-  
ñar su papel el parásito de enlace y succión, con sus  
características típicas. Ya es el teniente político,  
ya el cura de almas, el maestro de escuela, el rábula  
o algún otro.

Los más temibles, desde luego, son el cura y el  
rábula, particularmente éste por convivir a menudo  
con el indio y ser un elemento inescrupuloso y en  
continua ebullición.

Entre el cabecilla, el tinterillo y el abogado de  
la ciudad tejen la red en la que pronto sucumbe la  
comunidad.

En muchas ocasiones, prescíndese del tinteri-  
llo, quedando todo el enjagüe en manos de los ca-  
becillas y el abogado que llegan a entenderse como  
hermanos siameses.

Por supuesto, el abogado da a su intervención  
el valor de un apostolado, lo que no le impide ser un  
filisteo y un vulgar buscavida.

Comienza, entonces, en toda regla, el pedimen-  
to multiplicado en efectivo y en especies que se re-  
suelve en la contribución por cabeza, a modo de ta-  
sa semanal o mensual, según el requerimiento y en  
proporción al enredo planteado.

Con este sistema, las reclamaciones y penden-  
cias en las que se ve envuelta la comunidad no ce-  
san, y mágicamente surgen por generación espon-

tánea, sin que nada repercuta para conmover, ni el lloro, ni la cuita, ni la miseria en que se debaten los míseros contribuyentes.

Los cabecillas, desde luego, hacen vida de regodeo como participantes en el complot y la connivencia. Con fruición, no exenta de mojigatería, cumplen su oficio de recolectores y correvediles, halagándose de su importancia y de su socarronería.

Cuando la fuente está para secarse, he allí que se las ingenian por un nuevo y deslumbrador vertedero. Atizan el sabotaje y la huelga pasiva, no sin antes prender fuego abrazador y asfixiante en las incipientes cabezas de los infelices indios. Es el momento de arrojar a la comunidad por el espinoso campo de la **sedición política**, al grito de la lucha de clases y del pecado original de la explotación ejercida por el latifundista. Guerra a éste le inculcan, con tenacidad morbosa. Todo es tuyo, cógelo tómalo. vierten al oído del indio, y el indio, poco a poco, cautelosamente, pero siempre agujoneado, entiende a su manera éstas y otras cosas peores que oye del cabecilla y del abogado quisquilloso y politiquero, y hace campear su insolencia, el abandono del trabajo y sus exigencias apasionadas y encendidas por odios celosamente guardados.

Y la verdad es que si la preocupación de mejorar al indio e incorporarlo al mundo civilizado, fuera sincera y honesta, de lo menos que debería ocuparse es de ensartarle doctrinas y teorías

netas y charanga. Este oropel ha cegado a una buena porción de humanos, haciéndolos delirar por ir enfundados de todos modos y asignándose cualquier papel.

Si algo real y evidente hay que ensombrezca la democracia y que se le oponga, ese algo no es otro que la diplomacia. Esta vegeta y supervive acorazada por una plancha de acero cuya aleación es el misterio, la pompa derrochadora, el secretismo, el espionaje galante, la hipérbole intelectual que encubre, en veces, espíritus ladinos y simuladores que compiten con el galgo de pista o el conejo bonachón, y cierto sadismo incongruente.

La diplomacia es un parasitismo social costoso y ruidosamente estéril.

Esto no obstante, los Gobiernos se han empeñado en sostener, a espaldas del pueblo y contrariando su natural repugnancia, ese tren de viajeros desocupados y felices, a quienes sonríe la suerte con igual largueza e idéntica ceguedad con la que escoje a los del premio gordo de la lotería.

Costear la diplomacia, incluso la servidumbre, equivale a mantener aves de vistoso plumaje con cuidadores extras.

Si los principios, doctrina y predicados del derecho internacional, en sus dos ramas, público y privado, han seguido una evolución prodigiosa, en línea paralela a las otras ciencias jurídicas, no se debe, ciertamente, a los diplomáticos y a la diplomacia, con rarísimas excepciones-, desde que habrán mu-

chos que hasta ignoren la existencia de ese derecho, sino a los tratadistas, a los consagrados por el estudio y su larga experiencia en la cátedra y el comentario sustancioso y reposado.

Qué debe un pueblo a los diplomáticos a cambio de los ingentes gastos y cuantiosos estipendios de que son beneficiarios?..... Hasta ahora que sepamos, nada, a no ser que como todo se hace entre bastidores, con sumo sigilo, y con las más refinadas precauciones, talvez no se descubre aún el brillante que se halla entre carbones. Empero, el trasteo no ha de ser para tanto, y algo escapara de los tentáculos de semejante rigidez y ocultamiento.

Y si ese algo se llegara a pesar y a medir, fuera de seguro tan escaso y de tan poca monta, que no se equiparara a las privaciones y sacrificios a que se somete un pueblo, eximiéndose hasta de lo más esencial como es su educación y su vialidad, para afrontar las expensas que representa la sostención de esa casta enquistada en el corazón de la democracia y que llamamos diplomacia.

Con fundado temor debemos presumir, en esta sazón, que van a salirnos al paso un enjambre de avispas optimistas o una jauría asalariada, con todo el ánimo de ponernos en cobro. Pero llevan la de perder, por el simple hecho de que toda su argumentación es interesada, especiosa y muy manipulada.

Nos endilgarían, por ejemplo, que la diplomacia es un mal necesario y que su permanencia en lugares extranjeros siempre es útil y honrosa. Que el diplomático es el mejor observador y un vigilante activo de los intereses patrios en el exterior. Que su presencia en aquellos lugares es bastante significativa y guarda relación con el grado de cultura del pueblo representado. Que por el diplomático podemos estar al tanto de lo que se cuece allá y lo que se piensa por acullá. Que las letras, las artes, la política y las ciencias tienen en él su mejor vocero y autorizado propagandista.

Pero todo es falso. Lo único cierto, lo que queda tiritando de nuestra pintoresca diplomacia es un personaje más o menos arreglado, lleno de afectación y orgullo personal y con cierto aire de cándida importancia; versado en revistas de modas, pasatiempos y juegos de salón; meloso y embadurnado de cuerpo y alma; perito en lances galantes y apuestas peligrosas; bonachón, confanzudo y despreocupado; fiestero y rumboso, amigo de las novedades y de los chismes; regular catador de bebidas y buen holgazán; y para completar la figura, un ariscado exhibidor de un bello perfil, si acaso lo tiene y conserva.

La especie humana que más ha progresado hasta identificarse con la diplomacia y ser su preferida, ha sido la de los poetas, como que éstos desempeñan su papel a conciencia en los salones galantes. Se ha creído y seguirá creyéndose, sin duda, que el

poeta sabe penetrar en el corazón de las damas y arrancarles secretos de estado que, desde luego, nada tienen de secretos; o que, dado su liviano continente, confeccionado para la despreocupación, la ligereza y el descuido, resulta talvez el más aceptable e inofensivo de los hombres, como visita corta y curiosa. Por supuesto que pululan versificadores de ocasión que hacen la delicia de la tertulia.

La diplomacia, por supuesto, es un empleo fácil y estupendamente remunerado. De aquí que los elegidos no requieran más antecedente que un nacimiento cuco, ni otras prendas, que un físico pulimentado, un poco de garrulería cursi y otro poco de cinismo y bastante incapacidad para no darse cuenta de nada. Con este elemento se han copado consulados y legaciones de la tierra de nadie en el extranjero, con algunas excepciones que son como gotas de agua cristalina en un campo yermo.

A la diplomacia se le ha conceptuado también como medio útil y de fácil manejo para salir de ciertos politiqueros molestos, ambiciosos y demasiado peligrosos; y en no pocas ocasiones, para corregir los malos hábitos y el descarril de muchos jóvenes hijos de buenas familias, de tal modo que enviándolos al exterior, en gira correccional, se alivie una carga para los familiares y se alimente la esperanza de hacer buena gente de semejantes chicos.

En menor escala, se ha encubierto con un cargo diplomático o consular, una socorrida deferencia al amigo, compadre o pariente, bien para que efectúe una gira de recreo a costa del Estado; bien para que vaya en busca de alivio para una dolencia o enfermedad incurable; bien, en fin, para que obtenga un éxito comercial.

Tal ha sido y es el criterio predominante en la tierra de nadie sobre los servicios diplomático y consular, y debido a ello, que nada se haya logrado en beneficio del país en ningún orden, y tanto, que ni siquiera se lo conoce afuera en su ubicación geográfica.

Y si a lo dicho agrégase la infausta circunstancia de que diplomáticos y cónsules aprietan los puños con sórdido entusiasmo, subyugados por un solo pensamiento que actúa como mañoso corcel, pensamiento que les conduce a atrincherarse tras de un muro de ahorro pueril, centavo a centavo, que les facilite acumular una fortuna, como si su única función fuera ésta, la cuestión tórnase más negra y siniestra todavía.

La diplomacia, se ha dicho, es la cornucopia que vierte sobre el agraciado, honores, viajes, placeres y fortuna.

Y en la tierra de nadie, no se ha desmentido la frase; lo contrario, ha tenido su más admirable cumplimiento, siendo perfectamente explicable el tristísimo papel y el desaire de que han sido objeto nues-



tros flamantes diplomáticos y cónsules en el exterior. Allí está, como mejor muestra, el desastre de Río en que todo se perdió, hasta el honor.

Ningún Gobierno ha intentado siquiera detenerse a meditar —como que el país tampoco les hubo importado— que los servicios diplomático y consular son **esencialmente técnicos**, y por tanto, que ya no cabe ni es posible **apreciarlos** con criterio acomodaticio, caduco y simplista, sujetos a capricho y a las veleidades de la recomendación, el palanqueo y la condescendencia frágiles.

Antaño la diplomacia representó el refugio de la tradición elegante y casquivana, de la intriga palaciega y la sátira mordaz; de los cumplimientos cortesanos y las salidas oportunas y vivaces; es decir, de un mundo desocupado y ahito de placeres, perfumes y goces picantes y ligeros; hogaño, las cosas han cambiado ponderadamente y acorde con la evolución impetuosa de la ciencia y los nuevos principios del Derecho Internacional, los servicios diplomático y consular son tan vastos y complejos, que no es suficiente, ni con mucho, haber pasado más o menos bien, o con regular o buena suerte tal o cual **cursillo universitario**, para suponerse capaz e idóneo para servir con la necesaria eficacia y eficiencia tales cargos.

Es incuestionable que ya no cuele aquello de los abogados que todo lo saben o pretenden saberlo, de

velo todo, y así en adelante. Los hombres, por imperiosa sensatez y ecuanimidad, se abstienen de acaparado todo, con mayor motivo, conocimiento que exigen especialización y técnica.

Al presente, la cuestión internacional débese encarar con criterio profundo, desechando lo superfluo y vano, pensando siempre, por encima de rancios prejuicios y fórmulas mohosas, que en la diplomacia y el servicio consular se ponen en juego el honor y la dignidad de un país, y por tanto, que al discernir los cargos respectivos, de tanta trascendencia y responsabilidad, sólo se debe poner mientes en hombres especializados en la materia, de probada ilustración e inmensa cultura.

Una especialización diplomática o consular debería llenar por lo menos un ciclo de cuatro años de estudio universitario, con un plan acertado de materias y una escrupulosa selección de individuos.

Lejos estamos, desde luego, de insinuar aquel plan, pues bien sabemos que un profano y modesto espectador no puede atreverse a tanto sin grave enojo de los dueños de casa y de los internaciona- listas de consulta y subida cotización.

Por consiguiente, es a los expertos a quienes corresponde formular el mencionado plan, de conformidad con la experiencia, el estudio y el interés nacional, recordando que el primordial objeto es la formación de técnicos para los servicios diplomático y consular, técnicos que sustituirían con notoria

ventaja a la mayoría de los señores que actualmente ejercen esos servicios.

Mientras se haga alarde de conformismo aparatoso, llevados por cierto desvío iconológico, propio de esa facultad incorregible exclusiva de nuestra idiosincracia criolla, de creer que todos son un emporio de ciencia y de genio, aptos para resolver las dificultades del cielo y de la tierra, es indudable que no avanzaremos un paso, enredándonos los unos a los otros en una lamentable confusión.

La más somera observación nos lleva a concluir —si procedemos con desinterés y una buena dosis de sentido común— que todo proceso vital no se lleva a cabo si no es con la cooperación de los elementos de síntesis y convergencia, actuando cada uno según su propia y característica función. La división del trabajo asegura la competencia y la eficacia.

Permitir el acceso del mayor número para los servicios públicos de grande o pequeña importancia, sin restar méritos a los que tuvieren, sean del sector que fueren y vengan de donde vinieren, ricos o pobres, grandes o humildes, blancos o indios, es impostergable concreción democrática. Y los servicios diplomático y consular, no por serlos, dejan de estar incluidos en el presupuesto del Estado, y aunque el desempeño de tales servicios esté rodeado de chilindrinas y rumbosidades, no por esto podemos deducir que tal desempeño solo esté reservado para

Y no cejaríamos en el empeño, ni declararíamos concluída la tarea, sino cuando el indio, sin renegar de su origen y volver caras a su raza, sea un hombre de bien para sí, para los suyos y para su patria.

Y nos sentiríamos francamente halagados si tecnificáramos su trabajo, educando y dirigiendo sus habilidades e iniciativas, ampliando sus actividades y su desarrollo vital, instruyéndole en nuevas industrias en los avanzados hitos de la agricultura.

-Mas aún, para resolver su miseria económica y estimular la asimilación, cada vez más acentuada, de nuevas costumbres y hábitos, más en consonancia con su incorporación a la cultura, no sólo que le alojaríamos en viviendas sanas, higiénicas y confortables, sino que, estimando como sucedáneo su jornal, se le haría partícipe en un tanto por ciento en las utilidades de la producción agrícola, pecuaria, o de otras industrias derivadas.

Y con el objeto de cooperar, de cuantas maneras fuera posible, a su enjundiosa estructuración moral y artística, le arrancaríamos de sus ritualidades toscas y de su jaleo supersticioso, facilitando su continuo acceso a los teatros, cinemas, museos y audiciones musicales y artísticas, a los gimnasios, campos de juego y deportes, etc.

Fomentaríamos, asimismo, los principios de solidaridad y compañerismo, despertando sus sentimientos hacia el sacrificio honrado y sincero en

bien del prójimo, aún con perjuicio de sí propio si fuere necesario.

Al igual que con el obrero de la ciudad, debería-se establecer el turismo obligatorio anual de la costa a la sierra y viceversa. De este modo adquiriría el indio las más claras y mejores experiencias y conocimiento del territorio nacional, costumbres, cultivos, formas de vida, etc., y abordaría el discrimen, el análisis y la selección.

Tal debe ser el planteamiento del programa de regeneración del indio y de su inmediata redención integral.

A los hacendados y patronos en general, por medio de atinadas y congruentes ordenanzas municipales, se pudiera imponérseles la obligación de vestir y calzar a los indios de su servicio, y proveerles de alojamiento adecuado, en viviendas cómodas y satisfactorias, sin perjuicio de la participación en las utilidades agrícolas, como dejamos enunciado.

Una cuestión que no podemos olvidar ni pasar por desapercibida, sobre este asunto, es la legal.

Partiremos de este antecedente: Sinembargo de considerar al indio un retrasado mental y psíquico, y por propia consecuencia, proclive a todo género de irregularidades, lo hemos puesto al alcance de nuestra ley, lo cual francamente nos estuvo vedado, por razones obvias que no pueden tolerar ni el más ligero comentario.

Si durante la conquista, el indio fue objeto de comedida protección y amparo con las llamadas "Leyes de Indias", no importa su grosera violación en la práctica, al consolidarse la República, como Estado independiente de la Gran Colombia, ninguna ley se promulgó favorable a la causa de los indios, subsistiendo, con peores caracteres, la esclavitud y la abyección con el denominado **concertage**, fiel trasunto de la famosa y demoníaca encomienda.

Posteriormente, al admitirse servilmente el gran proyecto de Código Civil de don Andrés Bello, vaciado en la ley sustantiva francesa, con ligeras modificaciones apropiadas al ambiente americano, discriminadas por su ilustre autor, sin reservas de ninguna naturaleza, adoptamos ese proyecto y lo hicimos Ley de la República.

Seguidamente, ante la necesidad apremiante y forzosa, se siguió la trayectoria de la copia plagaria de otras leyes, sin introducir modificaciones y reformas convenientes y esenciales, como lo requerían nuestro ambiente de cultura, las costumbres, las ideas y la población de la época.

Incuestionablemente, las tales leyes, europeas en su mayor parte, estuvieron condenadas al fracaso, tanto mas si se tiene en cuenta que con éstas se iba a juzgar a los indios, es decir, al porcentaje más grande y denso de la población.

Está claro, por supuesto, que los legisladores de tan dichoso momento, no tomaron en cuenta para

nada al indio, estimándolo tan sólo como animal de servicio y cuenta, como se lo tiene hasta la fecha, desde luego, con modificaciones de poca monta.

Así y todo, y allí está lo paradójico, no se excluyó al indio de la vigencia de dichas leyes, tan sólo que cuando las invocaba e invoca en su favor era y es rigurosamente rechazado, pero cuando delinqua y delinque, era y es rigurosamente sancionado.

Y esta estupenda injusticia, y tan escandaloso proceder, no ha variado un punto.

Convencidos estamos que el indio es ignorante, bruto, inculto y menguado, no por su culpa por cierto; pero ello no autoriza ni excusa para subyugarlo con nuestra ley, la ley del blanco, del hombre civilizado, caballero respetable y superior por su inteligencia y sus enmarañados, confusos, y mal digeridos conocimientos.

Aún en paridad de situaciones, siempre resulta vencido, sojuzgado y escarmentado el indio con la ley del blanco; y si incurre en culpa o dolo, peor, porque no hay ni el más leve toque de misericordia o perdón.

De donde se concluye que todo es un mar de injusticias, inmoralidades y desatinos, reduciéndose a pamplinas todo ese fárrago lírico y acomodaticio de la literatura desmadejada en favor del indio y sus generaciones.

Esto por lo que al pasado y presente se refiere, porque en cuanto a lo venidero, si desaprovecha-

mos el tiempo, el problema seguirá en sus trece con iguales o peores lacerías.

Impónense, pues, leyes adecuadas y un plan dirigido a educar a los niños indígenas con los mismos propósitos, abnegación y programa trazado para los otros niños, debiendo hacer partícipes a unos y otros de similares atenciones y desvelos, con un amplio y hermoso criterio de humanidad, sin distinciones injustas y odiosas.

Unos y otros deberían convivir en el gran taller forjador de sus almas, compenetrándose y confundiéndose con miras a la construcción de sus destinos, robusteciendo el gran principio de igualdad y confraternidad humanas, principio que conduce a la comprensión sincera y diáfana de la libertad.

Se le vestirá, calzará, aseará y adecenterá al niño indígena, como gestión primaria de la tutela oficial, y con sólo esto desaparecerá de suyo ese hábito circundante que imprime aquel signo de recelo y resistencia para su ubicación, dándole una apariencia de extraño y apátrida.

Porque el indio, pese a todas las doctrinas políticas de los líderes filibusteros, y de las ofertas gubernamentales de todo calibre, no ha sido ni es otra cosa que un paria, un apátrida, por mucho que se lo haya utilizado y siga utilizándosele como miembro de la colectividad nacional.



El indio no sigue siendo sino el botín de la conquista, sin que pueda nominársele ecuatoriano, desde que está al margen de las leyes, de la educación oficial, y de la protección a que es acreedor por parte del Estado. Hasta su idioma, el quechua, es exclusivo de su raza, y la verdad es, que a trueque de mostrar una sosa pedantería, no obstante la riqueza expresiva y galana de la lengua, no se ha tenido la racional prudencia de declararlo incorporado a la cultura nacional, y de modo particular, en el ramo de la educación pública, por resolución oficial.

---

## Democracia y política

He aquí dos dicciones que nos invitan a discurrir a nuestras anchas, sin trabas ni sometimientos que reduzcan la potencialidad espiritual a moldes mensurables y pesados, impuestos por fórmulas rígidas y dosificadas, tal cual si se tratara de una destilación alquitarada o de una producción de compuestos químicos.

Las cuestiones sociales no pueden ni deben ser tratadas de este modo, ni se prestan, naturalmente, a manipuleos ni molimientos en morteros. La volubilidad de su naturaleza escapa a toda suerte de aprisionamientos y exámenes de laboratorio. Tan pronto es hoy un fenómeno para no serlo después, o revestir tonalidades diversas, siendo los efectos amortiguados o agudos según el ambiente o medio en que aquella actúa, adviene o desarrolla.

Por ésto que las nominaciones creadas por la inteligencia sean relativas y siempre retocadas ante el fuerte vaivén de los cambios y conmociones re-

gistradas por la historia, única ciencia que por su empeño en remarcar fechas y más fechas, nos produce el alivio de hacernos ignorar la verdad auténtica, embelesados en las relaciones y cuentos mal o bien hilvanados que ensarta.

Se ha dicho con estirado tono y cierto tufillo sentencioso, que la Política es parcela exclusiva de los grupos *selectos de minoría*, asumiendo los perfiles de un verdadero *tabú* para la masa mayoritaria, a la que se ha tildado de gruesa y embrionaria.

La verdad es que si bien la Política es ciencia y arte difíciles, que requiere esmerado estudio y dedicación, interés marcadísimo ha existido y existe para propagar falsedades y exagerar su contenido hasta los más inconcebibles términos, naturalmente con el premeditado afán de mantener al mayor porcentaje posible, ayuno de los fundamentos y principios que informan esa ciencia y arte.

La política, altamente considerada, es la ciencia y el arte de gobernar, pero no a secas, a tontas y a ciegas, de brazo con la mesada y el poder, sino para que se cumplan los fines del Estado.

Según la forma de Gobierno, el poder viene de Dios a sus representantes en la tierra, y entonces tenemos las autocracias, generalmente monárquicas; o viene del pueblo, siendo los gobernantes sus mandatarios, y tenemos, entonces, las democracias.

En todo caso de haberse aplicado fielmente y con honestidad los postulados científicos, los gober-

nantes habrían hecho la felicidad de los gobernados. La cuestión es que en todas las épocas se ha ejercido el poder mediante el fraude, la fuerza y la violencia, reduciéndose la ciencia política a volúmenes aderezados para la tertulia intelectual o para las fatigosas polémicas y disquisiciones especulativas.

La política como ciencia y arte ha sido meramente teórica, lo es aún y lo seguirá siendo, en tanto en cuanto no se trueque en fórmulas de sencilla asimilación de las que se surta al pueblo, nutriéndolo desde la Escuela, como deber sistemático y ampliamente obligatorio.

Débase a estos vacíos y enredos, que la política haya estado sometida al malabarismo de unos pocos y confinada en cercos de estrechos límites.

Esta circunscripción ha dado margen para que la política deje de ser ciencia en la vida real, en el plano de los hechos, las necesidades y aspiraciones sociales, y solo responda a los menudos requerimientos de un indolente e insano propósito que se ha dado en llamar el **"arte del buen vivir"**.

De este modo, los de aquí y los de allá, cual más cul menos han procurado escurrirse y cabriolear, haciendo flamear en sus manos el arlequinesco título de políticos, y allá se han ido siquiera con la intención de proporcionarse la subsistencia, como la más modesta e ínfima de las pretensiones.

Y la minoría selecta a la que antes nos referimos, calificada como intelectual, es la que en-

fundada en su vanidosa apariencia de científicisco, acapara la Política, y a fuerza de una sobada engañifa y embelequería, se cuelga en el Poder, y ya en éste, lo defiende a pelliscos y dentelladas.

Y es esta misma la que lanza verbos y centellas y echa ranas y zalandijas cuando cae en desgracia, lo que no le impide ponerse de rodillas cuando de servir a las distaduras más corrosivas y deformes se trata. Llegada a este trance, allí se la ve campante y reída, deshaciéndose en reverencias, encubriendo el latrocinio y participando en la orgía, la seda y el oro.

Cuál de aquellos llamados intelectuales que habiendo tomado por asalto una posición o recibido una dádiva, se acuerde y haga memoria de sus rebeldías de ayer? Toda su testa la reblandece a piltrafa, y toda su desafiante altivez la reduce a caramelo a punto de licuarse. Las dictaduras le parecen el más sabroso plato y las oligarquías y nepotismos el aperitivo mejor sazonado.

Reducida la política al **arte del buen vivir**, no hay sino que someterla por audacia o servilismo. Por lo demás, lo único importante es usufructuar sin tasa ni medida la ciudadela asaltada. En cuanto a principios, doctrina, ética, consolidación del programa que poca ha sirvió de burladero, eso queda relegado y guardado como carne en conserva, siempre a la mano para aprovecharlo en las horas en que parece cernerse la amenaza o el peligro.

Las tales minorías se han encargado de relajar y corromper la política, bastardeando el concepto del poder y entronizando la arbitrariedad, la violencia, el engaño y la ilicitud, como sistemas de gobierno.

Dentro de esa política acomodaticia, cualquier mote es bueno, con tal de encaramarse en algún sitio, desde el cual pueda atalayarse algún resbaladero que le conduzca al sujeto hasta la primera posición, quizá la de mayor figuración y valimiento.

Durante la monarquía, la política se redujo a ejercitar la voluntad divina y hacer de tal modo que los otros, la gran mayoría, obedezca y cumpla sin la más ligera resistencia. El poder es absoluto y la corona es dueña de vidas y haciendas.

El grupo minoritario, la casta privilegiada, rodea y defiende al déspota y le sirve incondicional, hasta la abyección, mediante la intriga, la zalamería y las más dudosas posturas.

Explotar, esquilmar, vejar y agobiar al pueblo es lo corriente y común.

Fueron los filósofos y pensadores los que prepararon y partearon la revolución prodigiosa que emancipó al hombre de la esclavitud y de la lobretez deprimente de su ignorancia.

Al declararse los derechos del hombre y triunfar la diosa razón, se estableció incontinenti un nuevo sistema de gobierno emanado del pueblo, de las clases repudiadas y envilecidas. Así fué como

nació la democracia, bajo los mejores auspicios y la más prometidora de las esperanzas.

Para consolidarla y guardarla con el más vivo celo y la más decidida pujanza, se elaboró a conciencia y tras una discusión serena y meditada, el Estatuto o Ley Fundamental de la naciente República.

Empero, para desgracia del género humano, fueron los arribistas, los parásitos del arte del buen vivir, la minoría selecta, los que dieron al traste con esa revolución de alta trascendencia mundial, y como aves siniestras volvieron los despotismos y volvió a reinar la ambición, la intriga y la intemperancia.

Mas, pese a todo, las ideas supervivieron y fueron el germen fecundo para la organización y desarrollo de nuevas gestas libertarias.

América, mayormente interesada que ninguna otra parte del mundo, acogió respetuosa y solícita la enseñanza consagrada por la sangre de un pueblo que tuvo suficiente valor y prestancia para sacudirse de un yugo ominoso.

Y qué ocurrió en América, y más particularmente en nuestro suelo ecuatoriano?

América entera supo aprovechar de la declaración de los derechos del hombre, y prestamente puso en marcha el carro arrollador de las instituciones caducas que la puso en condiciones de al-

canzar su libertad e independencia y liquidar el tutelaje de la conquista y la colonia.

El Ecuador no fué ajeno a estas inquietudes y anhelos, y después de haber hecho su aporte denodado y purísimo a la causa de la libertad, y contribuído a su plena efectividad, se separó de la Gran Colombia para constituirse, como se constituyó, en Estado independiente, libre y soberano.

No queremos, ni la índole de este trabajo lo requiere, engolfarnos en el recuento de hechos históricos, hechos que los tomaremos en su aspecto frío y escueto, tal como los encontramos relacionados.

La política en nuestro país, desde su paso inicial hasta la fecha, no ha sido otra cosa que **caudillista** y de grupos o trincas sin escrúpulos y de una fatuidad desconcertante.

Estos grupos han monopolizado el poder, formando la clase privilegiada o pudiente, y de hecho, han gestado la plutocracia y el nepotismo.

Con mayúscula facilidad han confeccionado los Gobiernos y designado los Gobernantes, sin contar jamás con el pueblo sino para recordarle las contribuciones y su cerril destino, su aquerencia al redil.

Para este objeto, la única misión del Ejército ha sido respaldar la acción preponderante y dominadora de las minorías.

En la primera etapa histórica, la frailesía absorbió el poder y dirigió la administración a sus an-



chas, haciendo visible su influencia y su autoridad en todos los ámbitos de la República.

Con ella estuvieron copadas todas las funciones y enhiesto el estandarte dominador en conventos y sacristías, lugares en los cuales se efectuaban los conciliábulos que resolvían el destino del país.

Todo era ignorancia, oscuridad y miseria moral, viviendo el pueblo sumido en una soporífera superstición que lo hacía tímido y medroso, doblegado ante la inquisidora actitud del fraile y de su voz perennemente amenazadora y henchida de anatemas y admoniciones.

A los gritos de la cruz y el evangelio se penetraba hasta en las intimidades de los hogares y se suspendía la espada sobre las cabezas de los individuos. El confesionario y el púlpito se convirtieron en medios de pesquisa, investigación, intriga y propaganda.

La soldadecza obedecía, sumisa y servil, las órdenes del amo, y nada ni nadie se oponía a la hegemonía de la casta clerical, la misma que gozaba de todos los privilegios y se enriquecía con usura.

En este ciclo de mortal abatimiento, asomó la figura recia y bien conformada de un hombre que, a pesar de su crueldad y tiranía, hizo mucho bien a su patria con sus dotes admirables y fecundas de gran Estadista.

Hombre metódico y rectilíneo, incansable luchador por el engrandecimiento nacional, realizó obras

monumentales y rindió homenaje a la cultura, la que hizo extensiva al pueblo con la apertura de escuelas y centros de enseñanza que, como la Politécnica, han dejado preciosas raigambres que hasta ahora se usufructúa y admira.

Patriota por excelencia, elevó el nivel del país, haciéndolo prestigioso y respetable en el concepto internacional.

La labor de este Gran Hombre constituye una época brillante e inmensa en la Historia Ecuatoriana, y si falta tuvo que tachársele, esta falta no empaña ni empequeñece el caudal de sus virtudes y de su formidable espíritu creador y lleno de admirable prudencia.

García Moreno acarició los más felices proyectos que redunden en beneficio de la Nación y hagan viable su florecimiento civilizador y progresista. Se preocupó intensamente por la educación pública y por el perfeccionamiento técnico del obrero, y empeños no le faltaron para evitar el pauperismo y el relajamiento moral y físico de las masas.

A fuerza de rígida disciplina se propuso hacer de cada ciudadano un hombre racional y un ciudadano correcto e íntegro. En su tiempo, todos debían cumplir con su deber, y así aconteció, ante el ojo vigilante y avisor de ese genial Estadista que siempre fue el primero en la faena cotidiana.

El paso de este hombre por el Poder salvó en parte esa oscura etapa histórica haciendo menos

repugnante su recuerdo. En lo interno fué patente la unidad nacional; en lo internacional, el país alcanzó grandeza y respetabilidad.

A esta etapa se le denomina la era Garciana del partido azul o conservadorismo.

El conservadorismo, naturalmente, remarcó su odio de clase y de raza y se encumbró en aspavientos de sangre y linaje.

Estableció sus cercados y huertos políticos donde sembró y cultivó con esmero sus áulicos y corifeos, palaciegos y aurigas.

Y solo de estos huertos arrancó los frutos que más tarde entronizó en el poder. Los habidos fuera merecieron siempre repudio, así fueran más ricos, jugosos y limpios de cuerpo y de alma.

Riquezas, honores, regalías y poder estuvo en manos de ciertos grupos germinados en la aristocracia de frailesía y latifundio. Nada ni nadie pudo resistir a sus endiabladas supercherías, ni protestar contra su ambición insaciable.

Reinó la oscuridad y la hipocresía y las tinieblas se hicieron.

He aquí toda la política reducida a mero instrumento en manos de unos cuantos.

Surgió entonces la protesta viril. El verbo fué incendiario y se elevó en soberbias columnas de fuego que todo lo inflamó. El gesto fué bravío y gallardo. Todo se preparó y de todo medio se echó mano para reducir a la bestia en su cubil.

El combate se declaró. La juventud idealista y remozada fué a la lid. Con su empuje vigoroso arrolló al contrario y lo puso en cobro. Triunfó ampliamente sobre su rival y a la postre, tras épicas batallas, tremoló la bandera roja del liberalismo.

Duro, cruento y epopéyico fué el advenimiento del liberalismo. Demandó mucha brega y enorme sacrificio.

Así comenzó la segunda etapa histórica.

La patria contempló con briosa emotividad las luminosas figuras de dos ilustres genios: Montalvo, que preparó con su ática y portentosa pluma el vencimiento de la nueva ideología libertaria, y Eloy Alfaro, el invicto soldado que la consagró e hizo tangible.

Difundiose la libertad, y hasta el aire hinchó sus velas de codiciados anhelos para derramarlos a modo de haces de luz en todos los rincones patrios.

Desatáronse las amarras, y los espíritus, con febril celeridad, se holgaron hasta saciarse. Todo adquirió transparencias sosegadoras y los ánimos se volcaron en entusiasmo vibrante e incontenible.

Alfaro, batallador de fuste, no cejó en el empeño de consolidar su obra, y para ello, acudió a la Ley y a las Instituciones para verla cristalizada.

Y así lo hizo, con sagaz prudencia y madurez de juicio.

No hay duda que el Viejo Luchador fue otro Estadista, de los dos o tres que ha tenido por suerte el

Ecuador, que dejó huella imperecedera con su inagotable patriotismo y su magna labor efectiva.

La nueva y juvenil doctrina política prometió mucho, y el pueblo, por momentos, creció en esperanzas y viose a punto de ser redimido.

Empero, si de un lado se le participó la buena nueva y se le predicó el disfrute presente y futuro de libertades, de otro, se le defraudó, decidiéndose mantenerlo en la inercia y en una ceguera tenebrosa.

Hubo de tomar la esclavitud una nueva modalidad, la que proyecta la ignorancia y el despotismo subrepticio.

Así lo decidieron las minorías selectas, los novísimos grupos adueñados del poder.

Alfaro, muy generoso con su gente, llevado de su numen proselitista, tomó de la mano a tanto aventurero afortunado y lo cubrió de gloria, riquezas y poderío. Satisfizo a manos llenas todo pedimento y cualquier necia ambición.

Con estos errores y descalabros, comenzó el principio del fin del liberalismo.

La doctrina, preterida y expulsada del Gobierno, no fué utilizada sino para encubrir nuevamente el **caudillismo**.

Teóricamente, siguió siendo el liberalismo la inspiración y la guía de algunas mentalidades, pero prácticamente, no fué conocida sino como **Alfarismo**.

Los grupos se suceden unos a otros y luchan con increíble frenesí hasta el extremo de campaar la injuria, la bajeza y la calumnia.

La Política viene a ser una suerte de profesión u oficio en que se adquiere distinción y méritos según el grado de audacia, cinismo, desvergüenza y esbirrismo empleados.

Por ésto, no ha sorprendido que un grupo de oposición haya tronado contra los abusos del Gobierno y criticádole aguda y sangrientamente, empleando la burla y la sátira punzantes; y con esta actitud y arrebatos haya pretendido por tal suerte, defender los derechos y los intereses del pueblo con clamores de apóstol y de mártir, sin importarle ni medir las consecuencias; y a poco, este mismo grupo se haya desbándado en el anónimo, bien porque el Gobierno objeto de la sedición tuvo suficiente habilidad para frenarlo y mercarlo; bien porque aquel refundióse en el asalto al poder, enquistándose en los mejores cargos y con suculentas remuneraciones.

Ya expusimos que la Política, en estos trigos, no es sino el arte del buen vivir. Hay que dejar hacer y dejar pasar. Ser oportuno en el aplauso, en el discurso ocasional, en el verso mercenario, en la loanza y en la dádiva; adular al amo y ser un cínicco y un invertebrado.

Preocuparse de la Patria y de los derechos e intereses del Pueblo sin sandeces y fruslerías impropias de la Política; esto no cuela para las funciones y pensamiento del férreo oposicionista de

ayer y de todos los tiempos. Tal preocupación pudo explicarse únicamente para el lapso en que por ser mala la situación del político, le fué menester cohonestar sus ambiciones con retóricas falaces e insinceras.

Liberalismo. Quién ni quiénes hablan de la bondad de sus postulados sino es como medio para proporcionarse, por lo menos, la subsistencia? ...

La política es la manera más cómoda de obtener posición y riqueza, o siquiera un empleo.

La política así entendida prohijó otro arte, el del palanqueo.

Hay sujetos que han tecnificado el palanqueo, de tal modo que no falle la colocación, el contrato, o la negociación con el Gobierno.

Se ha hecho intervenir a la mujer para mayor seguridad en el éxito, sobre todo para cargos de alguna importancia y de indispensable desempeño en el exterior, como los diplomáticos y consulares.

Más que el convencimiento íntimo de una doctrina política, ha sido el usufructo de una remuneración, de un privilegio, de una canonjía, lo que ha obligado a un sujeto a proclamarse liberal, conservador o socialista. Aquello de los principios no ha tomado sino como una contraseña o pase libre; en el fondo no ha sido nada o ha simpatizado con diversa disciplina política.

Qué se ha hecho y consumado durante tanto

tiempo? .... Qué se ha hecho y consumado hasta ahora? .... El 9 de julio de 1925 es la gran fecha en la que se inicia la era de la postración de la República, la conocida por **era juliana**.

La democracia no ha tenido en ningún instante su cumplida realización. Las libertades han sido objeto de disquisición intrascendente y cada vez más aherrojadas y combatidas por los acaparadores del poder.

La fuerza armada, como verdadera fuerza, ciega y mecánica, ha servido con mansedumbre doméstica las imposiciones oligárquicas, sin discutir su origen ni averiguar lo lícito o ilícito, lo moral o inmoral del mandato.

La casta militar ha cooperado con beneplácito y con lealtad canina a la consumación del fraude y del atropello. Un centenar de veces usó del arma para masacrar al pueblo y cubrirse de gloria y de medallas.

Mientras el Gobierno violó las leyes y esquilmo las cajas fiscales, el soldado fué el más obediente e incondicional protector y encubridor de estos delitos.

La función electoral, demostración cívica por excelencia de las democracias, fué confiada a la superchería militar, la misma que siempre rindió sus frutos en provecho de los usurpadores del Estado.

El Ecuador no ha dejado de estar en manos de grupos ambiciosos y mercantilistas. La logia ma-



sónica también, y en mayor proporción, con sus hermanos deslizados y ubicados en todos los sitios, ha incrustádose y tomado su puesto en el festín.

Semejantes trincas de naturaleza parasitaria han hecho de la política una presa fácil y productiva, sin que para llegar a su seno haya sido necesario capacidad, virtudes y patriotismo; lo contrario, ello ha sido más bien objeto de persecución y de visible enojo.

Con dictaduras o sin éstas, ha prevalecido la orgía oficial y el más desvergonzado despilfarro; se ha trastornado groseramente las Instituciones Legales, y de la Justicia se ha hecho un papel inútil y pringoso.

Cuando el cansancio llega a su climax; cuando el ambiente se torna insoportable y denso, levántase entonces un clamor público, presagio de grandes acontecimientos.

Fué así como advino el 9 de julio de 1925, fecha en que la revolución fraguada por el elemento militar terminó con el agónico y decadente gobierno de Gonzalo S. Córdova.

Desde luego, bien pronto degeneró el programa de reivindicaciones que se hubo propuesto la revolución por los astutos manejos y almibarados devaneos de que fueron porfiado objeto los gestores de la revuelta.

Las logías masónicas y todos los elementos ligados a los grupos pudientes desplegaron sus acti-

vidades, y no cedieron un ápice hasta no coronar el éxito más halagador, como fué el desplazar a los sedicentes y acaparar todos los poderes del Estado.

En la fase inicial del proceso reaccionario, los comentarios fueron favorables, pues todo hizo presumir que las cosas iban a tomar nuevos aspectos y que los problemas nacionales iban a resolverse con criterio radical y decididamente innovador. El optimismo más consolador apropióse del espíritu colectivo, y en mayor auge, el de las clases preteridas.

Sin embargo, poco a poco fué perdiendo prestigio y solvencia moral la actitud levantisca del sector militar, y al fin, la conducta abiertamente dudosa y resquebrajada de los militantes, autores y cómplices, fué condenada y lapidada, creándose una fuerte situación de subida beligerancia entre el pueblo y el militarismo, el mismo que para esa época habíase hecho blanco de la burla y la sátira popular, efecto de su odio y mal contenida repugnancia.

Es de advertirse, que el más insignificante de los oficiales hizo gala de fatuidad y de un insolente aire mandonil, fiel reflejo de ese vidrioso ciclo, lo cual, sin remedio, trajo consigo resistencias y reacciones mal reprimidas.

Es de creerse que el militarismo, sintiendo fallar el suelo ante el alud incontenible de su rotundo fracaso, incapaz de resolver o afrontar por sí solo ninguna situación política, económica, interna-

cional, etc., para no perder por lo menos su pitanza y su participación, aunque fuese irrisoria, en el botín revolucionario, hubo de recostarse indolentemente y todo entero, sin reservas ni condiciones, en brazos de los grupos de componenda y succión.

Fué así como, no se habían disipado aún los estragos del torbellino y la borrasca impulsados por el recién fenecido régimen, cuando arreció ya el temporal con mayor furia y arrebató.

Enseñoreado el derroche y el lujo, la flamante Dictadura, forzado parto de la milicia metida en honduras, se regodeó en el boato y en un ruidoso mecanismo de chirridos dinásticos, y allí viósele al improvisado monarca metido en berlina de cuatro caballos, rodeado de un séquito armado de follones a caballo.

Contraste más cómico no podía darse, ni que la suerte le juegue más negro a este país pobre y desarrapado.

En tanto el Jefe y los testafierros hubieron en el despilfarro y la nadería, el pueblo sumióse en la miseria y la más descarnada y miserable de las vendimias espirituales.

Resultó bastante dramático que mientras el país anduvo a gatas en industrias, comercio, obras públicas, vialidad, producción, salubridad, alimentación, higiene, trabajo y técnica; y a tientas, larvado, en educación, ciencias, artes y cultura en ge-

neral, se emplearan los dineros fiscales en orgías, banquetes y rumbosidades cortesanas.

Si antes del 9 de julio anduvieron muy mal las cosas, a partir de esa fecha, no pudieron ser peor.

La era juliana es la más insignificante e inocua de la historia nacional.

Durante ésta se sucedieron las dictadurillas, y se relajó tanto la Magistratura, que el militarismo progenitor de tanto revoltijo y ajetreo, anduvo a caza de cualquier figurón, así fuera lo que fuese para sentarlo en el Capitolio.

De este modo, la suerte de la Nación quedó encadenada al capricho vesánico, la ineptitud y la servicia despótica.

Si antaño fué obra de algún esfuerzo y de cierto pundonor alcanzar un ascenso, en la época juliana se redujo a mero malabarismo y juego de atrevimiento dormir capitán o teniente, o algo menos, y despertar con galones de coronel y general, y todavía más, en trance de ocupar la primera magistratura, con la más infatuada pretensión.

Y es que así fué la época. Cualquier adocenado entre chistoso y zahorí, púsose de pies para ser enlazado y conducido a la Dictadura y a la Presidencia.

La vulgaridad y el chiste campearon en el Gobierno, y la más generosa condescendencia con los mantenedores de éste fué el arma empleada para mantener en maridaje cordial a grupos de militares y civiles adueñados del tablado político.

La protesta fué perseguida hasta en los propios labios del infeliz gobernado, quien ni siquiera pudo apelar al discreto bisbiseo. Tanta y tan feroz fué la opresión y la escucha que hasta las paredes fueron pesquisas serviles. No hubo medio, alto, medio o ínfimo, que no estuviera minado por el ojo o el oído acechador. Hasta los lugares más inofensivos no carecieron del lobo famélico y belitre. Hasta las mujeres, de todo rango, clase y condición, fueron copadas para servir tan ruin oficio.

Y por si no fuera bastante con aquello, hubo dictadorzuelo que sin mirar atrás, cuando su desmedrada humanidad rumió necesidades inconfesadas en los bancos del Parque de la Independencia, al calor de misericordiosos rayos solares, matizados con chistecillos malos, confeccionados a costilla del transeunte, decretó una ley más infame y acre que la propia esclavitud quedaba corta.

Y en estas condiciones, de tumbo en tumbo, estertóricamente, siguió deambulando la patria ecuatoriana, como tierra de nadie, en una travesía ruinosa, en un campo de iniquidades, sordideces e inmoralidades sin cuento, hasta llegar al descalabro y al borde de un abismo de oprobio y deshonor, deshecha su dignidad y en girones su bandera.

La acumulación del despotismo culminó en el arroyismo. No pareció sino que el devenir de los años flacos, mustios y deprimentes, crecidos en intensidad dosificada, prepararon el cimiento donde

luego se irguió la relajación más completa y jamás sentida en la historia nacional.

Porque la relajación abarcó todo y todo lo dominó.

Murió el civismo sin dolor y sin angustia, porque las almas estuvieron como arrecidas, insensibles a todo estímulo, efecto de una larga y penosa subyugación y del tósigo mortífero del silencio humillante.

El Poder Legislativo, con delectación morbosa, con sobresalto meticuloso de fámulo, estuvo siempre presto para satisfacer con creces los menores caprichos del omnímodo devorador de voluntades y seres.

El arroyismo fué más que Arroyo, y su sólo nombre fué la Ley y el Estado. A su conjuro siniestro cayeron las Instituciones rendidas a sus pies, y la misma Iglesia, con su mitrado a la cabeza, cooperó en magnífico contubernio con el mufti, a la mantención de la tiranía en su más extrema tirantez.

La intelectualidad, esa intelectualidad de siempre, la del arte del yacer, incapaz de percibir el peligro ni de medir sus derivaciones, no mostró desagrado ni picó su sosiego. Siguió de hinojos, como ya lo había hecho antes, en su sesudo y equilibrador entrenamiento con dictaduras anteriores, con el paladar satisfecho y la conciencia tranquila.

Está bien visto y averiguado que la intelectualidad abjura de sus convicciones con el señuelo de las recompensas liberales. Nada más ordinario y común, por ello, que rinda pleitesía y homenaje a una dictadura a la que poco antes exorcisaba, retándola con los más duros y ásperos adjetivos.

Este procedimiento se explica por sí mismo, por el derrotismo engendrado por un potente materialismo, lo que no empece, desde luego, por una suerte de milagrosa compensación, para que el intelectual no renuncie del todo a ciertas aspiraciones e ideas que conserva latentes con respecto al destino de la humanidad, de su país y de la civilización, a manera de "simpatías", las mismas que quedan retenidas en un terreno llano y sentimental, apasionadas pero vagas y estériles porque coexisten con una actitud de "espectativa" que las contradice o las contraría.

Claro que esta especie de embeleso claudicante consuela medrosamente, pero contrasta con la posición de bizarra cultura que debería corresponder a la intelectualidad.

Ser o no ser es el binomio por excelencia que decide la personalidad individual, con mayor razón, si el hombre es ilustrado y culto.

Permanecer fiel a las ideas y servir las hasta el sacrificio, sin jamás usarlas como medio para urdir la mentira y tejer la red de la comodidad perso-

nal, es obra de espíritus escogidos que se codean con el héroe y el genio.

El fatalismo de nuestro país ha querido dispensarnos sólo la claudicación mendicante, con raras excepciones que siguen siendo la estela luminosa y el mentor solícito de las generaciones actuales y venideras.

El esperar, el creer, son formas mitigadas del querer. El juzgar conduce inexorablemente al hacer. Aún estamos en el querer; que el juzgamiento ulterior analice con sagacidad y prudencia, sopesando las situaciones, para que el hacer no quede limitado al eterno creer y esperar.

Y en este trance oscuro, untuoso e indeciso, surgió el Arroyismo, con el más horrendo y funesto augurio.

Arroyo subió al poder auspiciado exclusivamente por las camarillas masónicas y las trincas sempiternas, en abierta pugna con los sentimientos del pueblo.

Con el consabido fraude electoral, protegido por el militarismo complaciente de todos los tiempos, llegó Arroyo a la Presidencia, titulándose, con cínica petulancia, Presidente Constitucional.

Con tan bastardo antecedente, en franco divorcio con todos los sectores libres del país, Arroyo se creó una atmósfera densa y pesada, de odio y antipatía crecientes, agudizados más y más, por su natural irradiación de repugnancia y por su talante or-



gulloso, agrio y ceñudo que sólo infundía recelo y tedio, malestar y una suerte de repulsión como aquella producida por bichos viscosos y escurridizos.

Prepotente, fatuo, pagado de sí mismo, saturado de cierto determinismo que lo hacía fincar en su buena estrella, la misma que le había sido pródiga en infinitos aspectos, a costa de muy poco, hasta elevarlo a la Primera Magistratura, se enfrentó abiertamente con el pueblo y opuso su fuerza y la abyección de sus aduladores a la fuerza de la opinión pública.

No declinó en su porfiada obstinación ni restó calor a su testarudez, y siempre, y en toda ocasión, hizo gala de su ánimo irreconciliable y de su testarada, cundida de gesto despreciativo y matonil.

Arroyo pudo hacer algo para conquistar los afectos del pueblo; pero su empeñosa faena fué escindir con las más elementales reglas de prudencia; andar a trompicones con las normas de decencia gubernamental; corretear y saltar por encima de las instituciones y de las leyes, esgrimiendo y ensalzando el abuso, la falsedad, el desvío y la violencia. No parecía sino que el hombre dejábase arrebatado por el demonio interior de su despecho sádico y de su proclividad al daño; de su irritabilidad y de su nerviosismo accionados por la codicia y la vanidad ególatra.

Donde puso su mano quedó la huella de la co-

rrupción y del soborno. Tanto hizo y a tanto llegó, inclusive la traición y el crimen de lesa patria, que quizá nos dio a entender que su paso por nuestro suelo fué esencialmente fatal, como que su sangre jamás fué ecuatoriana, siendo un mero accidente el que viera la luz en esta generosa y acogedora tierra.

Los hombres y las cosas tienen algo que la intuición pública no se equivoca. Así se explica la monstruosa y terrible resistencia que siempre mostró el pueblo para Arroyo del Río, a quien escupió hasta en efígie.

Hasta su gira internacional estuvo plagada de insana petulancia, siempre rubricada por ese prurito morbosos de halagar a su yo, exclusivamente a su yo. De aquí que sus discursos estén recargados de lirismos fuliginosos, cuyo denominador común es el restallar de una charlatanería vacua e insustancial con la cual pretendió cautivar la atención de sus oyentes, los mismos que por su sensatez experimentada, dejando el juicio para su colete, tuvieron el piadoso y cortés gesto de premiar con palmas la peregrina soltura del viajero.

Su política interna e internacional estuvo sembrada de errores preconcebidos y de convencionalismos mercenarios. El interés creado suplantó al decoro y a la solvencia moral. Todo se ajustó a un mecanismo confeccionado en el silencio y en las sombras. La pandilla amaestrada con habilidad

gatuna, se desparramó con ansias febriles y voracidad felina. Correos, cómplices y encubridores fueron objeto de caricias y sonrisas protectoras. El militar atisbó también, como siempre y en toda época, la migaja del ascenso y el espaldarazo del señor y amo.

La revolución, pues, del 28 de mayo, no fué sino el estallar del mal presentido; fué el arrancamiento de una cuerda demasiado tensa; fué la caída de un edificio socavado, minado por dentro y por fuera; fué, en fin, el postrer aliento de la bestia herida y acosada.

**La revolución no la hizo nadie;** la engendró, cuidó y vigiló hasta su alumbramiento el mismísimo Arroyo, desde el instante que se encimó en el Poder contra el furibundo y fantástico cleaje de la oposición.

Y Arroyo del Río sucumbió, atosigado, frenético, desmadejado y maltrecho por la crisis tremante y terrible de su propia obra y de su insulsa e innata cobardía, porque cobarde fué siempre, cobarde hasta en el reposo y en el manejo de su odio.

La cobardía le hizo aceptar el mando, confiado en su buena suerte; la cobardía le mantuvo en éste, amparado en la fuerza del soborno, el cohecho, la granjería y el incondicionalismo tristísimo de sus protegidos y subalternos; la cobardía le martilló la conciencia, le hurgó cruelmente hasta la médula y le rompió las coyunturas; la cobardía le abrió ásperamente los ojos para hacerle ver un cuadro de san-

gre y de intestinos rotos y desparramados; de miembros tronchados y de huesos calcinados por el fuego purificador; la cobardía le impuso **la renuncia del Poder**, sin que su hueste mortecina y también cobarde, se atreviera ninguno a detener su mano convertida en instrumento de justicia, el único acto de justicia que tuvo esa mano.

Nadie, por tanto, puede ni debe arrogarse el título de gestor o facedor de la revolución de mayo. Esta fué un regalo y una bendición del cielo. Los hechos que sucedieron posteriormente, con solución de continuidad, no fueron sino el efecto natural y necesario.

Y fué así como lo inconmensurable, lo desconocido, actuaron con precisión matemática e inevitable en el desarrollo fenoménico, produciendo aquella perplejidad que adopta lo inesperado y fortuito, tanto, que en los primeros momentos asomó cierta inercia y dubitación, hasta que la realidad concreta y tangible echó a la calle a las masas en busca de alivio apaciguador y tonificante.

Y derrumbóse el arroyismo dejando un vaho asfixiante y enrarecido; un tufo sombrío y vermicular, como de cuerpo en plena descomposición.

Y las masas desperezaron sus nervios y estiraron sus miembros en un desahogo poderoso e ilimitado; con plenitudes de fiesta y paroxismos triunfales.

Luego, advino el hombre con la pujanza irresistible de su verbo sano y promisorio; de su infatiga-

ble dinamismo creador, con temple combativo y recio, alado, libre de vinculaciones; rebosante de virtudes y patriotismo.

Y el país, todo el país púsose en tragín dominiguero para recibirlo. Todos los sentimientos y sentidos se sumaron, y un solo grito emocional, sincero y espontáneo, rizose de luz y de color para llegar hasta él en soberbio homenaje.

Así culminó la gesta sublime del 28 de mayo, concebida y resuelta por un grupo heroico y legendario de muchachos conscriptos, los mismos que, ebrios de amor patrio y de ardor juvenil, ansiosos de paz y de justicia, arremetieron incontenibles hasta abatir y dar segura caza a los leporinos mantenedores de la tiranía y el despotismo.

Y si alguien es acreedor a la gratitud de la patria y de merecida loanza, ese alguien no es otro, sin disputa, que el muchacho conscripto. Desinteresado hasta no más, soñador y romántico, codicioso de ideales y de libertad, renuente y batallador, tuvo su desplante quijotesco de armado caballero, y por allí se fué, seguro de sí mismo, con la fe de los años mozos, risueño y alborozado, impulsado por el deber y sin otro fin que la patria misma.

Y cuando todo estuvo consumado nada reclamó ni nada dijo. Regresó a su hogar, a los suyos. Allí está y seguirá. Confundido en el montón anónimo, sin pujos ni figuraciones. Quizá padeciendo hambre y necesidad junto a su familia. Quizá no;

pero siempre sin reclamar nada, ni decir nada.

Y los que fueron sacrificados? ... No se cuenta ni importa. Palabrería vana e insustancial sobre ellos. Y eso basta. La política no puede detenerse en su carrera. Son sucesos y nada más que sucesos que deben arrinconarse en la sombra o en la penumbra vaga. La Historia debe hacerse con trapos vistosos y flamantes, cuesten lo que cuesten y aun cuando no tengan relación alguna con la verdad; aquella verdad que asusta y deprime las conciencias acuñadas con el dolor y la sangre de otros.

El Gobierno actual, por tanto, no se debe a ningún grupo o camarilla política. Se debe a una intervención plebiscitaria total, libre de influencias de toda naturaleza. El pueblo impuso su voluntad y resolvió acorde con sus deseos. Atinadamente y con sobra de juicio realizó un acto de sincera y diáfana democracia, aun cuando todavía caudillista.

El Mandatario, pues, a quien le cupo encarnar los anhelos de un pueblo y representarlo, no puede verse enredado en los fastidiosos hilos de la política criolla, la misma que siempre amanece para aprovechar las primicias de un cambio espectacular, y adelantarse a los primeros sitios, so pretexto de proteger los postulados de una revolución que siempre se ignora.

En esta sazón, bástenos consignar que el Primer Magistrado de la Nación, a quien, por mil títulos, se llama "el Hombre de América", por su excep-

cional capacidad y ejecutorias, antepondrá frente a intrusos y oportunistas los intereses de la patria, a fin de no ponerlos en peligro, ni estarán en vilo y cuidado, tampoco, los derechos y libertades restituidas, y la paz, soberano fundamento de la convivencia social y del desarrollo de la cultura.

## Partidos Políticos

Tanto monta que éste se llame así, aquel asado y aqueste cocido, cuando en el fondo todos son tunos.

Un partido político requiere sobra de honestidad y buena dosis de capacidad.

Si la política es el arte y la ciencia del Estado, en función creadora y dirigida a cumplir los fines elevados y humanos del mismo, todo aquello que se desvíe de ese marco, aun cuando encubra su posición con hojas de parra, adoptando nominaciones del más variado y multicolor género, es mero aglutinante de individuos que buscan su acomodo particular en las inquietas y rehacias turbulencias del oleaje humano.

Nada hay más perturbador que esa colada de sujetos que se juntan con los propósitos más sonoros y poniendo en alto el nombre de la patria y sus sacros intereses. Se dice mucho; se charla más, y se ríe lo bastante para despreocuparse de la sote-



rrada intención que cada presunto agraciado lleva consigo.

Es por ésto que en nuestras latitudes, un partido político no ha sido sino un conglomerado de hombres que saben simular mucho para su exclusivo beneficio, mostrándose permeables a cualquier proposición nociva o de naturaleza frágil, servil y proselitista.

Llámesese liberal, conservador, socialista, el partido es vermicular excepcional de gentes que se aprestan a copar situaciones e invadir la burocracia. La cuestión estriba en desplazarse los unos a los otros, sin escrúpulo alguno, algo así como las generaciones parasitarias que se suceden por desplazamiento radical en las fosas sepulcrales.

Débase a esta especial aptitud destructiva, la circunstancia nada extraña ni rara, de que en tal o cual partido se produzcan a menudo incisiones y disidencias, algunas tan fuertes y corrosivas, que astillan, tuercen y dan en tierra con la unidad política, lo que equivale a una verdadera sedición planeada y resuelta por unos componentes contra otros.

Cuando los sedicentes se suponen afianzados en cierta fuerza y que ya disponen de alas para emanciparse, se alejan de sus compañeros y camaradas de ayer, y en casa aparte, ocúpanse en tejer la nueva red que sirva para todos los menesteres, sin descuidar lo concerniente a la intriga y todo aquello que condimente el encono apasionado contra

el que fue su progenitor y que luego lo aprecia como simple competidor.

Los flamantes grupos adobados de semejante manera adoptan las divisas más sosas e inequívocamente festivas, como confeccionadas para obra de contrapunto y capricho y no para ser tomadas en serio y con matiz perdurable.

Efectos peregrinos de esas conversiones, desatinos y deslealtades, son esas donosas nominaciones de “Vanguardia Revolucionaria”; “Liberales socialistas”; “Liberales Independientes”; Frente Democrático”; “Conservadores Independientes”, etc. nominaciones q’ si bien cumplen un motivo de resentimiento y enojo, no prometen nada ni llenan aspiraciones renovadoras que impriman nuevos rumbos a la doctrina esencial, ni hagan presumir un remozamiento en la técnica y en el ejercicio y difusión de aquella en las masas, finalidad ésta de indiscutible y enorme trascendencia.

Cada agrupación que echa a correr su individualidad repentina, lo hace por apartamiento, rezongando verbos e interjecciones que tienen como único antecedente enemistades, odios y postergaciones.

Esto explica suficientemente por qué los individuos se acoplan y se muestran afines en veces, si de formar figuras de ratón se trata, sin que en ello vaya otra suerte que un particular interés.

Es inútil expresar que el principio científico

que anima a las doctrinas políticas es diverso en cada una, pero prevalente también, sin que sea posible admitir una parcelación del mismo, con tal medida y criterio que cada parcela signifique, por este solo hecho, un nuevo partido.

La condescendencia forzosa con que las células sociales han visto y tolerado esas segmentaciones políticas, que han dado amparo a muchas agrupaciones, ha sido y es causa para tantos errores funestos y tantos desgraciados desabrimientos, ya no solo en perjuicio de la ciencia misma, en el campo especulativo; sino también en el de la vida del Estado.

Lo que más fecundiza la evolución social e imprime mejor impulso a la máquina política, es la unidad doctrinaria, fuerte y sinceramente sostenida, auspiciada y protegida. Rota esa unidad, fragmentada, hecha girones de banderías y circulillos, desaparece el matiz esencial que da color y concreción al partido político.

La unidad doctrinaria excluye todo lo extraño, falso y espúreo.

Un partido político no se debe a la simple reunión de hombres; se debe al principio científico que está por encima de esta modalidad de hecho. El principio es uno y a él quedan sometidos los conceptos y las opiniones, conceptos y opiniones que si bien desempeñan el oficio de modificar y pulir el principio, no sirven, ni con mucho, para confinarlo.

Mientras más se tienda a perfeccionar la unidad, más robustecimiento y síntesis de valores se produce en un sector político. A mayor unidad, mayor cohesión y mayor asidero para el afianzamiento y solidaridad de todas las energías.

El desperdigamiento de conciencias a títulos gratuitos y artificiales no se traduce sino en relajación y ofuscación, cuyo denominador común es el soliviantamiento de las pasiones irrefrenables.

Destruída la unidad por el auge de inconfesadas ubicaciones, el interés colectivo que es del pueblo, queda pospuesto y relegado a último término.

Por ésto que todas las transformaciones políticas brotadas por revolución, o por la marcha arrolladora del tiempo, en un oleaje de accidentes imprevistos, al enseñorearse los gestores del Poder, titubeen ominosamente hasta abdicar y claudicar en un tempestuoso huracán de odios, recelos, inconformidades, imputaciones estériles y derrotismos mustios que constituyen el último refugio de las almas resignadas y medrosas.

Las fuerzas constructoras del bien público, de la ley, la moral y la justicia, no se canalizan por la fuerza elevada a la categoría de poder político, sino por la persistencia de una acción educadora e inteligente y por una suerte de abnegación purificadora, de ejemplo y de virtud.

Así como el individuo demanda miramientos y una prudente dirección para embeberse de cultura,

también los pueblos exigen sacrificios y profundas lealtades de sus dirigentes.

Un partido político, ante todo, debe ser educador de multitudes; llegar hasta la entraña de éstas para nutrirlas de razones y de ideas claras y bien tamizadas.

Un partido político es función y labor permanentes, bien para lograr un seductor florecimiento; bien para alcanzar una justa preeminencia; bien para difundir principios y postulados.

Un partido político que cumple a conciencia sus deberes, definiendo está el destino de un país y la suerte de sus instituciones, leyes, creencias, tradiciones e historia.

La democracia fuera un laxo concepto técnico, sin posible objetivación, de no existir los apropiados partidos políticos que la hagan real y tangible. Son éstos, cuando se estructuran de firme y con el estímulo febril de un verdadero apostolado, que la imponen y vigorizan, haciendo de ella una razón de vida o muerte de un Estado.

La anarquía y el desenfreno son la negación de la democracia. Los partidos políticos tienen como fin controlar y dosificar la violencia y ceguera de las masas.

Un partido político es fuente de educación y de conocimientos cívicos y políticos; no es agencia de colocaciones o de publicidad mercantil.

Agrupaciones confeccionadas con el objeto de

tolerar y auspicar el chisme, la intriga, la injuria y la calumnia, o para favorecer posiciones en las que se acentúa la recomendación y el simple valimento familiar o amistoso, no son ni pueden llamarse partidos políticos.

El partido político tiene como interés primordial mantener incólumes los derechos políticos y la libertad humana, procurando que aquellos y ésta, al consagrarse en la realidad, sean el mejor incentivo para la elevación del patriotismo y del nivel cultural, político y económico de los individuos.

La labor de un partido político es lenta y persuasiva y requiere muchos lustros para apropiarse del corazón y la conciencia de las multitudes. Reunirse y ensamblarse los individuos esporádicamente por motivos eventuales y de relativa monta, como una elección para un pretense y aventurado asalto al poder público, o fabricar recomendaciones para empleos, funciones y magistraturas, o para obtener contratos, viajes y privilegios, no es, ni remotamente, una tarea política.

La política no es deporte ni medio de vida para desocupados pobres o ricos: los primeros, porque andan en cuitas por engarzarse en la empleomanía; los segundos porque se andan a puño de mulo, no importa que la enjalma se les vaya en tantos corcobos al ombligo, por hacer de figuras influyentes y de muchos valimentos, sin que valga para el caso

detenerse en punto a capacidad, cualidades y calidades.

Al organizarse un partido político, lo primero que plantea y resuelve, para asegurar su ingerencia y predominio ulterior, es la cohesión de sus elementos sin preferencias ni distingos que no sean los provenientes de una sana y virtuosa prudencia, dando cabida sucesiva a todos para que ejerciten sus capacidades y energías, sin negar acceso al que muestre ascendrado y pundonoroso convencimiento aunque falle en ciertos aspectos ilustrativos que en definitiva los puede captar, si de ello depende su formación ideológica integral.

Si los partidos políticos son Escuelas de civismo práctico; de enseñanza y cultivo de las libertades; conocimiento de las funciones y desenvolvimiento de las sociedades políticas, mal puede introducirse el virus de las postergaciones y de las desigualdades que notoriamente provocan el desbande, el despecho y la crítica solapada y mordaz, síntoma protervo de egoismos y rivalidades.

Si la disciplina impone sacrificios en provecho de la cohesión y la solidaridad de los componentes, mal concebida y peor aplicada, supone falta de honradez y corrección, lo que revela que unos se tragan a los otros, a fuer de vivos y taimados.

Un partido político fuertemente estructurado, con la potencia de un valor unificado, no tiene vaivenes, peligros ni avatares; es el mejor y el más

grande orientador de la opinión pública, y si de combatir tratase, sea el terreno en que fuese y el frente que se le oponga, allí está con las ideas y la acción; con sus hombres y sus pertrechos ampliamente acondicionados.

Por todo ello que los partidos políticos son indispensables para la vida del Estado. Su decisiva influencia educadora hace que el hombre sienta y aprecie su personalidad de tal, aprestándose de este modo para enrumbar su conciencia y penetrar de lleno en la telesis y convivencia social. Y lógicamente, al hacerlo, advierte jubiloso que se pertenece al Estado y que forma parte de su conjunción política como elemento activo y conciente, sin causarle extrañeza ni sobrecogerle, por tanto, su composición orgánica y el cotidiano desarrollo de sus diversas funciones. Observa, de otro lado, que los demás hombres, al igual, piden, exigen, piensan, trabajan y vigilan el poder público y a los mandatarios encargados de ejercerlo, y de esta manera, que todos, con una sola y hermosa finalidad, se afanan por realizar el bien y la felicidad humana, en un ambiente de libertad e igualdad, fruto de una serena y activa democracia.

En posesión de las consideraciones que anteceden, forzoso resulta concluir, sin reserva, que los partidos políticos de fuerte raigambre nacional y de positivo entronque con la opinión pública, no han existido, sino en mentes, en nuestro país.



Las agrupaciones de hombres se han forjado al calor de intereses recíprocos, buscando habitualmente la **sombra protectora de un caudillo para medrar parasitariamente.**

Para la dirección creadora y responsable han designado habitualmente a hombres de cierto apellido y de cierta figuración social, mas nunca a los de ahinco y de saludable vigor, iconoclastas y de inteligencia irreductible, como si un temor inconfesado hubiese prevalecido en ese acto de voluntad.

La **mediocridad** salpimentada de oropel y artificio es la que ha jugado con el destino de los llamados partidos políticos.

Esa mediocridad es la que ha supervivido con tenacidades de herencia, formando aquellos círculos cada vez más cerrados de minorías absorbentes y despóticas.

Estas minorías en consecuencia, no han hecho ni hacen otra cosa que mantener y acaparar el poder político, sin permitir ningún acceso ni renovación posible, y sean de izquierda, derecha o del centro, nunca han tenido en mientes acercarse al pueblo, a las masas ayunas de educación cívica y de toda instrucción política, con el objeto de cumplir un fin trascendental y útil. Lo que si hacen y han hecho es explotar la sensibilidad nerviosa de tales masas con ideas y motivos preconcebidos, no importa que aquellas se desplacen, hoy como ayer, en forma ciega y salvaje en la que prima sólo la insolencia y el desatino.

De este modo, los partidos políticos no han sido sino la mejor escuela del cinismo, la desvergüenza y el palanqueo.

Quién, por arribismo y obstinada intrusión, ha cosechado influencia política, ha definido su porvenir y el de su familia.

No es desconocido que el empleo público o los contratos con el Fisco, son los mejores negocios, los más seguros, y los más **productivos**.

Grandes, medianos o chicos, metidos a políticos, no han tenido otra finalidad ni más esperanza que sentar plaza en algún lugarejo del Presupuesto Fiscal o acomodarse en sitios que alguna afinidad o conexión tuvieran con éste.

Un partido político en nuestro medio, no ha sido ni es otra cosa que un eficiente promotor de agencias especializadas en el arte del palanqueo y la recomendación, incluso, de la interpretación venal de la ley.

Los partidos, o mejor dicho, cercos políticos, han procurado, a sabiendas del inicuo resultado, mantener en perpetua y plena ignorancia al gran conglomerado social, convirtiendo en secreto y en fuego sagrado, hasta las más elementales nociones del derecho político y constitucional.

Tales cercos, pendientes del azar, y como si andaran al rague, se han caracterizado por su aspecto eminentemente esotérico, lo que no ha sido un óbice para escorchar al pueblo tantas cuantas

veces les ha venido en gana.

Desde luego, para cohonestar la insidia, los diligentes politiqueros han recurrido a las leyes de la perspectiva, y por este medio, han escorzado siempre sus manejos, presentándolos diversos de su contenido real y de su alcance efectivo. De esta manera sencilla, han encadenado al pueblo a su servicio.

Las revoluciones políticas fuera de aquellas empeñadas por el advenimiento del liberalismo o escasamente ideológicas o en defensa de los derechos públicos y de la integridad nacional, las otras han sido para eliminarse entre filibusteros y piratas. En este caso, los revoltosos han chillado y hasta han calzado bragas ante el temor de que otro u otros se les vengán encima a desplazarles o restarles su parte en el botín.

Es por ésto que tal política fustigada por una gestión degenerativa, ha venido en ser la ciencia del cinismo y de la audacia; de la simulación y la hipocresía; de la expoliación y el regateo misérrimo.

Y sólo esta vapuleada política ha hecho posible la gestación curiosa e hilarante de **intelectuales** e **intelectualoides**. Los primeros son pocos, muy pocos, apenas se cuentan con los dedos de la mano; los segundos son numerosos y copan la mayor parte de las situaciones públicas, estando desperdigados en la diplomacia, la banca, la magistratura, el parlamento, la cátedra y la burocracia de coturno.

El intelectual es sereno, reposado; posee la conciencia de su propio valer y de su personalidad, absteniéndose de lucir o hacer gala de sus profundas virtudes; consagrado al estudio, cultiva en silencio su obra constructora y perenne; el intelectualoide es frágil y vanidoso; intrigante y escurridizo; sirve para todo y se da el aire de estar en todas partes; se supone capaz y tiene el tupé de palanquear cargos de la más compleja índole y cuyo desempeño augura rotundo fracaso; es el encargado de los discursos y los versos ocasionales y de las colectas; es el iniciador de los homenajes y los banquetes, con una celeridad y entusiasmo de hotelero; es el más grande simulador y busca vida. Cuando no tiene empleo o situación es el peor enemigo de todo Gobierno. Se introduce en todos los grupos, husmea; atisba, charla, se hincha, incita a la rebelión, se queja por todo; echa a rodar todas las bolas posibles; forma parte de conciliábulos y desfiles, y se da trazas por estar presente en duelos, bautizos y santorales; si es necesario, se convierte en el más terrible extremista, y aprovechando cualquier ocasión, se cuela entre bastidores y reclama su puesto de gestor revolucionario o de la oposición en agraz.

Cuando el intelectual, en vía de apoyo o auxilio, lo que se ha dado en llamar “**dar la mano**”, consiente de buena gana, por su natural generoso y complaciente, en aplaudir y tolerar a los que buscan su

sombra, los intelectualoides se crecen hasta ganar la confianza y la familiaridad de su protector. Débese a esta peregrina circunstancia que la "tierra de nadie" esté plagada de inteligentes que sirven para todo y para toda situación sin que haya un solo tonto. Los tontos son los que trabajan e hipan; los íntegros y sensatos; hasta los intelectuales son tontos para aquellos porque se consagran al estudio y a la labor copiosa y tenaz; porque se preocupan del interés colectivo y no del medro personal; porque conceptúan que el **hombre hace al cargo y no el cargo al hombre.**

Ningún campo más propicio para la farsa y la discusión mercantil que los denominados partidos políticos. Ningún negocio ni caja de ahorro mejores que la seudopolítica. Los intereses son centuplicados y a vuelta de poco, ya puede improvisarse una fortuna. El político de marras que padece hambres, miserias y persecuciones, sabe lo que hace. Hambre que espera hartura no es hambre. Sabe muy bien que lo hace en tierra de bobos, y que en lo posterior, las ideas tienen peso y convencen sólo cuando el estómago está lleno y los bolsillos no se pelean por el porvenir.

Hay muchos de éstos, sobradamente calculadores que rehuyen sistemáticamente proposiciones ventajosas y ofertas tentadoras, no desde luego, por el prurito de conservarse leales e incorruptibles, por el partido y por la doctrina. Lo corriente y moliente es que simulen abnegación y sacrificio en

espera de la tierra de promisión, en que tengan a la vista ríos de leche y miel.

La política, esta política tan nuestra y de tanta superchería, es de aquellas que se las ingenia con pasmosa facilidad para improvisar sus testaferros y sus técnicos; sus funcionarios, legisladores y magistrados; sus diplomáticos, economistas y financieros; y hasta su cofradía militar, arrancados todos naturalmente de entre la gente de su grey que debe recibir la recompensa del vencimiento y de su brava pujanza, y además, en pago y reconocimiento de un largo padecer y de una blanda resignación.

Es así como vemos surgir de la noche a la mañana flamantes Jefes y Oficiales, de un lado, y dechados de sabiduría, honradez, templanza y patriotismo de otro, unos y otros, sedientos de laborar por la reconstrucción nacional y por expurgar y desechar, dizqué con pie firme, todo lo malo y corrupto.

Y es tanta la menea dura, que a poco todo es nuevo, novísimo. La población distraída por tanto tren, se sumerge en un mar de cavilaciones, y entre sorprendida y esperanzada, contempla cómo hasta los muebles y los enseres de las oficinas cambian de sitio; cómo los empleados se afanan en subir y bajar, volver y revolver, reír y compungir, dar, recibir y escuchar, todo por la patria; cómo se asan, se cuecen y se fríen los trastos políticos, ensanchándose los pechos de los ungidos con la alegría de la influencia que da el poder captado; cómo se cam-

bian los objetos y los seres hasta el trastorno y la confusión, inficionados de satiriasis delirante.

Y qué clase de individuos asoman como importantes y valiosos!... Quiénes sustituyen a quiénes?... La cosa da para agitar las vísceras y sonreír con holgada franqueza. No parece sino que se tratara de groseras tomaduras de pelo. La opinión pública encuentra una resignada justificación para tanto escarceo y liviandad con la frase muy decidora de **cosas de la política, de nuestra política de hambre caudillesca y de círculo.**

Y lo grave y penoso es barruntar que de tan frágil manera se tejen y urden los hechos históricos. Idéntica máquina, igual escenario con distintos actores y tramoyistas. El eterno oleaje de los influyentes y desvalidos; de los que todo lo pueden y de los sufridos espectadores; de los gobernantes en sentido lato y ruidoso y de los gobernados con derechos restringidos y envarados.

Lo que ayer fué motivo de ardoroso comentario y agitada inquietud, tórnase en obligada despreocupación. El poder político no admite sino elasticidades de la ley, y ésta es buena o mala según lo requieren las necesidades del instante. Luego, el mismo sistema y los propios métodos, con modalidades más extremas. Sigue todo el engranaje en sus carriles, sólo que es magnífico en manos de los que usan y abusan.

Cuando el político de oficio sube a la tribuna o escribe en el sitio de la oposición, su verbo y su pluma son vibrantes y abundan en medida reflexiva, en coraje y fiereza, mas, si a poco, llega a tomar en sus manos la trailla del poder, trémulo y envanecido por el mareo del aplauso versátil, saturado de emoción morbosa, ofrece con fragilidad vesánica detener la marcha del sol, que hará girar el universo en las puntas de sus pies, y que el aire lo convertirá en pan ácimo y nutritivo.

La multitud al escuchar tanta sandez y despropósitos, queda como arrecida y embobada, se apiña y ajusta y permanece mansa, domesticada, fuertemente eslabonada al conjuro de un eflubio magnético que recorre veloz de individuo a individuo. Sólo despierta de vez en cuando para aullar y aflojar sus miembros en gestos espasmódicos y destemplados.

Las multitudes, que por cierto con un engendro de automatismo fuertemente articulado, nunca tamizan los conceptos vertidos en los discursos efectistas y de tremoso nerviosismo. Su vocinglería y desparramamiento es bárbaramente emocional y sintomático. Es por ésto que hasta los hombres poco favorecidos y ligeramente ilustrados, logran agitar a las masas y conmoverlas si tienen la fortuna de halagar sus sentimientos y sacudir sus pasiones y resabios.



Y los aparceros políticos se encargan justamente de instigar y amasar esas situaciones estériles, en las que sobrenadan los intereses del grupo. Actúan como rejonos que hieren a la sensibilidad y logran el éxito espectacular y casero.

Nunca un avispero político cede en reconocer lo bueno y virtuoso de otro. Ensáñase, sí, en ahondar defectos y hendiduras. Desde luego, recíprocamente se lanzan los trastos a la cabeza y sueltan sus respectivos canes. Acontece así, naturalmente, por la sencilla razón de no haber verdaderos partidos políticos, **sino agrupaciones de seres que se pierden en el vacío de su propia ambición e intemperancia.**

\*  
\*   \*  
\*

Es muy conocido que un círculo político de aquellos, por afianzar posiciones olvida hasta el más elemental principio de cortesía y ética, y sin freno ni embozo alguno, apela a la calumnia y a la diatriba para inhabilitar a los hombres de un bando contrario, dándose de muy ladinos en aquello de hocicar y remover el honor y el nombre de una persona, sin declararse satisfechos sino es cuando la han desollado y hecho un guñapo.

De este modo, de relajación en relajación, se ha ido tan lejos y se ha caído tan bajo, que la Política,

no obstante su indiscutible preponderancia en la vida del Estado, ha quedado reducida a un corral doméstico en manos de criadores de especies glotonas y siempre insatisfechas, con las cuales conviven y medran.

Tan mezquina se ha conceptualizado a la Política, que su solo nombre ha causado honda repugnancia y un agrio gesto despectivo, y tanto y en tal medida, que todo aquél que ha guardado aprecio de sí mismo, ha tenido como un acierto y hecho un motivo puntilloso de honor no preocuparse de aquélla para nada.

Esta modalidad aislante y perturbadora ha impedido que la mayoría sensata y reflexiva se adose a esas agrupaciones llamadas partidos políticos, los que han ido escarmenándose poco a poco hasta quedar en motas o huesos insignificantes.

Esas agrupaciones, por tanto, no las constituyen los más aptos y capaces, sino los desocupados, canijos y vocingleros, con lo cual échase de ver que sólo ello basta para que se desnaturalice todo principio y bastardee la política como ciencia y como arte, trocándose ésta en un filón codiciado de una chusma minoritaria de parásitos parleros.

Sabemos muy bien, por otra parte, que tales agrupaciones andan diseminadas en las cabeceras provinciales y cantonales del país, y que francamente, son círculos lugareños que acaparan la si-

tuación y la esprimen, sin dejar otra secuela que protestas y lágrimas.

Así en la capital como en provincias, la autoridad y la preponderancia tiránica son ejercidas por un gamonalismo feudal y de traza hereditaria. Basta pertenecer a una trinca política para ser el beneficiario de la quiebra de la ley y del extorsionismo.

El **poder central**, al socapar y condescender con los **caciquismos lugañeros**, recibe en compensación el vasallaje y el tributo de éstos, siendo indefectible que todo lo emanado de aquel, malo o peor, sea asentido sin réplica por los cortesanos de provincia, los mismos que ratifican en cada oportunidad su incondicionalismo a trueque de que dicho poder central los deje hacer y muñir a sus anchas.

A mayor poder, mayor incondicionalismo y abyección. Debido a ello que las dictaduras y despotismos hayan prosperado y sentado reales en la **tierra de nadie**.

Con la ley o sin ésta, siempre se ha estado fuera de su alcance. Todos los gobiernos han festinado sus planes a conciencia de violarla. Los remiendos, parches y zurciduras han significado el flamante remedio de todos los males y entuertos.

Para justificar la hegemonía de un partido, digamos trinca, se ha recurrido a todas las carnadas y no se ha desechado ningún vericuetto, por oscuro y tortuoso que haya sido, inclusive el pretexto de revoluciones gestadas en los gabinetes gubernamen-

tales, y lo que es peor, lo incalificable, se ha mantenido a perpetuidad, como fantasma monstruoso y terrífico, la cuestión internacional con la República del Sur.

Pudiera consignarse que ligeras excepciones han velado en parte lo írrito de este procedimiento, pero aquellas, a pesar de su vigorosa nobleza, no logran excusar, menos abonar, lo escabroso y dañino de aquél.

La politiquería de emergencia, pues, no ha sido sino un tubo acondicionado para que chorreen por él las mentalidades malabaristas de todas las épocas, y un funicular expofeso para transportar carga de contrabando.

## Democracia y Justicia

Cuando un pueblo, en alarde sublime, execra el absolutismo y lo abate, es porque agiganta su espíritu y ennoblece su razón.

Pueblo sumido en las tenebrosidades de la ignorancia y de la obediencia servil, no es pueblo, es un ergástulo.

Cuando un hombre reclama un derecho es porque anida la libertad en su ser. Sólo los hombres libres tienen la conciencia de sus derechos.

Si el derecho de uno es confirmado por los demás, se establece de hecho un principio de justicia.

Los derechos inmanentes, por su naturaleza, son incoercibles e inviolables, salvo cuando la intervención extraña es indispensable para el perfeccionamiento del ser en función social. El interés individual queda pospuesto al interés colectivo. El derecho de uno es supeditado por el derecho del mayor número. De este modo se genera, de hecho, un principio de justicia social.

Todos los derechos tienen cabida y supremacía cuando van dirigidos al bien y prosperidad de los demás. Así lo demandan la moral y la cultura.

El derecho tiene su gran defensor en el individualismo rebelde, combativo, amante de la libertad. Así comenzó el derrumbe del absolutismo necio y porfiado. Empero, el derecho sólo alcanza el cenit de su inmenso significado cuando el individuo cede una parte de sus reservas, desvelos y preocupaciones, en beneficio y provecho integral de la generalidad.

La costumbre y el sentido común, progenitoras de la lógica, se elevaron por encima del vulgo para convertirse en ley. La norma jurídica es la que encarna el derecho, y por ella se conoce y se revela el pueblo.

La democracia advino desde el momento en que el pueblo estuvo en capacidad para dictar sus propia ley. Ulularon las castas; pero su aullido tuvo aire de sumisión y de fuga.

La ley encuentra su fiel intérprete en el propio pueblo representado por el legislador; y su mejor vocero y hermeneuta en el magistrado de justicia.

Los pueblos son más florecientes y más dignos, bien por su cultura, bien por el imperio de sus instituciones legales, bien por la majestad y sabiduría de sus jueces.

Si el déspota se abre paso e intenta empañar la ley con su estulticia, allí se le va encima a cortar

los bríos y ponerlo en derechura el Juez, baluarte infranqueable de la democracia.

Pueblos que carecen de ley y de justicia o que una y otra se amoldan a las circunstancias, son pueblos en desgracia y que reclaman el fuego y un tumultuoso sacudimiento. La democracia tiene el vuelo y la mirada del águila; no es el cuadrúpedo casero que satisface sus deseos a gusto del amo.

La ley es declaración y contenido esenciales para la vida de un pueblo. Su proceso de captación, gravidez y alumbramiento, está sujeto a delicadas condiciones de cuidado, madurez de juicio, prolija y paciente observación, análisis y estudio sereno y reposado del ambiente.

La ley debe ser apropiada para el medio que la requiere; tener la oportunidad de la época histórica y llenar los propósitos que exigieron su creación.

Las leyes, como obra del hombre, no son ni pueden ser eternas; pero tampoco deben ser frágiles y evanescentes. No engendran odios ni mezquindades ni sirven los intereses particulares.

Toda ley cumple la finalidad de una época histórica. Tiene su ocaso majestuoso y su luz sigue guiando el cerebro y la moral de los hombres.

No todas las leyes son buenas. Pecan de exóticas y prematuras y no encajan en los bordes sociales. Su promulgación produce sorpresa, desasosiego y alarma perjudicial. El contenido, abiertamente rechazado, incita a la rebelión y a la protesta.

Leyes mal concebidas, cuyo espíritu no consulta ni resuelve un anhelo general, chocan con el medio ambiente y constituyen una amenaza y un peligro, ora para la estabilidad de las instituciones, ora para la paz serena y constructora que demanda el desenvolvimiento eficaz y próspero de la civilización de los pueblos.

Una ley mala es una ley despótica y revesada, en abierta pugna con los principios democráticos. Lo injusto y arbitrario no compagina con el derecho sino con la fuerza atrabiliaria.

Si la ley es obligatoria para todos, debe ser justa y prudente, sin que su texto ofrezca reparos ni de margen para la glosa proclive y estéril, lo que induce al desliz y al prevaricato.

Las doctrinas jurídicas empeñadas en explorar lo esotérico de la ley no han hecho sino explotar la especulación y la sutilidad a sabiendas de edificar la confusión y el laberinto. Esta confusión ha hecho posible los excesos del entendimiento legalista en mengua de la justicia llana y auténtica. De este modo, lo que aparece claro, diáfano y sencillo, toma un matiz variable, engañoso e incierto.

Todo aquello que entra en el juego artificioso de la mente y de la sutilidad o suspicacia y queda sujeto al vaivén del tiempo, sin fijeza alguna, ya no cumple su cometido. Cuando la ley se convierte en menester maleable que rueda de un lado para otro, de opinión en opinión, deja de cumplir su noble



propósito y arma el brazo del inescrupuloso e influente. Es entonces cuando la ley sirve a pocos, los privilegiados, no importa su desgraciado y clamoroso descenso.

La función de legislar es tanto más compleja y delicada cuando que de ella depende el futuro de un pueblo. Si ésta se cumple a conciencia, con pleno desprendimiento e integridad, el fruto es copioso, magnífico y sin mácula. Lo contrario es una carga venenosa y repulsiva.

Si en esa función prima el criterio adocenado y del montón, mal para la democracia y mal para la ley y la justicia.

Si aquella función, por otra parte, es absorbida por una minoría dominadora y arisca que sobrepuja a esa mayoría tarda y somnolienta, pesada y famulezca, también es un mal para la democracia, la ley y la justicia.

Si esa función, en fin, es un manso rebaño que va conducido al aprisco por el gesto hosco y amenazador del cabrero displicente, ya no sólo es un mal, sino una ruin y estúpida relajación. La función de legislar termina allí cuando los hombres se confunden en una masa tetánica y a merced del pinchazo áspero e intermitente.

Esto último ocurre en las dictaduras constitucionales e inconstitucionales, y decimos así, porque, al menos en lo que se refiere a **la tierra de nadie**, los Gobiernos han decidido en último término los

asuntos nacionales. Ha sido el Ejecutivo el que ha impuesto su voluntad omnímoda y ha pesado duramente en las decisiones legislativas. Y ciertamente, esta ingerencia habitual ha ido intensificándose gradualmente hasta llegar a un punto en que la Legislatura no representó sino un papel demasiado inferior e insignificante. Al igual que una infección, que si no se la combate y detiene radicalmente y en tiempo oportuno, causa una lesión incurable o la muerte, así el organismo legislativo que sufrió una pertinaz imposición en el curso del tiempo, adquiere tan graves y ominosos caracteres, que trastornan por completo su naturaleza preciosa y específica.

Es forzoso y necesario consignar, en este punto, que los gestores de la ley, genuinos forjadores de la democracia, deben ser ante todo, hombres de cerebro y alma bien templados; dilectos en la virtud, en la resolución y en el patriotismo; fluídos en la locución y prestos en la réplica; de hondo y sincero convencimiento político y de sólida erudición.

Empero, tan hermosa aspiración no pasa de los lindes de lo ilusorio y difuso.

Es más frecuente que el parlamento recoja en su seno una colección de pintorescos individuos, elegidos al azar e impuestos por el favoritismo de los grupos nominados o innominados que se aglutinan con tan eventual objeto, grupos cuya única misión

es satisfacer una consigna impuesta de antemano por el Ejecutivo.

Festínada la elección de representantes, de hecho cunde el incondicionalismo y la ineptitud en la Legislatura. Los pocos que escapan a una clasificación general procuran componérselas como pueden, emiten sus artículos y dan punto y raya, pero, sépanlo o no, lo cierto es que no pasan de cierta medida sus arranques y elocuencias.

El pensamiento que prevalece, si de tan alto modo podemos calificar a esa gerigonza destemplada y lugareña que chorrea como cebo pringoso en el recinto destinado a la confección de las leyes, es sinuoso y mellado. Da la impresión de botellas rotas o aquella que produce el restregamiento de un clavo en una superficie de cristal. Hierde, mortifica y enciende el ánimo.

La bondad de la ley depende de muchos factores, principalmente el relativo al ambiente donde va a regir, porque si éste es atrasado o de mediana cultura, no ha de convenir normas que por su avanzado espíritu revolucionario fracasen rotundamente.

Desgraciadamente, un afán inmotivado y superficial, de mero exhibicionismo, conduce a determinados individuos a servir de vehículos pasivos de ideas, principios y doctrinas que si bien pueden pasar y admitirse como información ilustrativa, no convienen implantarse como una medida real y eficiente.

El temor de que aquéllos llamen a los demás, pacatos, tímidos, y hasta retrógrados, no es bastante ni mucho para detenernos en la calificación que cuadra a semejante complejo anímico.

La experiencia ha demostrado el enorme mal producido por la condescendencia de unos y la indiferencia de otros, frente a esos desates hiperestésicos.

Esa especie de fiebre delirante o hipertrofia de la sensibilidad de que se han saturado algunos visionarios, en trance de profundo y soterrado egoísmo por alcanzar el genio y la barata celebridad, ha defraudado a los pueblos de múltiples maneras.

**La tierra de nadie**, con mayor razón ésta, que se distingue por la suma de los intelectuales, pues carece de tontos, ha sido afectada también por ese morbo intremens. Todos, cual más, cual menos, se han levantado en alas de la fantasía a faceadores de leyes, proyectos, innovaciones espasmódicas y otros cuentos, pero con herramientas de cerrajeros y remendones, sin consultar situaciones y sin medir posibilidades.

El fárrago de leyes semeja un erial cundido de cardos y desperdicios. Su dudoso aprovechamiento está en razón inversa de la extensión y el trabajo empleado.

Si la Política requiere afianzarse en la ley como la mejor de sus conquistas, imperioso es que ésta encaje en la realidad y de inmediato fructifi-

que y perdure. Las colectividades perdonan la espera y el engaño a trueque de ver cumplidos sus desvelos en instituciones firmes, seguras y promisorias.

Si un pueblo es agrícola, las leyes deben estimular e intensificar la agricultura y todo cuanto a ésta se refiera, sin crear dificultades que la ahoguen y esquilmen a pretexto de soluciones de otro índole que, después de todo, no significan sino un torpe sabotaje político, con miras de otro orden.

Si la industria es incipiente por falta de grandes capitales, las leyes deben fomentar la pequeña industria y proteger su desarrollo con vigilancia y control paternales, con exención de impuestos que de otro modo la absorbieran, matando la iniciativa particular.

Una vez conseguido el florecimiento en pleno de la agricultura y de las industrias, es indudable que se ha creado la riqueza y la prosperidad de la que todos participan.

Lógico es inferir que igual empeño y cuidado debe prevalecer en los campos del comercio, el transporte, la navegación, vialidad, minas, beneficencia, trabajo, seguro social, etc., etc., contemplando siempre el interés colectivo y respaldando en todo momento el equilibrio entre las fuerzas productoras de la riqueza.

Sin necesidad de trasplantes dañinos, más si con un criterio ampliamente ecléctico, la ley, si

bien debe imitar la similar de otros países de mayor experiencia, no por ésto debe ser un plagio imperdonable y horrendo. El problema de otros países no es el problema que se pretende solucionar con el plagio. El capital de las grandes industrias y de la producción agrícola y sus derivados no admite ni la más lejana comparación con el minúsculo que asoma en estas latitudes, y análogamente, ocurre con el trabajo.

Por otra parte, la saludable y robusta disciplina habitual que se observa en las grandes fábricas e industrias de países de mayor cordura y civilización, la honestidad en el cumplimiento de los respectivos deberes y obligaciones, la técnica especializada y eficiente, y que son poderosas circunstancias que mantienen la mejor y más cordial relación entre el capital y el trabajo, sólo deben tomarse como antecedente experimental para ensayar proyectos de ley que cuadren con bastante acierto en la resolución de problemas similares en ciertos aspectos, que ocurren en medios menos dilatados y de menor proporción tanto en capital como en trabajo.

Porque la verdad es que en las incipientes Fábricas e Industrias de estos lares, en las que prevalece la pereza y la insolencia, y en las que los obreros exigen cada vez más y rinden menos, quizá mas que por voluntad propia, por satisfacer dolosas directivas e instrucciones provenientes de ciertos círculos

parasitarios, no caben leyes que tengan como patrón las que se aplican en aquellos países.

La imitación servil siempre ha causado trastornos y males incalculables.

Si echamos una mirada retrospectiva a nuestra historia nacional no hallamos sino imitación de esa laya en todas nuestras leyes. Con audacia, esa audacia de artificio y disimulo de nuestra pobreza y vanidad, exclusiva de aquella tendencia de aparentar lo que no somos ni hemos sido, ha se aprovechado del trabajo ajeno sin empeñarse ni siquiera en la labor de examen y discriminación, de tal suerte que la imitación ha rebosado sus naturales límites, hasta el extremo de quedar incluídos los defectos y faltas del texto imitado.

Y con esas leyes se ha convivido y medrado, y lo que es peor y alarmante, se ha sometido y hecho justicia a muchedumbres de analfabetos, indios, negros y mestizos, todos iguales ante el estatuto jurídico, ficción que celosamente háse guardado para holgura y dicha de los grandes y para juego ilusorio de los chicos.

La ley tiene su colaborador inmediato en el juez, Este al aplicarla cumple una función y administra justicia. Reconocer un derecho o restablecerlo cuando ha sido violado es una misión técnica, de especialización jurídica, y al propio tiempo, un acto moral.

La ciencia y la moral son los factores primordiales de la función judicial.

Si el proceso reflexivo y discriminador del juez excluye lo ético, es indudable que la justicia se doblega con el peso de una argumentación científica que puede convencer a la razón, pero no a la moral.

Si ese proceso, por el contrario, es eminentemente moral, puede contener errores que repugnen a la ciencia, pero la justicia queda indemne y sin mácula.

Ni para qué consignar que la ausencia de ambos factores solo implica desgracia, un peligro y una monstruosa amenaza.

Si la prudencia, la probidad y la ciencia se complementan, la ley y la justicia alcanzan su más bello y admirable propósito.

Todos los pueblos, con sabia intuición, han visto en la justicia su más fuerte amparo e inexpugnable reducto, y han encontrado en ella el más fiel intérprete de sus derechos y libertades.

Justicia! Justicia! ha sido y es el clamor de los pueblos en todos los tiempos, en la paz y en la guerra.

Pero la justicia, la justicia de ayer y de hoy, es frágil y casquivana. Sonríe a todos y a todos cautiva con sus contoneos y seducciones. Esta fragilidad es su contorno subrepticio; la piel de que se cubre para hacer de las suyas y holgarse con sus liviandades.



La justicia es solo bella y magistral en los libros, en los comentarios de los tratadistas, en el infolio de los juristas notables. Cuando el estudiante concentra su atención en tan interesantes volúmenes, estima y deduce, con sobradas razones, que la Justicia es la Institución democrática por excelencia, y que en sus atributos, puédesse constatar el grado de la perfectibilidad humana.

Empero, que grande y dolorosa decepción cuando se penetra en el campo del derecho adjetivo o procesal; cuando la ley vacila y pende de un hilo; cuando todo zozobra en un devenir de dudas, egoísmos, simpatías, influencias y pasiones; cuando el juez se satura de todas las características del hombre profano y no las del funcionario judicial.

Administrar justicia es una función delicada y trascendental; compleja y de suma responsabilidad. Es la ciencia del derecho y el autodomínio de la moral.

El juez representa la ley y en cierto modo es la ley misma en cuanto la aplica para reconocer un derecho o restablecerlo. En sus manos está la culpabilidad o la inocencia, el honor o el oprobio, el patrimonio y la solvencia material y ética de los individuos. Cuán extensa y dilatada es su función.

Lograr que la ley sea igual para todos, sin distinciones ni diferencias arbitrarias y odiosas, ha sido una de las vitales preocupaciones humanas, y para ello, ha fincado sus más ascendradas esperanzas en

que el Poder Público sea afortunado y certero en la selección de los jueces.

Un pueblo fundamenta y aprecia muy en alto su orgullo nacional por el prestigio, idoneidad e integridad de sus Tribunales de Justicia.

Un tribunal de Justicia, un Juez, real y verídicamente tales, infunden singular respeto, no aquel vulgar y meloso que se codea con el adulo y la superficialidad intencional; atraen la admiración y el aplauso sano, sincero y honrado; mueven a la observancia austera y ejemplar de los deberes; inspiran la necesaria confianza para ejercitar el derecho de defensa.

El hombre comprende y se esfuerza en mantener su libertad cuando infiere que la Ley y la Justicia protegen a todos por igual.

El Poder Público detiene sus tropelías desde el instante que se le opone el Poder Judicial, poder que interfiere todos los desbordes.

La justicia es vacía de sentido y carece de objeto, ora cuando es la política la que la somete y gobierna a su albedrío; ora cuando el Gobernante despóticamente abroga la Ley; ora cuando priman la relajación y el desvarío; ora cuando en los nombramientos y elección de los jueces prevalece el palanqueo, la dádiva y el servilismo.

Ha sido costumbre consabida, con alguna que otra excepción, efecto de una habilidad ruborosa, buscar refugio placentero, canongil y honorífico, a

los políticos envejecidos en la lucha por el pan de cada día, en las Cortes de Justicia. Este acto de compañerismo piadoso ha creado y hecho posible una especie de seguro de invalidez en todas las épocas y en todos los tiempos.

Junto con los asegurados por el retiro de la política, han adosádose en las Cortes y Tribunales, en busca de refugio, los agraciados por el mérito del palanqueo feroz y nutrido, hecho con anticipación de meses y meses, con una paciencia y una abnegación propias de semejantes artífices en aquello de obtener plazas y empleos.

Administrar justicia es **una verdadera y auténtica función; no es un empleo.** Para los que buscan un puesto en los Tribunales de Justicia es siempre lo segundo. De aquí que no se adaptan jamás a la posición de funcionarios.

Empleados de esta jaez son más servidores de recomendatarios y de amigos, que de la Justicia, y más obligados con quién protegió su elección que con el público.

Debido a ello que no cause sorpresa tantas resoluciones impuestas por el propio jefe del ejecutivo o por altos personajes de boato e influencia, a quienes nada se puede negar, cohibidos los jueces, naturalmente, por el negro temor de perder el empleo, o que se olvide o pierda el sentimiento de reciprosidad.

De aquí que no se reconozca otra diferencia, para la mente de tales jueces, en la defensa de las

causãs, que la del predominio de factores ajenos a la ley, haciéndose notoria una marcada benevolencia y concesión para los abogados amigos y para los de campanillas y entronques.

Fluye de allí, que en toda cuestión debatida, resalte en la decisión judicial el consabido compromiso; y en veces, el adulo servil. La justicia, en tales casos, es elástica: se estira y afloja según la clientela y el abogado que la patrocine.

Con semejante criterio y procedimiento, no son la capacidad, la preparación científica y las razones aducidas, las que tienen feliz valimento ante la justicia, sino la dobleguez, el soborno y el sometimiento político, económico o social.

Si la ley es igual para todos, como lo exigen y gritan las masas con clamoroso y diario afán, es lo cierto que para que tenga debido cumplimiento este bello principio democrático, se requiera que el plano en que aquella alcance su aplicación tangible, sea el de la austeridad, la cordura y la rectitud habituales, exentas de todo incentivo pasional o de estímulos tortuosos que mellen la conciencia y pongan en cobro la moral.

Quizá, con criterio adocenado y barato, se opine que la aplicación de la Ley es para el caso particular que se discute, y debido a este laxo motivo, se excuse arrojar a las espaldas la responsabilidad moral. No se tiene en cuenta, entonces, para tamaño ga-

zapo y sacrilegio, y digámoslo, de suerte que sea una admonición severa y permanente, que las decisiones judiciales son hitos de inmenso valor para el derecho y que respaldan la ley en todos los casos análogos, lo cual involucra un bien que interesa a la colectividad.

Una de las preciosas fuentes del derecho es la jurisprudencia de los tribunales, pero no aquella moldeada al calor de pensamientos cerosos y dertreibles que se deshacen al más leve comentario y que no soportan ni el mas ligero toque del punzón moral, sino la construída piedra a piedra, ligada con arte y maestría, con unción de artífice y voluntad de perduración; concebida con agigantado espíritu de responsabilidad, ansioso de verdad, de ciencia y de bien.

Juzgar, dirimir una controversía, satisfacer una encuesta o una consulta de interés público; aplicar la ley y defenderla, es función y noble tarea de los magistrados de justicia.

Entre la vasta variedad que contiene la ciencia del derecho, una de las ramas de complejo y difícil estudio y meditación, es la de administrar justicia.

No todo jurista **tiene inclinación vocacional para juez**. La interpretación y adaptación del texto legal es algo tan definido y preciso que se confunde e intima con el hombre mismo; equivale y es tanto como el estilo u otra aptitud anímica. Ese algo abstracto y al propio tiempo tan concreto que

sólemos nominar "sentido jurídico" es una suerte de inspiración de que está dotado un verdadero juez. Este sentido, o mejor, facultad para juzgar, es innata, siendo esta modalidad, esta manera de ser del proceso vital, lo que imprime personalidad jurídica al individuo, para distinguirlo de los otros.

Esa especial manera de comportarse la mente para discernir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo lícito de lo ilícito, es ontológico; pero el grado de acierto y pureza, así conceptual como discrecional, varía en curvas constantes y sensibles.

Es por esto que la facultad de juzgar; esa especial forma de pronunciarse sobre un punto debatido; ese particular entronque que adquiere el magistrado con la ley y la moral, no sea común a todos los juristas y abogados. En estos últimos prima el interés particular, sea en defensa de un principio o doctrina que la estima original y renovadora para la ciencia, sea en beneficio de una pretensión que la supone fundada y objeto de conculcación.

En el desentrañamiento que realiza el juez desaparece el caso específico para dar paso a la conclusión de índole general que mira a la institución misma. El caso, la cuestión planteada en la controversia no significan sino en la mente del juez, un proceso que obra como premisa, un motivo que actúa como estimulante. Las partes contendoras adquieren una tonalidad difusa y evanescente; desaparecen para el juez. Queda únicamente el problema

jurídico, la ley, la ciencia y una luminosa diafanidad donde se mece el espíritu en busca vehemente de la verdad y de la justicia.

La diversidad de asuntos divergentes en lo civil, penal, comercial, contencioso administrativo etc., por mucho que aparezcan aislados, la verdad es que todos concurren como haces de luz a la formación de la jurisprudencia y de la nueva ley; al enriquecimiento del acervo científico.

Si el Abogado, en servicio de su clientela, arguye con medular o aparatosa enjundia, en su propósito de confundir y embrollar, el juez comprende que su misión es disipar, aclarar y simplificar, sin otra preocupación que el bien público, pues al dar a cada uno lo que es suyo y reconocer el derecho a quién corresponde, para usar los términos clásicos de la justicia, no inclina su voluntad resolutive en provecho del agraviado únicamente, circunscribiendo así los límites de sus funciones al espacio estrecho del presente, sino con proporciones de supervivencia, para cuantos casos análogos advengan en el curso del tiempo.

Administrar justicia con alma de burócratas y con trapacerías de comerciante, es tanto o peor como fabricar chucherías y bártulos, y equivale a confeccionar providencias y sentencias en serie para abastecer los mercados pequeños.

Por mucho que se hable de celeridad y de allanar escollos y tremedales para franquear el paso

de la justicia, esto no autoriza para equiparar la función judicial a una máquina de triturar piedra o asentar el pavimento. De conceptuarse así, o de manera parecida, ha tiempo entonces que la justicia anduviera a la bartola y tan de hocicos, que cualquiera pudiese amartelarla, así fuera por el pan de cada día.

Y si intolerante y necio es que la palanca y la recomendación llenen los servicios públicos, en menoscabo de la capacidad y de la rectitud, mayor insatisfacción causa el no haber preterido aquellas en la designación de los jueces y magistrados.

La magistratura, imperiosa y ponderadamente debería proveerse por concurso hasta tanto que la Universidad, en no lejano tiempo, se encargue de preparar los funcionarios calificados para el desempeño de dicha función en su Escuela de Especialización para Jueces y Magistrados, Escuela de tanta importancia y trascendencia como las relativas a la economía, la diplomacia, etc., en las cuales se plasmará y realizará la inclinación vocacional del estudiante del futuro.

La preparación técnica suficiente, a no dudarlo, sería el mejor y el más auténtico respaldo de una actuación funcional jurídica, y ello invita naturalmente a inferir que las resoluciones jurídico - legales estuvieran a cubierto de todo comentario.

De este modo, la ley alcanzaría su enunciado democrático, humano y natural, de ser igual para todos, sin distinción de razas ni de clases, y en cuan-



to a las discusiones, discrepancias, debates y libertad de enunciados y tesis, ello ofrecería un brillante campo de exhibición de valores y capacidades, y a la par, de noble y bella comprensión.

Desaparecería automáticamente, por otra parte, aquella condescendencia y ese odioso como infundado prurito que hoy se nota en ciertos juzgados y tribunales, al suponer como suponen, que unos pocos, letrados y no letrados, tiene el monopolio de la razón, de la ciencia y de la integridad ética, siendo así que por dentro y por fuera no existe más que apariencia forjada a gusto de prejuicios y simpatías que no concilian con la verdadera realidad.

Es de suponerse que esto ocurra, quizá, porque los juzgados y magistraturas han sido considerados como puestos o empleos que algunos señores necesitan para vivir. De otra manera no se explican las quiebras, contradicciones, volubilidades, y aquel bituminoso personalismo que de hecho señala esas preferencias arbitrarias que van fichadas por grados y categorías.

Por cierto que descontadas están algunas afortunadas excepciones, las mismas que aún contribuyen a respaldar y mantener estable la institución de justicia, brindando la necesaria confianza, aunque un tanto desvaída y azarosa, debido a los tiempos que corren y al ímpetu de la vida que acecha, acorralada y deprime como consecuencia de aquella superficialidad vertiginosa que todo lo atrapa y corróe.

## XIV

# Democracia y Diplomacia

Vana pretensión sería dogmatizar sobre asuntos y capítulos relativos al Derecho Internacional, pues a más de aventurado, no encajaría en la índole de este trabajo, contraído a mensurar realidades y deponer falsas posiciones.

Por tanto, es de confesar con abierta fe y sin reserva, que al hacer memoria de la diplomacia, no nos asalta sino la duda, —aquella que muerde el espíritu e intriga la mente— de si los hombres adrede inventaron la superchería de la diplomacia para desgracia del linaje humano, que no para obtener la paz y la fecilidad entre los hombres.

La diplomacia, en atención a lo que hace y usufructúa, es celo, genuflexión solapada, apetitos velados, altanería impávida con rigideces cómicas y de camisa almidonada con exceso.

No se concibe cómo la democracia, no obstante que hubo liquidado golas, pelucas y lentejuelas de castas empolvadas, dejó sinembargo aquel sedimen-

to de bulla, tropel y fanfarrias que es toda la diplomacia. Talvez olvidó, o quizá entró en cuenta que aquel rezago era inofensivo, y en cierto modo, curioso espectáculo de bobos, mujeres y rapaces. Empero, es de colegirse, que olvido o descuido condescendientes, ha traído consigo resultados funestos y lesivos para la propia democracia.

La diplomacia ha sido y es el reverso de la democracia. Donde medra la una allí ha sido el parásito devorador de la otra. Aquella ha formado filas entre los rescoldos de las antiguallas aristocráticas o adineradas; aquesta no ha prestado nunca sus hombres. Siempre se tuvo por irrefragable y común que la diplomacia era y es carrera exclusiva de los críos de raza o de los protegidos del amo y señor.

Debido a estas peculiares circunstancias, la diplomacia vive de puertas para adentro, solazándose con el trato íntimo de las familias tocadas por el vaho herrumbroso de la alcurnia y el olor de la vianda con fuerte condimento; evitando rozarse con el pueblo para no llevar hilos dudosos en la solapa y en la pechera.

En vez de que el acto de presentación de credenciales, por ejemplo, asuma las líneas de un conocimiento franco y cordial, elocuente aprobación de propios y extraños, modelo de sencillez en el lenguaje y los modales, se le reviste de teatralidad, con escenario, lacayos, tramoyistas, alabarderos, cor-

netas y charanga. Este oropel ha cegado a una buena porción de humanos, haciéndolos delirar por ir enfundados de todos modos y asignándose cualquier papel.

Si algo real y evidente hay que ensombrezca la democracia y que se le oponga, ese algo no es otro que la diplomacia. Esta vegeta y supervive acorazada por una plancha de acero cuya aleación es el misterio, la pompa derrochadora, el secretismo, el espionaje galante, la hipérbole intelectual que encubre, en veces, espíritus ladinos y simuladores que compiten con el galgo de pista o el conejo bonachón, y cierto sadismo incongruente.

La diplomacia es un parasitismo social costoso y ruidosamente estéril.

Esto no obstante, los Gobiernos se han empeñado en sostener, a espaldas del pueblo y contrariando su natural repugnancia, ese tren de viajeros desocupados y felices, a quienes sonríe la suerte con igual largueza e idéntica ceguera con la que escoje a los del premio gordo de la lotería.

Costear la diplomacia, incluso la servidumbre, equivale a mantener aves de vistoso plumaje con cuidadores extras.

Si los principios, doctrina y predicados del derecho internacional, en sus dos ramas, público y privado, han seguido una evolución prodigiosa, en línea paralela a las otras ciencias jurídicas, no se debe, ciertamente, a los diplomáticos y a la diplomacia, -con rarísimas excepciones-, desde que habrán mu-

chos que hasta ignoren la existencia de ese derecho, sino a los tratadistas, a los consagrados por el estudio y su larga experiencia en la cátedra y el comentario sustancioso y reposado.

Qué debe un pueblo a los diplomáticos a cambio de los ingentes gastos y cuantiosos estipendios de que son beneficiarios?.... Hasta ahora que sepamos, nada, a no ser que como todo se hace entre bastidores, con sumo sigilo, y con las más refinadas precauciones, talvez no se descubre aún el brillante que se halla entre carbones. Empero, el trasteo no ha de ser para tanto, y algo escapara de los tentáculos de semejante rigidez y ocultamiento.

Y si ese algo se llegara a pesar y a medir, fuera de seguro tan escaso y de tan poca monta, que no se equiparara a las privaciones y sacrificios a que se somete un pueblo, eximiéndose hasta de lo más esencial como es su educación y su vialidad, para afrontar las expensas que representa la sostención de esa casta enquistada en el corazón de la democracia y que llamamos diplomacia.

Con fundado temor debemos presumir, en esta sazón, que van a salirnos al paso un enjambre de avispas optimistas o una jauría asalariada, con todo el ánimo de ponernos en cobro. Pero llevan la de perder, por el simple hecho de que toda su argumentación es interesada, especiosa y muy manipulada.

Nos endilgarían, por ejemplo, que la diplomacia es un mal necesario y que su permanencia en lugares extranjeros siempre es útil y honrosa. Que el diplomático es el mejor observador y un vigilante activo de los intereses patrios en el exterior. Que su presencia en aquellos lugares es bastante significativa y guarda relación con el grado de cultura del pueblo representado. Que por el diplomático podemos estar al tanto de lo que se cuece allá y lo que se piensa por acullá. Que las letras, las artes, la política y las ciencias tienen en él su mejor vocero y autorizado propagandista.

Pero todo es falso. Lo único cierto, lo que queda tiritando de nuestra pintoresca diplomacia es un personaje más o menos arreglado, lleno de afectación y orgullo personal y con cierto aire de cándida importancia; versado en revistas de modas, pasatiempos y juegos de salón; meloso y embadurnado de cuerpo y alma; perito en lances galantes y apuestas peligrosas; bonachón, confianzudo y despreocupado; fiestero y rumboso, amigo de las novedades y de los chismes; regular catador de bebidas y buen holgazán; y para completar la figura, un ariscado exhibidor de un bello perfil, si acaso lo tiene y conserva.

La especie humana que más ha progresado hasta identificarse con la diplomacia y ser su preferida, ha sido la de los poetas, como que éstos desempeñan su papel a conciencia en los salones galantes. Se ha creído y seguirá creyéndose, sin duda, que el

poeta sabe penetrar en el corazón de las damas y arrancarles secretos de estado que, desde luego, nada tienen de secretos; o que, dado su liviano continente, confeccionado para la despreocupación, la ligereza y el descuido, resulta talvez el más aceptable e inofensivo de los hombres, como visita corta y curiosa. Por supuesto que pululan versificadores de ocasión que hacen la delicia de la tertulia.

La diplomacia, por supuesto, es un empleo fácil y estupidamente remunerado. De aquí que los elegidos no requieran más antecedente que un nacimiento cuco, ni otras prendas, que un físico pulimentado, un poco de garrulería cursi y otro poco de cinismo y bastante incapacidad para no darse cuenta de nada. Con este elemento se han copado consulados y legaciones **de la tierra de nadie** en el extranjero, con algunas excepciones que son como gotas de agua cristalina en un campo yermo.

A la diplomacia se le ha conceptualado también como medio útil y de fácil manejo para salir de ciertos politiqueros molestos, ambiciosos y demasiado peligrosos; y en no pocas ocasiones, para corregir los malos hábitos y el descarril de muchos jóvenes hijos de buenas familias, de tal modo que enviándolos al exterior, en gira correccional, se alivie una carga para los familiares y se alimente la esperanza de hacer buena gente de semejantes chicos.

En menor escala, se ha encubierto con un cargo diplomático o consular, una socorrida deferencia al amigo, compadre o pariente, bien para que efectúe una gira de recreo a costa del Estado; bien para que vaya en busca de alivio para una dolencia o enfermedad incurable; bien, en fin, para que obtenga un éxito comercial.

Tal ha sido y es el criterio predominante en la tierra de nadie sobre los servicios diplomático y consular, y debido a ello, que nada se haya logrado en beneficio del país en ningún orden, y tanto, que ni siquiera se lo conoce afuera en su ubicación geográfica.

Y si a lo dicho agrégase la infausta circunstancia de que diplomáticos y cónsules aprietan los puños con sórdido entusiasmo, subyugados por un solo pensamiento que actúa como mañoso corcel, pensamiento que les conduce a atrincherarse tras de un muro de ahorro pueril, centavo a centavo, que les facilite acumular una fortuna, como si su única función fuera ésta, la cuestión tórnase más negra y siniestra todavía.

La diplomacia, se ha dicho, es la cornucopia que vierte sobre el agraciado, honores, viajes, placeres y fortuna.

Y en la tierra de nadie, no se ha desmentido la frase; lo contrario, ha tenido su más admirable cumplimiento, siendo perfectamente explicable el tristísimo papel y el desaire de que han sido objeto nues-



tros flamantes diplomáticos y cónsules en el exterior. Allí está, como mejor muestra, el desastre de Río en que todo se perdió, hasta el honor.

Ningún Gobierno ha intentado siquiera detenerse a meditar —como que el país tampoco les hubo importado— que los servicios diplomático y consular son **esencialmente técnicos**, y por tanto, que ya no cabe ni es posible apreciarlos con criterio acomodaticio, caduco y simplista, sujetos a capricho y a las veleidades de la recomendación, el palanqueo y la condescendencia frágiles.

Antaño la diplomacia representó el refugio de la tradición elegante y casquivana, de la intriga palaciega y la sátira mordaz; de los cumplimientos cortesanos y las salidas oportunas y vivaces; es decir, de un mundo desocupado y ahito de placeres, perfumes y goces picantes y ligeros; hogaño, las cosas han cambiado ponderadamente y acorde con la evolución impetuosa de la ciencia y los nuevos principios del Derecho Internacional, los servicios diplomático y consular son tan vastos y complejos, que no es suficiente, ni con mucho, haber pasado más o menos bien, o con regular o buena suerte tal o cual **curso universitario**, para suponerse capaz e idóneo para servir con la necesaria eficacia y eficiencia tales cargos.

Es incuestionable que ya no cuela aquello de los abogados que todo lo saben o pretenden saberlo, de los médicos cúralo todo, de los ingenieros constrú-

yelo todo, y así en adelante. Los hombres, por imperiosa sensatez y ecuanimidad, se abstienen de acaparado todo, con mayor motivo, conocimiento que exigen especialización y técnica.

Al presente, la cuestión internacional débese encarar con criterio profundo, desechando lo superfluo y vano, pensando siempre, por encima de rancios prejuicios y fórmulas mohosas, que en la diplomacia y el servicio consular se ponen en juego el honor y la dignidad de un país, y por tanto, que al discernir los cargos respectivos, de tanta trascendencia y responsabilidad, sólo se debe poner mientes en hombres especializados en la materia, de probada ilustración e inmensa cultura.

Una especialización diplomática o consular debería llenar por lo menos un ciclo de cuatro años de estudio universitario, con un plan acertado de materias y una escrupulosa selección de individuos.

Lejos estamos, desde luego, de insinuar aquel plan, pues bien sabemos que un profano y modesto espectador no puede atreverse a tanto sin grave enojo de los dueños de casa y de los internaciona- listas de consulta y subida cotización.

Por consiguiente, es a los expertos a quienes corresponde formular el mencionado plan, de conformidad con la experiencia, el estudio y el interés nacional, recordando que el primordial objeto es la formación de técnicos para los servicios diplomático y consular, técnicos que sustituirían con notoria

ventaja a la mayoría de los señores que actualmente ejercen esos servicios.

Mientras se haga alarde de conformismo aparatoso, llevados por cierto desvío iconológico, propio de esa facultad incorregible exclusiva de nuestra idiosincracia criolla, de creer que todos son un emporio de ciencia y de genio, aptos para resolver las dificultades del cielo y de la tierra, es indudable que no avanzaremos un paso, enredándonos los unos a los otros en una lamentable confusión.

La más somera observación nos lleva a concluir —si procedemos con desinterés y una buena dosis de sentido común— que todo proceso vital no se lleva a cabo si no es con la cooperación de los elementos de síntesis y convergencia, actuando cada uno según su propia y característica función. La división del trabajo asegura la competencia y la eficacia.

Permitir el acceso del mayor número para los servicios públicos de grande o pequeña importancia, sin restar méritos a los que tuvieren, sean del sector que fueren y vengan de donde vinieren, ricos o pobres, grandes o humildes, blancos o indios, es impostergable concreción democrática. Y los servicios diplomático y consular, no por serlos, dejan de estar incluidos en el presupuesto del Estado, y aunque el desempeño de tales servicios esté rodeado de chilindrinas y rumbosidades, no por esto podemos deducir que tal desempeño solo esté reservado para

determinada clase, lo cual a más de absurdo y obscuro es injusto y groseramente arbitrario.

Pero ya que así ha ocurrido, y si el acaparamiento de los servicios diplomático y consular en ciertas manos ha producido desastres, sangres y lágrimas, es inminente que ello esté condenado a concluir radicalmente.

En lo sucesivo, sólo se impondrán la capacidad técnica y la idoneidad cien por cien en beneficio de la patria y de sus sagrados intereses.

Que un sano y prudente optimismo nos lleve a esperar que en un lapso más o menos próximo, sean una realidad esos anhelos democráticos, embebidos del mas puro patriotismo.

## Reajuste de Post = Guerra

Todos los pueblos del Universo se muestran visiblemente preocupados, y con demasiada razón, por su posición futura; por aquel incierto porvenir que advendrá con la post-guerra.

Naturalmente, se formulan las más variadas hipótesis y se adelantan tesis, conceptos y remedios preventivos al respecto, desde luego, a base del triunfo absoluto de las democracias.

Desde luego, lo cierto y evidente es que la actual hecatombe o gran conflagración continental, ha hecho comprender a la humanidad, aunque tarde, que bien pudo y puede vivir en paz con sólo ceder un poco, tolerar otro y ser indulgente en beneficio recíproco, descarnándose de ese feroz individualismo que habiéndosele legado en sucesivas generaciones, forma las adherencias congénitas de su patrimonio espiritual.

Porque es indudable que si en vez de esforzarse la mente humana en rastrear los medios más refinados en procura de su propia destrucción, a des-

pecho de todo sentimiento, hubiese empeñado recia batalla para limar asperezas, egolatrías, egoísmos y envidias mal disimuladas, la gente habría sido mejor, mejor su justicia y sus instituciones, sublime su arte y su inspiración, más grande y noble su sentido cooperativo y de solidaridad, conducido para el bien común.

Es bien conocido que todos, cual más cual menos, poseídos de una siniestra tara hereditaria, no hacen sino defender la vida a dentelladas. Demasiado poco o nada se preocupan por la suerte del prójimo, con la adehala grotesca de que si aquella le es grata y propicia, sin detenerse a averiguar la virtud y la razón que le den fundamento, sin más acicate que un denso egoísmo, se apresuran en hacerle blanco de dardos zahirientes y calumniosos que no cesan sino hasta el punto en que la víctima se escuece y debate en doloroso sufrimiento.

Con mal contenido despecho, se le hace duro y espinoso al individuo reconocer el mérito ajeno allí donde se encuentre, y a menudo su juicio, como un fatigoso trasegar, lo hace depender de resortes extraños enfundados en el fino terciopelo de una cortesía quebradiza y venal. Mas domina en su ánimo cierta corriente pulsada por móviles aparentes que reales, y que circula apenas por la epidermis sin dejar huella ni sedimento.

Cuando el prójimo pasa mal o cae en desgracia, he allí que los demás encubren su mala catadu-

ra con la piedad humillante, sin perjuicio de que a poco dibujen una sonrisa socarronamente plácida.

Harto, muy hartó contraría a los otros el éxito de su competidor en los negocios, las industrias, el arte o la ciencia. Rugoso y áspero, demasiado se les hace reconocer la bondad de aquel éxito. Y antes que mirar en la obra viva que tienen ante sus ojos, estimando en ella una fuente de enseñanza creadora, se ciegan aviesamente hasta el extremo de intentar hasta su propia destrucción envueltos y arrollados por la furia de una pasión morbosa.

La secreta alegría que proporciona la mala cosecha del vecino o los vientos aciagos que soplan en redor de amigos y enemigos, si bien no rebasa por impedirlo una taimada hipocresía, en cambio sujeta el sentimiento que, en otras circunstancias anímicas, conminaría a ir en auxilio del que necesita un franco y caballeroso auxilio y un generoso y alentador estímulo.

Conformado y aleccionado el humano linaje por un estrecho y ajustado individualismo, cree que todo se canaliza y ubica para su particular y exclusivo provecho, y hasta la propia libertad y los derechos congénitos no alcanzan primacía alguna, sino es con la satisfacción y venia de su cercado señorío. Y la humanidad vegeta y crece de este modo a la sombra de una sociedad que nada ha hecho ni ha podido hacer en contrario, por anquilosamiento o por perfidia.

Cuántas veces crece el vocerío y cien manos tocan a somatén, aquella sociedad, entonces, se crece en alharacas de caridad y beneficencia para oficiar dizqué en el altar del bien, confeccionado de arcilla floja y embustera.

Y la verdad es que la Caridad y la Beneficencia son míseros pedazos de mendrugos o restos de comidas opíparas que proclama un refinado egoísmo, y que, en definitiva, resuman estos brochazos escénicos.

En los ricos y poderosos, el saboreo sibarítico de un nuevo manjar que engañe la saturación restallante;

En la mística acomodaticia, el almacenamiento insaciable de herencias y legados venidos por el correo confesional;

En las Instituciones sociales, la progresión geométrica de la burocracia, la aglomeración de los tipos providenciales y prosaicos; la multiplicación terrífica de la miseria y la vesanía;

En la filantropía, la producción de seres que sueñan pasar a la posteridad a sabiendas que no lo harían por otros medios;

En los Gobiernos, una forma y un medio de contener a las masas y distraerlas de sus necesidades apremiantes, conduciéndolas, si es preciso, hasta la guerra y el exterminio brutales, porque, preocuparse de las subsistencias y de la baja del capital humano, es el señuelo vulgar que mantiene en silencio al rebaño.



Los pueblos no se deján engañar por mucho tiempo, y a la postre, cobran bríos y se hacen justicia con la severidad de almas hostigadas y delirantes. Y si hasta ahora han servido de inocente grey de una minoría despótica, cruel, tiránica y superficial, no cabe duda que el actual conflicto que borbotaba sangre, dolor y miseria por todas partes, obligando la especulación febril del género humano, les coloca en atalaya y en pie alerta para demandar su intervención y exigir todo aquello que no pudo hacerlo en los tiempos de paz.

Porque es necesario advertir que en los arreglos de post guerra no intervendrán únicamente los políticos y diplomáticos que siempre andan a caza de oportunidades, sino el pueblo mismo, todos los pueblos que han sacrificado lo más florido de su juventud y de su patrimonio en aras de un ideal, ese ideal de libertad, justicia y equilibrio económico, la trilogía que estructura e integra la personalidad humana en función social.

Y los pueblos, por medio de sus representantes genuinos, intelectuales y manuales, harán oír su voz y pregonarán sus postulados, y lo que es forzoso e inminente, impondrán sus decisiones y sus puntos de vista que sirvan para resolver la crisis presente y se establezca la situación en el futuro.

De otra manera, si todo ha de resolverse en ceñidas reuniones de los fuertes, sin el concurso de los pequeños y los débiles, nada raro ni llamativo

sería que la democracia siga naufragando, sin que ninguna consecuencia favorable para el gobierno de los pueblos y arreglo de su porvenir económico se haya logrado con el inmenso sacrificio de la guerra.

Lo que se requiere no es sino mayor cohesión, afinidad, comprensión ponderada, franca y permanente. Las propias armas que sirvieron para rendir al enemigo en sus reductos; para aniquilar al nazismo y al japonismo, las utilizarían los pueblos para extirpar los tumores sociales que afectando e intoxicando a la mayoría, robustecen y decoran a una minoría absorbente..

Débase comprender que las masas concientes y sabiamente cohesionadas no sienten ninguna simpatía por la retórica insidiosa ni quedan satisfechas con discursos y supercherías. Síguese de aquí que el momento exige obra constructiva y hechos de valor tangible y de gran volumen técnico, de inmediato rendimiento.

Un arreglo de post- guerra firme y duradero, dentro de las posibilidades y mutaciones del ambiente, de los problemas políticos, económicos. culturales, religiosos y sociales, no podrá tener un sólido fundamento ni un augurio feliz, si los acuerdos no se toman con el concurso de los bloques de pueblos que imperiosamente reclaman su participación.

Nos podemos referir, entre ellos, a los países latino americanos. Vínculos históricos, de raza, len-

gua, religión, similares vicisitudes y cuestiones, con insensibles diferencias, imponen una confraternidad asequible y sincera entre los respectivos pueblos.

El bloque, pues, de esos pueblos, sería decisivo, medular y de inmensa proyección hoy y siempre.

Bien entendemos que toda resolución, para convencer y soldar pareceres, estriba en escoger los medios más eficaces. Para ello, nada mejor que deponer prejuicios y confinar susceptibilidades, saturando el pensamiento de ideas y principios que derrochen bondad y belleza.

Afortunadamente, el ensamble latinoamericano no es una aspiración de hoy ni de ayer, es de todos los tiempos. Solo resta aunar esfuerzos para convertirla en una fecunda y hermosa realidad.

Y la oportunidad no puede ser más propicia ni mejor para aprovecharla en su jugosa y liberal oferta.

Si los mismos problemas afectan a los pueblos latino americanos, con mayor o menor intensidad; con trayectorias más o menos avanzadas, es inconcuso que los medios preventivos, de mitigación y expurgativos, empleados y ensayados en uno de ellos o en algunos, deben adoptar idéntica eficacia en los otros, a condición de emplearlos o asimilarlos con sujeción a los métodos recomendados.

Por donde debería empezarse desde luego, es por el arrancamiento de ese nacionalismo exagerado que en buenas cuentas equivale a individualismo

taimado y muy criollo, y que si bien pudo tener su auge, su explicación y su época, en aquella cruenta transición de la Colonia a la República, en que ardía aún aquel llameante y severo patriotismo, en el minuto que corremos, no se tiene sino frente a frente una humanidad con su equipo de necesidades y miserias a cuestas; humanidad que, por lo mismo, clama y exige toda atención y una suma de plenos sentimientos.

Aquel nacionalismo enhiesto, a nuestro modo de ver, es el que ha segado importancia a las dificultades e infortunios ajenos y creado la preponderancia absorcionista y tonante de los países grandes y ricos en menoscabo de los pequeños y paupérrimos.

Si en el individuo, el geóismo y su purulenta secuela, es hispido e insoportable, bien podemos asegurar que esta impresión adquiere mayores proporciones si tenemos la constancia de su arraigamiento en un pueblo.

Si el vasallaje es insufrible de individuo a individuo, lo es peor de un pueblo a otro.

Para que prevalezcan las consideraciones, la distinción y el respeto recíprocos en las relaciones internacionales, es un imperativo categórico el miramiento y el trato de igual a igual.

Los hombres como los pueblos sienten muy en lo vivo todo aquello que les rebaje en dignidad o que los coloque en un plano inferior y en condicio-

nes apocadas y de bochorno.

Mirada y ejercitada de otro modo la interdependencia cordial y fructífera entre los pueblos americanos, que franquee el paso a la formación de la gran comunidad americana, es indiscutible que todos los problemas que constituyen la preocupación actual, perderían su fuerza virulenta, hasta quedar inocuos e inofensivos.

El acortamiento fantástico del tiempo y del espacio con los medios actuales de navegación y transporte, es un agente que favorece y coopera en gran escala a la consolidación de esa comunidad, al mejor conocimiento de los hombres y de sus instituciones, y a la posible unificación de las leyes y la cultura en general, sin perderse, desde luego, el matiz criollo de cada pueblo, al que dan sus tonalidades, los hábitos, costumbres y gustos artísticos propios y típicos de cada lugar.

Allanados los recelos, cercenado el protocolo que sólo alcanza la epidermis, a manera de un cosquilleo entusiasta y voluble con el que se rozan dos o tres buenos vecinos, las relaciones se trocarían en permanentes y fraternas. La Diplomacia, de subsistir, adquiriría otros contornos y una nueva trayectoria, sustituyendo la sinceridad al engaño; la franqueza y la competencia científica al adulo y a la sonrisa boba, sonrisa a veces resignada y en otras indulgente, pero siempre afectada y de mero visaje.

Las fronteras, asedios convencionales que imponen un capítulo didáctico en los textos de geografía, debería ser lo primero en desaparecer, quedando los hitos delimites como lacras o mezquinas cicatrices que recuerde a los hombres su falta de prudencia y comprensión y su profunda equivocación en los sistemas empleados en su vida de relación y en sus formas de exteriorizar los sentimientos.

Por supuesto que este vehemente anhelo no tiene nada de nuevo, pero a sabiendas de su reiterada insistencia, bien vale la pena invocarlo en toda ocasión, quizá en fuerza de hincarlo en la conciencia social, obtenga su consagración y asentamiento inconvencionales.

Pero bien, si el tránsito de un país a otro quedara libre de trabas, no por esto puede entenderse subsanados inconvenientes de diversa índole. Los hombres, naturalmente, bajo el predominio de lo incierto, permanecerían estables, aquerenciados a sus terruños, sin ansia de estrechar conocimientos y asimilar otra cultura, amortiguados ante el temor de enfrentarse a eventos que atañen a la vida misma. La moneda, el trabajo, la ley, son vórtices a los que sólo la voluntad no puede subyugar, por templada que fuera, si no cuenta con el concurso de otros factores que le auxilien. Y aún así, el éxito en ciernes, columpiándose, fuera un tanto desmañado, desvaído, viscoso.

Pueden franquearse las fronteras y declararse libre el tránsito, sin reatos, exclusión hecha en lo relativo a Policía Sanitaria y de Seguridad; pero la verdad es que muy pocos, en contado número, aprovecharían de tan singular novedad.

Si no se zanja los otros impedimentos, así fuera gradualmente, sobre leyes, moneda, cambio, trabajo, etc., todo lo demás quedará en el campo de la teoría, como flor retórica de animados discursos.

Es de presumirse que los Banqueros y Financistas, zahorís terribles que juegan con la paz y la tranquilidad de las naciones, se ríen de las necesidades y escupen por el colmillo el veneno que bien pronto se convierte en pobreza y miseria, van a sufrir no poca contrariedad y disgusto al echárseles en cara que todos sus cálculos y científicismos no han servido para nada, sino es para uncir al pueblo al carro de su prosperidad y boato personal.

Porque la cuestión es que en la post - guerra, de subsistir el principio inmensamente humano, como entiendo debe subsistir, a despecho de toda oposición y resistencia, de que el estandard de vida tendrá su racional y firme equilibrio, de tal suerte que nadie padezca hambre ni miseria, la economía y la finanza de rumbosos visajes sufrirán la más copiosa de las zurras.

En el campo positivo y práctico, los sistemas económicos a emplearse por obra de sinceros y pro-

fundos estudios, adquirirán sencillez y ductilidad, perdiendo ese aspecto esotérico y nebuloso, de encrucijada y secretismo, con el que muy bien han sabido explotar todos los que repentinamente han amanecido banqueros e industriales, sin otro lastre que un criterio ladino para escabullir responsabilidades y listo para amasar fortunas.

Los Gobiernos, por conveniencia o sin ella, han tenido la candidez infantil de acudir al consejo de los llamados banqueros, comerciantes y financistas, con el objeto de arreglar y canalizar las crisis económicas, y naturalmente, las cosas han empeorado con exceso. Y es que tales señores expertos, por forzosa e ineludible inclinación, no aprovecharon la ocasión u ocasiones, sino para servir sus propios intereses y los de sus cohortes.

Con tan fatal experiencia, todo Gobierno honrado y democrático, en el futuro, apoyará sus resoluciones de naturaleza económica sólo en el dictamen de su propio **cuerpo técnico de economistas**, desvinculados de cualquier institución o corporación de derecho privado, y sin conexión alguna con negocios u operaciones comerciales e industriales en general, de tal manera que su intervención patriótica e imparcial esté asegurada en un ciento por ciento en beneficio del pueblo. Su elección, de ser posible, sería directa, por sufragio popular, prohibiendo las candidaturas de individuos que pertenez-



can a la Banca, al Comercio, a la Industria, o al engranaje bursátil, o que tuvieran sus conexiones que fragüen su parcialidad.

La post - guerra, con toda probabilidad, impondrá la necesidad de proteger y fomentar la pequeña industria y el pequeño capital, procurando su extensibilidad por la derogación de tasas e impuestos que pudieran absorberlos o aniquilarlos, derogación que se compensaría con el aumento de las tasas e impuestos a las grandes industrias y a los grandes capitales.

Y aunque pudiera tacharse de aventurado y utópico, bien cabe adelantar el principio de la "moneda única", en los países americanos, como un medio de evitar ese caprichoso y voluble vaivén de la balanza comercial que afecta a todo orden de valores, vaivén profundamente grave que produce el pánico y la miseria y hace a los hombres y a los pueblos de mejor o peor condición.

Las cuatro unidades, permítasenos denominar, a las corrientes fundamentales que irían a engrosar el gran caudal de la unidad americana.

\*  
\*   \*  
\*

## La Unidad económica

Con la adopción similar de métodos y sistemas que hagan factible la felicidad humana y desaparezca la miseria y el bajo nivel de vida. Mayor cooperación y auxilio mutuos que rompa los límites señalados por esa seca y escueta cortesía internacional, disimulada con los piadosos títulos de cruz roja y caridad cristiana.

Ubicación del respeto y homenaje recíprocos de las nacionalidades, en un plano de igualdad extraña a los meros rituales de blandura protocolaria.

Diáfana y copiosa cooperación para el arreglo de los problemas comerciales, agrícolas e industriales con el fin de mancomunar los intereses que decidan el bien común y general. Estimular, en este punto, el libre cambio de productos, en etapas sucesivas, coetáneamente con la supresión de las trabas aduaneras que automáticamente hagan cada vez más laxo el grillete de la balanza comercial.

## Unidad de legislación

Si bien es cierto que difieren un tanto los diversos cuerpos de leyes americanos, en lo civil, penal, comercial, de trabajo y minas, etc., no lo es menos que siendo igual la fuente de esas leyes, salvo

algún aspecto no decisivo, como la jurisprudencia de los tribunales, por ejemplo, es perfectamente posible alcanzar la unidad de legislación americana, tan sólo que en algunos países, según su propio ambiente y cultura, subsistirían ó se crearían algunas instituciones como las relativas a indígenas y campesinos que demandan normas especiales.

Prevalecerían, desde luego, las reglas legales más avanzadas y que resuelvan mejor las situaciones de hecho y de derecho, así en lo sustantivo como en lo adjetivo, sirviendo éstas de patrón o modelo a juicio de un Consejo de juristas y jueces consagrados por el estudio, la meditación y su indiscutible capacidad y rectitud moral.

### **Unidad de trabajo**

Alcanzado el debido entendimiento entre el capital y el trabajo; entre patronos y obreros, el trabajo se miraría como un bien social de incalculables frutos para la felicidad humana. En todas partes habría trabajo para todos sin que hubiera la más remota impresión de suponerse en tierra extraña fuera de la suya propia. En el país donde fuera o estuviera el obrero tendría las mismas leyes que le amparen, auxilién y protejan, sin más condición que cumplir a conciencia, por su parte, con sus deberes y obligaciones habituales, estimulando, ahijando siempre su personalidad, en un permanente deseo de perfeccionamiento y superación, con la

idea tenaz y lisonjera que su labor no es sino un eslabón que forma la cadena del bienestar colectivo.

A este respecto, con el objeto de obtener mejor preparación técnica en el trabajo y mayor rendimiento, nada más acertado que imponer el intercambio obligatorio de obreros de un país a otro.

Así como se envían intelectuales y estudiantes a centros de investigación científica, institutos, laboratorios y cenáculos de renombre continental, para su debido perfeccionamiento y acopio de destreza en la especialización escogida, igual conducta debería observarse con el obrero manual, ya no sólo para el robustecimiento de su dedicación técnica, sino para la formación de su verticalidad ética. El obrero partiría con los suyos, de su clase, entre el taller, la fábrica y la escuela, adquiriendo mayores conocimientos y enriqueciendo las reservas de su disposición social y de suave comprensión.

Porque no vamos a propugnar que el obrero únicamente se encierre en su Escuela, siendo así, que su más claro porvenir lo tiene en el aprendizaje práctico y efectivo que sólo pueden proporcionarle las fábricas, las industrias y las experiencias agrícolas.

Y aunque la finalidad misma no fuera aquel perfeccionamiento, la verdad es que un frecuente y activo traslado de grupos de obreros de un país a otro rendiría un provecho que no se conseguiría con años de estudio y de intemperante dogmatismo.

Desde luego, todo se verificaría sobre bases firmes, selección atinada e imparcial y mediante una reglamentación adecuada y prudente acordada por todos los países que espontáneamente prestaran su concurso para esta admirable cruzada del trabajo proletario.

### **Unidad cultural**

Si la educación es la espina dorsal de la cultura, todo lo que se haga e hiciera por su entronización, no implicaría sino una siembra portentosa que en el decurso del tiempo rendiría los más codiciados frutos.

Si un pueblo, aisladamente, es el gestor de su cultura, acicateado por una imperiosa necesidad, es de presumirse que su obra adquiriría contornos y relieves insospechados y pujantes, si contara con el esfuerzo solidario y mancomunado de otros países.

La cultura es el resultado de un caudal de experiencia y de estudio; de repetidos y obstinados ensayos; de fracasos y sacrificios. Por tanto, es concluyente que si una suma de factores y condiciones quedan sometidos y domeñados, actúa lo demás con precisión matemática.

Unificar, pues, los planes de estudios en general; facilitar la observación y el examen; donar liberalmente todo cuanto signifique dilatación y arraigo de la cultura; propagar sin regates ni reservas los nuevos sistemas y métodos educacionales; propender a un mayor acercamiento entre es-

tudiantes y profesores en los que prime siempre un sentido cooperativo y un franco como sincero entendimiento, son los medios, entre otros bien conocidos, que pondrán en camino de obtener aquel sometimiento de condiciones.

Ha sido y es una bella aspiración, de muchos lustros atrás, el que se reconozcan y se tengan por ceñidos a la ley de otro país latinoamericano, sin más requisito de la comprobación de su autenticidad. todos los títulos académicos refrendados, a fin de que el ejercicio profesional no sufriera injusto detrimento ni restricciones, sea en el país donde tuviere lugar tal ejercicio. Empero, no se ha convertido aún en realidad dicha aspiración. al menos en la extensión anhelada, siendo de sospecharse que ello obedezca quizá a prejuicios y a ese instinto receloso y cazurro de la propia conservación, instinto que aún permanece intocado por escurdarse en aquel egoísmo que todavía mantiene amuralladas las ciudades, con irreductibles bastiones, fosos, alambradas y siniestras almenas erizadas de cuanto material ofensivo y defensivo haya a mano.

Débase abrigar la consoladora esperanza —último resorte anímico que muere en el hombre— que entre los acuerdos de post - guerra, se consultará y plasmará aquella aspiración, en homenaje a la cultura y como tributo espontáneo y gentil a la solidaridad americana.

\*  
\* \*

He aquí expuesta una síntesis de anhelos que por su sincera franqueza llevan talvez camino de inquietar y promover interés, desde luego debe ser. sin otro prurito, que afanarse por el bien y la felicidad colectiva, la misma que constituye, con demasiada razón, la gran preocupación de la época que vivimos.



# I N D I C E

	Pag.
Servíos escucharme .....	5
La Tierra de Nadie .....	9
Democracia y Educación .....	18
La Educación del Niño .....	24
Docencia .....	39
La Técnica Educacional .....	48
Educación de la Niña .....	85
Educación de la Juventud .....	96
Universidad y Escuelas Superiores .....	105
Educación del Pueblo .....	115
Educación del Indio .....	131
Democracia y Política .....	151
Partidos Políticos .....	181
Democracia y Justicia .....	202
Democracia y Diplomacia .....	223
Reajuste de Post Guerra .....	234